EL PEOR FIN DEL MUNDO DE MI VIDA



MARTÍN GUSANO

EL PEOR FIN DEL MUNDO DE MI VIDA

Martín Gusano

Diseño de la portada de: Martín Gusano

Código de registro Safe Creative: 2310255677789

Aquí tienes cariño, tu libro.

1

—Perdón… Disculpe… —me dice alguien a quien escucho muy levemente.

—Aaaghhh…

—¿Hola? ¿Hoooolaaaa?… Menudo pirado, está completamente ido… ¿Hola? —insiste.

—Joder… menuda toca huevos… —me dice mi cabeza entre susurros.

—Señor, le toca, tiene que coger número en aquella máquina…

—Aaaghh… Eeerrrmm… ¿Nú… número? —digo mientras intento reaccionar.

—¡Anda! ¡Si sabe hablar! ¡Eso es! ¡Coger número! Tiene que ir hasta allí, coger un ticket de alguna de las dos máquinas y seguir la flecha, ¡no es tan difícil!

—Pero… ¿Por qué?… ¿Ya?… ¿Qué ha…? ¿… Pasado?… —pregunto.

—¡¡¡Siiiii!!! ¡¡¡Yaaaaa!!! Qué horror de tío, no me extraña que… —me dice mientras niega con la cabeza—. Seguro que fue de los primeros en caer, ¡ja, ja, ja!

Por no seguir escuchándola voy a hacerla caso y coger un puto número. Tengo la sensación de que me va a explotar la cabeza de la presión, y además, no tengo ganas de aguantar a esta pirada. No entiendo las prisas de la gente para todo. Jamás las entenderé. Cuando te toca, te toca y punto, ¿no?

—Voy… —la digo vagamente.

Estoy bastante mareado y noto la cara tirante, reseca. Paso la palma de la mano por mi barba y mis mofletes y aprecio restos de algún líquido. Me froto los ojos como si estuviese muerto del sueño, y el momento de dormir fuese a llegar en menos de un minuto. Ya sé, he llorado, son lágrimas secas. Pero, ¿por qué habré llorado? Quizás vengo de tener algún altercado con alguien, de haber discutido con algún familiar o amigo que me importa, o me han dado alguna mala noticia, y de ahí, vienen las lágrimas.

Creo empezar a saber qué ocurre porque mi cabeza me lanza recuerdos borrosos en forma de imágenes, muy clarificadoras en el mensaje que me quieren transmitir. Aunque todavía estoy bastante confundido, es verdad que, estar envuelto en este ambiente tan, como expresarlo, blanco, a mi alrededor, no ayuda a saber que hay que hacer, que sentir, que pensar. Es complicado…

Paredes, techos, el suelo, el cielo. Todo blanco. De un blanco

tan puro y reluciente que ciega los ojos, y el esfuerzo para acostumbrarse a semejante viveza lleva un tiempo de adaptación. No hay una línea que limite algo y haga entender dónde estoy, o como moverme, o simplemente como tenerme en pie. Porque esa es otra, ¿cómo me mantengo de pie?

Además, no ayuda a concentrarse en lo que sea que está ocurriendo, estar rodeado de tantísimo humo envolviéndolo todo. Parece que estamos en mitad de un fuego gigantesco, sin llamas visibles. La verdad es que no huele a quemado y por más que intento tocarlo u olerlo es como si fuese… ¿Aire? Una cosa rara…, pero que impide centrarse.

La única nota de color entre tanto humo son dos máquinas en mitad de la nada que parecen no estar colgadas de ningún sitio, por lo tanto, supongo, que estarán flotando, ¡¡QUÉ MODERNO TODO!! Por encima, hay dos flechas apuntando hacia el lado donde están colocadas. La de la derecha azul, la de la izquierda roja.

¡Ya sé dónde estoy! ¡Lo que llevo imaginando tanto tiempo era cierto!, el futuro distópico que hemos imaginado tantísimas veces gracias a los libros y el cine ya está aquí, y las elecciones generales para elegir a nuestros gobernantes, por fin, cumplirán con su cometido de simplificarlo todo: azul o rojo, derecha o izquierda. Muy bien, así no le damos más vueltas de la cuenta y no nos liamos a la hora de votar.

—Señor, ¿se encuentra usted bien?

La señora pesada que me achuchaba hace un rato ha desaparecido, seguramente se habrá colado, ya que tenía pinta de ser de esas que lo intenta en todas partes porque tienen mucha prisa para todo. Ahora, el título de '*incordiador'* del año recae sobre un señor mayor con cara de miedo.

—Sí, supongo… Voy… Voy a votar… —le digo mientras hago el gesto de intentar ocultar, no sé muy bien qué con una mano, mientras con la otra señalo las máquinas—. No mire lo que voto, ¿eh?… —le espeto entre la advertencia y una amenaza flojeras.

—¿A votar? —me contesta en señor con una media sonrisilla que no termino descifrar bien.

Sin pararme a contestar obviedades, porque estoy harto de la gente y sus rollos, arrastro los pies cansinamente y me dirijo hacia las máquinas. No hay más de cinco metros de distancia desde mi posición hasta ellas, pero no parece que avance especialmente rápido con el ritmo tan pesadote que parezco gastar. Oigo voces alejadas increpándome, la gente está nerviosa. Advierto que no hay nadie más, ni a los lados, ni por delante, estoy solo. ¿Desde tan lejos me gritan? Me giro para ver quién está tan ansioso por llegar a mi posición tan rápido, y veo decenas de colas kilométricas de gente esperando que

me mueva con algo más de agilidad. Se les aprecia con total claridad. El humo, al fin, se ha vuelto más fino.

¿Estaré soñando? Todos sobre blanco, todos flotando. Miles. Millones.

Sin darme cuenta de cómo, he llegado a las máquinas. Me asusto porque me sobreviene la sensación de haber sido transportado en una cinta como la que devuelve las maletas en el aeropuerto, pero cuando miro mis pies no hay tal cinta, solo humo blanco. No he sido consciente de haber andado los últimos segundos. Qué raro todo…

—¡Venga ya pesado! ¡Coge número, que no tenemos todo el día! —oigo con claridad.

Me hago el sordo y centro mi atención en ambas máquinas. Están separadas por unos pocos centímetros y cada una de ellas tiene un pequeño botón y una rejilla por donde, supongo, saldrá el voto impreso. Mejor, así tengo un justificante. Adiós pucherazos. No hay pantallas, ni señalizaciones, más allá de las flechas que señalan cada lado. Siempre he sido más de derechas y me ha gustado mucho más el color azul, así que no dudo, y pulso el botón de la máquina de la derecha. Automáticamente, se enciende la flecha azul que señala el camino que debo seguir, y sin darme tiempo ni a pestañear, comienza a parpadear, señalando por donde tengo que ir.

Casi sin darme cuenta, percibo un ligero silbido que viene de la máquina, de la pequeña rejilla. Un ticket ha salido, será este ticket a lo que todos estos enterados llaman "número".

Lo arranco con cuidado, y efectivamente, hay un número, el 35.522. Supongo que será el número de votos al color elegido, pero cuando mi cabeza empieza a echar cuentas y a pensar en cuántos votos llevará la máquina izquierda, mis ojos van por libre y clavan la mirada en el texto que acompaña al número: "SOLICITUD DE ACCESO AL CIELO".

Como si me acabasen de meter un pinchazo de epinefrina, mi cuerpo se enciende y excita de tal manera, que se me erizan todos los pelos del cuerpo a la vez y los ojos se me abren hasta dolerme las cuencas. El corazón me late a mil por hora, creo que empiezo a marearme incluso y vuelvo la mirada atrás para volver a ver las interminables filas de personas que, tras de mí, esperan para sacar su papelito.

¿Estaré alucinando y esta sensación de haber metido los dedos en un enchufe formará parte del viaje?

No, supongo que no estoy alucinando. Nunca, que recuerde ahora mismo, he consumido drogas y mucho menos tan fuertes, tan vividas. Así que no sé distinguir una sensación de este tipo.

Mi cerebro conecta por arte de magia todos los cables que dan aliento a mi correcto funcionamiento cerebral, y activan el

pensamiento que da respuesta a toda esta locura. Por fin lo veo todo claro.

Sí, están todos muertos. Sí, yo también estoy muerto.

Igual que si alguien me hubiese dado un enorme bofetón, la cara me arde, y sin saber cómo —¿otra vez cintas de transporte mecánicas?—, las máquinas están a mi espalda. Estoy entrando en una zona, blanca, por supuesto —¿aquí todo es blanco o qué cojones pasa?—, donde decenas, centenares, ¡qué coño, miles de personas!, forman nuevas filas, también kilométricas, pero esta vez con sus papelitos en la mano.

No sé explicar cómo he llegado a formar parte de una de estas filas, porque, o me están llevando en brazos seres invisibles, o sé volar y no sé cómo lo hago, ni que sabía hacerlo, claro. Pero el caso es que aquí estoy, sujetando mi papel con el número 35.522 y mirándole la espalda a un cuerpo quieto, inerte, sin esperanza, que espera paciente delante de mí.

No le encuentro sentido a nada de lo que se vive alrededor, pero parece como si mi cerebro hubiese dejado de funcionar y no tuviese capacidad alguna de razonar, salvo el rato de lucidez pasado, donde descubrí lo que había ocurrido. En honor a la verdad, debo reconocer, que aquí no me duele la cabeza, y ha desaparecido totalmente cualquier rastro de mareo. Al menos…

—Tranquilo hombre —me dice una voz muy agradable, no sabría decir si de hombre o de mujer— antes o después teníamos que llegar aquí. Es lo natural, ¡Ley de vida! Tenemos que tomarlo con actitud positiva e intentar pensar en lo reconfortante que fue elegir el camino, aunque jamás pudimos elegir la meta.

Y por fin caigo en el porqué de todo. En porque estoy aquí y en por qué, en vez de sentirme liberado y en paz, estoy angustiado y cabreado como una mona. Ese tono de voz es inconfundible. Es el suyo. ¡¡EL PUTO SUYO!! Lo oigo a lo lejos, incluso por encima del *“buen rollista”* que me está soltando un sermón sobre la vida y la muerte, y la aceptación sin excusas ni preguntas del destino, y que, en cierto modo, me ha recordado a él.

Su puta voz. Su puta presencia. Hasta el final…

Mi cabeza empieza a juntar, formando un remolino de recuerdos, detalles de cómo he llegado hasta aquí y al fin lo tengo claro: estoy aquí por su puta culpa, por su puta fama, por su puta manía de creerse el más guay.

—¿Qué dice señor? ¿De quién es culpa de que esté usted aquí? —me dice una voz casi angelical.

Me giro levemente, miro alrededor y no veo a nadie dirigirse a mí, y sin tiempo alguno a reaccionar, noto como alguien tira del pijama que llevo puesto hacia abajo, blanco, obviamente. Es una niña

preciosa, castaña, con la cara muy blanquita y los ojos supermarrones.

—Es culpa de ese tipo, el propietario de esa voz que se oye de fondo niñita, ¿no la oyes? Y, por cierto, no estaba diciendo nada, estaba callado, ¿cómo sabes lo que estoy pensando? —la digo malhumorado.

—No sé… —titubea— oigo a alguien reír y hablar con otras personas a lo lejos, pero no sé quién es ni por qué tiene la culpa de algo… ¿Malo? —me contesta haciendo un gesto de extrañeza con ambas manos—. Y, por cierto —dice con el mismo tonito que he usado yo con ella— sé lo que dices, porque lo estabas diciendo en alto… Bastante alto, la verdad.

—¿Estaba hablando en alto?… Bueno, lo que tú digas —la despacho con desgana—. La culpa de que yo esté aquí, es de ese señor, y de nadie más. Tú hazme caso que eres muy pequeña y no sabrás quién es, pero todo lo que ha ocurrido es por su culpa.

—Mmm, hasta donde yo sé, estamos aquí por culpa de unos señores muy malos, aunque no sé quiénes son.

—Sí, claro, porque este tipo de estrellitas van siempre acompañadas. Estará con sus amiguitos dándose importancia…

—Creo que te estás confundiendo —me suelta supersegura— estamos aquí por algo de un botón rojo que nadie tenía que pulsar y que varios hombres malos han pulsado a la vez.

—¿Botones rojos? —pregunto con sorna— ¡Ja, ja, ja! No pequeña, no… No hay ningún bot…

—Personas malas que hablan idiomas raros… —insiste la niña — alguno habla inglés como el que me enseñan a mí en el cole, pero más raro. Otros hablan algo como *'chin, chan, chun, juan'* —dice con un gesto que mezcla el pitorreo y la burla— y otros sueltan palabras gritonas. Ni idea de que dicen —se excusa haciendo un gesto con los brazos de *"perdón por no saber más"*.

—Bueno, niñita, qué más da, seguro que él estaba en el ajo. Toda esta gente famosa está siempre en todos los fregados importantes… —insisto—. Serán conocidos suyos… ¡Compinches!

—¿Y por qué dices eso? ¿Qué ha hecho ese hombre que dices, para que estemos todos así…? ¿Muertos? — insiste la pequeña.

'Din' —suena un timbre— *'2.405, pase por favor'* —dice una voz tan amable y suave que parece abrazarte el alma.

—¡Ostia! ¿Y eso? ¿Para qué nos llaman? —pregunto al aire— ¿Para qué es este numerito que tenemos?

—Para ver si entramos al cielo… —contesta la niña distraída.

—¡Ah! Pensé que al sacar el número de la máquina de la derecha entrabas directamente, no que tenías que esperar aprobación… —digo sin saber muy bien el qué—. Bueno, en verdad, pensaba que pulsando el botón de la derecha estaba eligiendo a los

políticos que quería para gobernar el país, pero está claro que me he equivocado totalmente… —la explico intentando excusarme por algo que le da completamente igual, viendo su actitud más que despistada.

—No es aprobación, es comprobar que de verdad mereces, y quieres, terminar en el cielo…

—Y ese '*Ok*' que deben darnos, ¿es para todos los que estamos aquí? —comento mientras me giro para mostrarla con la mano la cantidad de gente que hay.

—Sí. Al menos es lo que he oído en este rato que llevo por aquí —se justifica—. Tampoco parece que estemos aquí haciendo otra cosa distinta, ¿no?

Vaya horror, porque parece que esto va más lento que el caballo del malo. Vamos a estar aquí mucho tiempo. Mejor será que me entretenga con algo, porque si no me voy a rayar y a volverme loco. Pero claro, a ver quién es capaz de entretenerse en un campo de refugiados muertos en pijama blanco, sobre algodones blancos. No es la mejor de las fiestas a las que he asistido. Creo que me voy a volver loco igual.

—¿Tú no estabas allí? —la digo intentando cambiar la conversación.

—¿Allí, donde? —contesta la niña.

—De dónde vengo yo, y el tío que te digo que tiene la culpa de todo.

—No sé de qué me hablas… Yo estaba en mi casa, en mi habitación, jugando… —contesta distraída.

—¿No estabas en IDEA cuando paso?

—¡Nooo…! —contesta con los ojos muy abiertos, queriendo llamarme claramente "pesado de los cojones".

—¡Uf!, entonces no tienes ni pajolera idea de lo que ha pasado en verdad. Pues verás, te lo voy a contar, ya que parece que vamos a tener tiempo de sobra, y así, al menos, nos entretenemos, ¿quieres? —la pregunto como si fuese un perturbado ofreciendo chucherías tras la verja del patio de un colegio.

—Bueno… —contesta sin mucho entusiasmo.

La lucidez alumbra poco a poco mi cabeza, por fin van cuadrando todas las piezas de este puzle que tengo ante mí.

Su voz manchando la espera de todas las filas. Su voz inundando toda la inmensidad de pijamas blancos.

No me queda espacio en la cabeza, ahora mismo, para pensar en mi mujer y en mi hijo. Son bastante listos ambos, seguro que cogieron número rápidamente y están dentro del cielo esperándome. Tan solo tengo ganas de gritar como un auténtico loco de atar y terminar la escena llorando como un niño pequeño, pero debo contenerme, y más ahora que empiezo a ser consciente de todo.

Estarán bien, seguro.

Seguro…

Debo abstraerme de su voz. Mutar a sordo perdido.

Advierto que la niña está quieta esperando paciente a que la cuente la historia prometida. Los niños son así, si les dices que vas a hacer algo con ellos, aunque no les entusiasme en exceso, lo esperan para ya, no para luego. En estos pocos segundos que a mí me han parecido minutos eternos, no se ha entretenido con nada, no ha buscado escapar, y aun con gesto de importarla poco, parece estar aguardando una explicación a mis palabras.

Está bien, se lo contaré, aunque la duela.

—Muy bien, pequeña, ¿sabes dónde están tus padres?

—La verdad que no. Creo que vine aquí sola. Mis papás estarán por ahí, haciendo alguna tontería… —me dice abriendo los brazos.

—Tus padres estarán mue… —corto la frase antes de decir algo tan evidente, que no solo no viene a cuento, sino que a una niña tan pequeña quizá le haga un daño que ahora mismo es totalmente innecesario—. Sí, bueno, más tarde vendrán, ¿no?

—Eso espero…

—Bueno, ojalá sea así, ¿eh?… —la digo con una leve sonrisa—. Muy bien, quédate conmigo y te voy contando mientras llega nuestro número. Por cierto, ¿cuál tienes tú?

—Treinta y cuatro mil novecientos sesenta.

—¿Cuántos años tienes? Has dicho el número muy bien y muy rápido, a la primera. O se te dan muy bien los números, o eres de esas niñas que parece más pequeña de lo que es en realidad. Voy a decir muchas cosas que sonarán mal en tu pequeña cabecita —la advierto— porque los adultos solemos hablar muy mal y quiero asegurarme de que tienes edad para oírlas.

—No te preocupes, mis padres dicen muchas palabrotas —contesta— sobre todo mi papá, cuando está viendo el fútbol en la tele. Me sé muchas… —contesta con aire orgulloso— puta, mierda, joder, cabrón, ostias, gilipollas, hijo de la gran…

—¡Niña! —la grito lo más bajito que puedo mientras hago el gesto del silencio llevándome el dedo a los labios y mandándola callar — ¡Que te van a oír!… Tan pequeña y tan mona y con la boca tan sucia. Lo que hay que ver.

Miro alrededor y nadie parece advertir nuestra presencia. Somos miles de fulanos en pijama guardando filas, pero nadie, por lo visto, escucha a esta mocosa decir barbaridades, y, sin embargo, yo escucho perfectamente la voz de aquel idiota.

—Está bien, todo comenzó ayer por la tarde cuando fui a planear la comida de hoy y comprobé que en la nevera había todo lo necesario para hacer albóndigas.

—¿Albóndigas? —me corta.
—Sí, albóndigas…

2

AYER

—¿Qué comemos mañana? —pregunté.

—No sé, lo que tú quieras.

—Hay carne picada para hacer albóndigas, ¿las hago ahora y así tenemos la mañana libre? —propuse.

—Sabes que al niño no le gustan tus albóndigas. Si quieres le hacemos de las congeladas.

—Pues no entiendo por qué… las albóndigas, albóndigas son —la contesté— además, tenemos en casa todo lo que necesitamos para cocinarlas nosotros, de las congeladas no quedan… —insistí.

—Vamos a IDEA a comprarlas y de paso, comemos allí… —me dijo con indiferencia, como si el plan fuese de cajón y se sintiese orgullosa de haber sido la que lo ponía sobre la mesa.

—¿Para qué? —me estaba empezando a calentar, no quería ir a ese sitio por nada del mundo.

—¿Para qué coma tu hijo?… Las tuyas, las "guarrea" y "malcome"…

—Sí, y para volver cargados de chorradas…

—¡Ah! ¿Es eso lo que te preocupa? No sufras entonces, no necesito nada. Solo vamos, compramos las albóndigas nórdicas, comemos allí ya que estamos, damos una vueltecilla y nos volvemos. Por salir un poco…

Perfectamente empaquetado, listo para consumir.

—Bueno, vale, me da igual —dije con intención de dejar claro que ni mucho menos me daba igual —. Casi hasta mejor —no, ni de coña—, así no tengo que ponerme a hacerlas ahora.

—¡Perfecto! —concluyó ella.

—Pues nada, mañana "visitita" a IDEA… —dije, forzando el tono de alegría irónica.

3

—Pero entonces, ¿qué tiene que ver ese señor al que no soportas con las albóndigas? —me pregunta—, no entiendo…

—¡Uy!, ya llegará esa parte de la historia, ya… ¡Verás cómo me das la razón!

'Din' —suena ese timbre otra vez— *'2.971, pase por favor'.*

Me va a ser complicado pasar aquí tanto rato hasta que llegue mi número, porque además, realmente, no sé qué coño hago aquí por muy muerto que esté, con un numerito en la mano, esperando a que me llamen, ¿para qué? Me he muerto y ya, ¿no? Además, todo este tiempo aquí esperando voy a terminar molido. Ni una triste silla ni nada.

—Te ha cambiado la cara a peor, ¿qué te preocupa? —me pregunta.

—Perdona mocosa, ¿cómo tengo la cara?

—Como si te estuvieses cagando —me suelta la niña sin complejos.

—¡Oye bonita! —la gruño—. ¡Un respeto!

—Vale, vale, qué humos… Además, aquí, dudo que vayas a tener ganas. Recuerda que estamos muertos, no vamos a tener ganas de ir al baño, de sentarnos u acostarnos, de beber, de comer… Todas las cosas que tengan que ver con una necesidad física han desaparecido, así que tranquilo, simplemente espera, y deja de pensar en cosas que tu cuerpo no te está pidiendo, como por ejemplo, sentarte a descansar… —dice la pequeña mientras se da toquecitos en la sien con el dedo.

¿Cómo sabe esta niña todas estas cosas? Es demasiado pequeña. Menudo control de la situación. Me imaginaba el final de la vida de otra manera, y por supuesto, sin estar esperando haciendo cola, con un pijama blanco, dándole coba a una niña pequeña.

Es todo tan…

—¡POR FAVOR! ¿¡ALGUIEN ME PUEDE DECIR QUE COÑO ESTAMOS ESPERANDO!? ¡AQUÍ HAY GENTE MAYOR QUE ESTÁ MUY CANSADA Y…! —exploto elevando la voz hasta alcanzar un volumen cercano a la histeria.

—¡Shhhh! —alguien me ha chistado a lo lejos—. Cálmese, por favor, todos vamos a tener nuestro momento, solo hay que tener paciencia y comprensión —me dice.

—Me estabas contando una historia y no has terminado de arrancar… —me dice como si no hubiese oído mis gritos, ni la

posterior reprimenda anónima.

—Sí, es verdad, lo siento —me disculpo ante la pequeña por ponerme a gritar como un loco. Es mi único apoyo aquí dentro y no puedo echarla de mi lado con mis idas de cabeza, debo conservarla cerca— perdona… —digo mientras paso la mano por el pijama como si estuviese planchando una arruga que no existe— ehhh… ¿Por dónde iba? —la pregunto mirando alrededor, buscando miradas que sigan pendientes de mí tras mi salida de tono.

—Porque ibais a ir a IDEA hoy a comprar albóndigas congeladas…

—Sí, ya… Por cierto, no me has dicho cómo te llamas.

—Me llamo Daniela —dice entre gestos que entiendo son de vergüenza, aunque no estoy seguro del todo, ya que no cambia nada su color de piel, no se le ponen colores en los mofletes—y tengo ocho años, que al final tampoco te lo dije —dice entre risitas.

—¡Oh! Un placer conocerte Daniela.

—Ji, ji, ji… ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Sí, es verdad, estoooo… ¡Dami… bueno, Damián! —digo bruscamente, casi gritando— mi edad, 43 años, aunque ya da igual, ¿no? —la pregunto.

—Bueno, ya… ¡Encantada de conocerte… Dami!

—Igualmente Daniela.

Su pequeña manita busca la forma de coger la mía para hacer el gesto de estrecharla, como si fuese una empresaria de éxito cerrando un trato, pero estoy con los brazos cruzados fuertemente, igual que un portero de discoteca, impidiendo que alguien traspase su posición, y solamente, sus deditos, alcanzan a rozar los míos, provocándome un leve cosquilleo.

—¿Qué haces? —la pregunto mientras descruzo los brazos y retrocedo levemente el pecho.

—Darte la mano, es lo que hace la gente cuando se conocen y se dicen su nombre, ¿no?

Efectivamente, esta niña me acaba de dar una lección de educación y buenos modales y no me queda otra que aceptarla, aprenderla de una puta vez —ya soy mayorcito para tener educación — y comportarme como un adulto.

—Entonces… sí, bueno… encantado de conocerte Daniela… — la digo mientras estrecho su manita.

—Bueno, así que habéis ido hoy a IDEA, ¿no? —insiste.

—Sí, bueno, pero la verdad es que ayer pasaron más cosas, además de verme empujado al IDEA con las albóndigas como excusa… —la avanzo— tengo la enorme desgracia de estar en Madrid siendo aficionado del Barcelona y…

—¿Eres de Barcelona? ¿Y has venido hasta aquí para ir a IDEA?

¿No hay allí? Pues vaya mierda de… —me dice Daniela.

—No joder, soy de aquí, de Madrid, pero soy de un equipo de allí.

—Entonces eres de allí, ¿no? —insiste.

—No, soy de aquí, pero aficionado al equipo de allí.

—No me entero… O me lo explicas más despacio o lo siento mucho, pero, me estoy perdiendo… Entonces, ¿tenías que volver allí después de IDEA?

—Que nooooo —la contesto entre desesperado y con cierta sensación de bienestar por la gracia que me empieza a provocar esta niña y sus dudas—. Soy de Madrid. Nací en Madrid, vivo en Madrid, y, aun así, soy de un equipo que no es de Madrid, es de una ciudad que se llama Barcelona.

—¿Y qué pasa?

—Que es una auténtica mierda…

—¿Por qué? —me dice la niña con cara de extrañeza— hazte aficionado de otro equipo, si tan mierda es ser de ese equipo que me dices, ¿no?

—No, a ver, creo que no me has entendido niñita —la digo con cierto tonito reprobatorio— estoy orgullosísimo de ser un culé en Madrid, pero es una soberana mierda, porque vives, desde que te levantas hasta que te acuestas, rodeado de madridistas exhibiendo su madridismo, como es lógico, y eso es un auténtico espanto para un culé —la explico— ¿Ya lo entiendes?

La conversación se corta repentinamente porque advierto que la niña está totalmente descojonada de la risa.

—¿Qué te causa tanta risa? —la digo con una media sonrisa contagiada.

—¡Culeeeee! —dice a duras penas entre lágrimas— ¡JA, JA, JA!

—Es como nos llaman a los aficionados del Barcelona…

—¡JA, JA, JA!, ¡JA, JA, JA!

—Bueno, esta niña es tonta… —la digo entre la indignación y la gracia que supone ver a una niña tan pequeña reírse con tantas ganas de algo.

Después de un rato que se me hace eterno empieza a calmarse e intenta luchar como puede para no explotar de la risa más veces.

—Creo que ya… —dice— estooo, ¿perdón?…

—No hija, no pasa nada. No fui yo quien puso ese nombre a los aficionados… De todas formas, es algo antiguo… —la digo como intentando restarle importancia.

La veo por el rabillo del ojo taparse la boca, porque la risa, le vuelve a brotar.

—Vale, vale, paro ya… —dice la pequeña mientras hace un gesto de perdón juntando las palmas de las manitas.

—Ok… —la contesto intentando parecer distraído.

—Ahhhh, vaaaaleeee, ja, ja, ja —la niña comienza a partirse de risa otra vez, pero más impostado, menos real— mi papá era igual que tú —me dice— odiaba al Real Madrid muchísimo. Se cabreaba un montón si los veía ganar y como ganan siempre…

—No ganan siempre —la corto.

—Bueno, casi siempre.

—Porque les ayudan —la vuelvo a cortar.

—¿A qué? —contesta con los ojos como platos.

—A nada, déjalo, no lo entenderías…

—Eso me decía mi padre siempre…

—Y tú, ¿de qué equipo eres? —la interrogo.

—De ninguno, me importa un pito el fútbol.

—Creo que no deberías decir cosas como "me importa un pito" en este ambiente en el que hemos coincidido, ¿no crees? —la digo mientras un señor mayor nos mata con la mirada, y yo le devuelvo el gesto intentando decir con un leve movimiento de cabeza "estos niños como son, eh…"—.

—Vale, pues me da igual, ¿así mejor? Mi papá se cabreaba mucho con esto del fútbol —sigue la niña.

—Bueno, no es solo fútbol, somos el único club que…

—Un pito, Damián, ¡me-im-por-ta-un-pi-to! —me dice la niña entre risitas.

—Ja, ja, ja, qué niña joder, menudo final de vida me va a tocar contigo al lado, ja, ja, ja —la digo mientras no puedo dejar de reír.

—Tu vida finalizó hace ya unas cuantas horas, ¿eh?, no está finalizando… —me corta tajante mientras me mira seriamente—. Creo que me contabas "no sé qué" de ayer que no tiene que ver con IDEA…

—Sí, perdón… —la digo dubitativo—. Ayer por la tarde nos jugábamos seguir con vida en la Copa de Europa y los muy tuerce botas fueron incapaces de… —noto que alguien está carraspeando la garganta simulando tener tos, y cuando miro a Daniela, ella me está haciendo un gesto con la manita de *'baja el volumen un poco, reputísimo loco'*— ¡Uy! ¡Perdón! —la digo.

Miro alrededor, ansioso, buscando acelerar el tiempo. No sé muy bien qué prisa tengo, pero supongo que al final soy como todos esos borregos que querían pasar los primeros corriendo, a no se sabía qué, pero pasar corriendo, para ser los primeros. Insisto, nadie sabe a qué, pero me empiezo a hartar de no saber…

'Din' —*'3.110, pase por favor'*

—Te decía —prosigo casi entre susurros— que ayer debíamos ganar el partido que nos tocaba jugar, para poder seguir en la competición más importante que existe y en vez de ganar, hicimos un

ridículo espantoso. Nadie lo esperaba, o quizás sí, y preferíamos vivir engañados, el caso es que siempre duele, y ayer, muchísimo más.

—¿Por qué ayer más?, ¿Qué tiene que ver? —pregunta.

—¡Joder! Porque ellos encima ganaron su partido y pasaron de ronda, así que nosotros ¡Eliminados! ¡A nuestra puta casa!, y ellos como siempre… ¡Los más guais! —digo subiendo mucho el tono y recibiendo más miradas acusatorias— ¡Sí, señora! —le grito a la primera que cruza su mirada conmigo— ¡LOS MÁS GUAIS!

—Damián, ¡calla, loco! Que nos está mirando todo el mundo…

—Y encima hoy, visita al IDEA, con lo poco que me gusta —completo la historia, volviendo una vez más a los susurros—. Día feliz, pierde el Barça, gana el Madrid y visita a IDEA de regalo —digo mientras figuro unas comillas con los dedos de las dos manos—. ¡Y encima me muero!

Creo que estoy volviendo a gritar.

—Por eso no me gusta el deporte —suelta la niña de repente— la gente sufre muchísimo, es muy cansado y te pasas más tiempo cabreado y triste que contento.

—No sabes lo que dices renacuaja…

—Mi papá estaba todo el día cabreado —dice la niña.

—¿De qué equipo era tu padre?

—Del Atleti creo… o de alguno así. No sé la verdad…

—Ah, bueno… Es queee…

—¿Qué?

—No, nada, ¡Hombre honorable tu padre! —digo como si estuviese haciendo una ofrenda a un rey medieval— todo lo que sea anti madridismo es digno de aplauso.

—Además, nosotros vivimos cerca del estadio del Real Madrid —dice la niña— así que el pobre nunca quiso ponerse los regalos que le hacía mamá. La camiseta del equipo y esas cosas…

—¡Ostia! ¡Qué putada!

—Sí, bueno…

—El caso es que hoy estaba claro que no iba a despertar en uno de mis mejores días y viendo donde estamos acerté —le digo a la niña.

—Bueno, quizás sea mejor… Así dejas de sufrir…

—Joder con la niña, más vale muerto que sufriendo, ¿no? —la digo entre risas— Pues sí que te importa poco el fútbol, sí —la reafirmo en su pasotismo hacia las penas futboleras—. Bueno, ¿sigo contándote o qué?

'Din' —el timbre está acelerando su velocidad y suena cada vez más seguido— *'3.209, pase por favor'*

—Sí, porque al final… Se nos pasa el turno…

—Bueno, tenemos toda la vida, ¿no? —la digo intentando ser gracioso—. O toda la muerte, ¿verdad? —insisto sin mucho

convencimiento en el chiste.

—Si… Claro… —me contesta, dejándome claro, con una caída de ojos, que mi comentario no ha tenido la más mínima gracia.

—Bueno, el caso es que anoche, me metí a dormir bastante mosqueado y tristón con la derrota y me costó bastante conciliar el sueño. Sí, soy así de bobo, ¡qué le vamos a hacer! —la digo acompañando las palabras con un gesto de *'mea culpa'*.

Mi concentración en lo que estoy intentando contarle a esta niña y lo que va a salir de mi boca en el siguiente segundo, se ve cortada. No quiero volverme loco, pero creo que está ahí, de fondo, muy tenue, muy leve, pero está ahí…

—¿Lo oyes? Otra vez él… Cosa más boba de tío no la hay eh…

—No oigo nada…

—No puede ser que no oigas nada, ¿en serio no oyes una voz de un tío superrepipi dando "leccioncitas" y consejitos a alguien?… —le digo de mala manera a la niña.

—No… De verdad… No oigo nada…

Pero yo sé que sí, que está por aquí y que está haciendo lo mismo que en IDEA: joderme la vida…

4

Nunca he tenido paciencia para esperar. Bueno, a ver, he esperado cuanto debía siempre que lo he necesitado, pero sin ser el típico pelma que está todo el rato dando por culo, preguntándoles a los demás qué número tienen, o si llevan mucho tiempo allí para hacerme mi composición de lugar de lo que me quedaba por esperar. Pero en mi interior, me ha ardido siempre muchísimo la espera. Arder sí, ser un pelma no. Todo en silencio, como las hemorroides. Suelo tener un reloj imaginario en mi cerebro que me dice cuanto deberían durar las cosas, y, cuando ese tiempo se supera, comienzo a ponerme nervioso. No digo nada, pero sufro. Ahora, con mi numerito en la mano, es uno de esos momentos, igual que esta mañana. No hay que tardar tanto en arreglarse para salir por la puerta de casa cuando tienes que ir a algún sitio. No hay que…

—Te has quedado embobado —me dice mientras pasa su manita por delante de mis ojos.

—¿Eh?

—Que estas embobadoooo —insiste con cara de burla.

—Ehhh, sí, la verdad… Estaba pensando en la cantidad de tiempo que vamos a estar aquí esperando.

—Qué pesado… —me dice con desdén— tampoco tenemos mucho que hacer o donde ir, ¿no?

—Sí, ya… claro…

‘Din’ —*‘3.425, pase por favor’*

Las filas de personas se mantienen perfectamente ordenadas y nadie parece salirse del espacio que ocupa, como si hubiese sido asignado con nombre y DNI, y de ahí no pudieras moverte. Tampoco he intentado hacerlo hacia algún sitio. Estoy cómodo aquí. No me duele nada, no tengo sueño, no tengo hambre y tampoco sed. Simplemente, estoy. No veo la necesidad de moverme.

Miro hacia atrás y las filas son infinitas. Todos sobre un blanco radiante, todos con nuestro pijama blanco, flotando, sobre algo sin forma, que ni es suelo ni son nubes, pero ahí está. Es, digamos, el suelo más etéreo que veré jamás.

Cuando trato de situar a Daniela en una de estas filas, compruebo que es distinta a los demás y que no ocupa un espacio definido. A mi derecha hay un señor mayor que parece haberse quedado dormido de pie. Delante tengo lo que podría ser una mujer joven, con el pelo largo y muy liso, o un heavy, o un hippie, pero como no se ha dado la vuelta, ni una sola vez, no puedo saberlo.

Además, los pijamas son anchotes, así que tampoco es fácil adivinar caderas o algún tipo de silueta que me dé una información extraordinaria, que en el fondo, me importa tres cojones: quién es el muerto que tengo delante.

A mi izquierda debería estar Daniela, pero hay una señora de mediana edad que me da la espalda, porque charla animosa con la persona que tiene al lado, y detrás, bueno, lo de detrás es indescriptible, porque juraría que había un grupo de niños, y, sin embargo, la última vez que giré la cabeza, había un grupo de hombres jóvenes que parecían sacados de un gimnasio, por los músculos que se adivinaban debajo de los pijamas. Prefiero no volver a mirar atrás, la verdad.

Es como si cada vez que intento centrar la atención sobre alguna persona que tengo alrededor, esta, cambiase. La única persona que creo que se mantiene en su sitio, además de mí, es una chica a unas cuantas filas de distancia de nosotros, que charla animada con los que tiene alrededor. Para ser sinceros, no charla, la hablan, y ella les atiende con una sonrisa y un leve gesto con la cabeza de *'sí, me parece genial, pero me da totalmente igual'*. O al menos eso creo apreciar desde mi posición. Parece feliz de estar ahí. Es rara, pero atrayente a la vez. Me gusta, aunque no estamos ahora mismo en posición de pensar en ligar, como es evidente. Ella no se mueve del sitio, y los que la rodean tampoco. Deben estar en esos sitios por el número que les ha tocado, o no, y quizás estemos colocados por otro orden que desconocemos. Tener un sitio asignado por el número sería lo más lógico, pero vete a saber que planes tienen por aquí para todos nosotros.

A lo que iba: Daniela. No ocupa ningún espacio real, ninguno de los supuestamente asignados. Danza, salta y corretea alrededor mío como si no supiera estar quieta, como si estuviese tan llena de vitalidad que necesitase estar en constante movimiento para quemarla. Aunque sea un gesto, un movimiento de manos o un *'tac-tac-tac'* con el pie en suelo. No molesta, no hace casi ruido, pero no para.

Quizás haya escapado de su espacio para vagar distraída entre todos los presentes. Tal vez hay una zona especial para niños, y decidió abandonarla. O puede que los niños sean libres de ir por donde quieran. Vete a saber…

—Eres nerviosilla, ¿eh? —la pregunto.

—Yoooo… noooo…, ¿por qué? —contesta parando en seco todos sus movimientos y exagerando un gesto de extrañeza con la cara.

—Bueno, siempre estás moviéndote. Una mano, un pie, toda tú… ¿No te cansas? ¿Te gustaría sentarte? —la ofrezco como si

estuviese en el salón de mi casa, y pudiera ofertarla un enorme y comodísimo sofá.

—No, no me apetece sentarme… —contesta con un gesto de "¿y a que viene eso?".

—¿Cuál es tu sitio? —la pregunto.

—¿Dónde?

—Aquí —la contesto levantando un poco la voz—. Todos tenemos un espacio donde estar, pero tú no, revoloteas. ¿No tienes un sitio?

—¿Qué sitio, pirado? —me contesta con cara divertida—. Aquí no hay sitio fijo para nadie. ¡Fluyeeee! —dice mientras simula ser un avión con los brazos extendidos y comienza a dar vueltas alrededor de mí.

—¡Para ya! —la chisto— ¡Que nos van a llamar la atención!

—Ja, ja, ja

—¿Te sigo contando o te da igual lo que te decía? —insisto.

—Cuenta, cuenta, si es que te lías tú solo, eres *'muuuuu pesadoooo'* —dice entre risas.

—Vale, atiende —la corto— me he levantado mosqueado como un perro sin comida por lo del Barcelona de ayer, y, como te decía, no tengo mucha paciencia para esperar…

—No me has dicho eso en ningún momento —me corta con cara de extrañeza mientras frena toda actividad—. Lo del equipo ese tuyo sí, pero lo otro no…

—¿Noooo? ¿Seguraaaa? —la contesto con retintín.

—Segurísima… —insiste haciendo la estatua.

—Bueno, lo que tú digas… sigamos… —la digo acompañando mis palabras con un gesto con la mano abierta.

5

ESTA MAÑANA

—¡Ostia, que mal he dormido!

—¡Ay, pobre! Estarás molido…, yo he dormido de maravilla la verdad… —me dice mientras pasa por mi lado de la cama, errática, en busca del baño.

—Pues yo no, joder… —contesto de mala gana—. Toda la noche dando vueltas. Por más que lo intentaba, nada…

—Eso son las preocupaciones. Si es que te lo he dicho mil veces, no deberías ver el fútbol. Te cae mal, sufres. Mira yo, me metí en la cama, me leí unas hojas del libro y me quede frita… ¡Y hasta ahora! —concluye haciendo un gesto como de *'mira que bien'*.

—Sí, me voy a borrar, voy a dejar de verlo porque estoy hasta los…

—Eso dices siempre y al final… —me dice entre gestos de poca confianza hacia mis palabras.

—No lo puedo evitar… ¡Café! —grito dando por terminado el capítulo *'recuerdo del ayer'*.

Menuda mierda de día me espera. No soporto ir a IDEA. A ver, el sitio está bien decorado, es muy luminoso y aparentemente divertido, pero es tan grande, que se me hace muy largo recorrerlo desde el inicio hasta el final. Se hace muy pesado. Además de la manía de marcarte con flechitas en el suelo por donde debes ir, para no perderte nada, y que, para más inri, te impide saltar entre secciones para poder huir tranquilo del lugar.

El gran problema que le veo también, a ese sitio, es que siempre tienen las mismas cosas. Ella dice que no, que lo cambian cada año, cada colección o ¡yo qué sé!, pero tengo la sensación de que llevan teniendo los mismos artículos desde hace décadas, y que tan solo los cambian de sitio, año a año, dentro de los enormes decorados que montan para venderte la moto, para hacerte creer que es todo supernovedoso y rompedor. Y no, es lo mismo de siempre, colocado de distinta manera, dentro de casas prefabricadas que simulan hogares que nadie decora así en verdad. Por qué seamos serios, si el noventa y muchos por ciento de los decorados nos dan totalmente igual, porque no tienen nada que ver con nuestras vidas, con nuestros pisos, ¿por qué nos detenemos a verlos, tocarlos, probarlos y *'requeteprobarlos'* todos y cada uno de ellos? Cada sofá, cada silla, cada cama, cada vaso, cada plato. Cada trocito de plástico protector de esquinas o cada inventito moderno para colgar las bragas sucias en la esquina menos

usada de la casa. Aprovechamiento del espacio le llaman. Es el parque de atracciones de las construcciones para adultos. El zoológico de los tornillos raros y las instrucciones para *'dummies'*.

Un horror. Lo odio.

Eso sí, al menos, se come barato. Muy mal, pero muy barato. Pero claro, no vas a un IDEA a comer. Comer es una especie de premio que recibes a medio camino del que, encima, tienes que estar orgulloso y agradecido de recibir porque *'claro, es tan económico…'*. Como además, la variedad de platos es la misma que la de los productos de la tienda, nula, todos sabemos que vamos a comer desde que aparcamos en su masificado parking: albóndigas.

Lo dicho, pinta a día de mierda, pero, es lo que hay…

—Si al menos estos hijos de puta… —bramo mientras niego con la cabeza sin despegar la mirada de la pantalla del móvil.

—¿Y si dejas el móvil y hacemos el desayuno? —me regaña con ternura.

—Qué pesado eres con el fútbol papá… —dice el niño imitando la reprimenda de mamá.

El otro. El que faltaba. Él.

No le culpo, hace bien. Su odio al fútbol es proporcional a mi odio a IDEA, aunque para ser sinceros, lo suyo no es odio, es pasotismo absoluto. Ha nacido en una generación en la cual sufrir durante dos horas por once tipos en pantalón corto, persiguiendo un balón, mientras sus cuentas corrientes engordan obscenamente cada minuto, no entra en sus preferencias. Consolas, pantallitas, sí. Consumir contenido le dicen. Pero la pelotita, no.

Casi mejor para él, así no sufre, pero joder, al menos que no me toque los cojo…

—Haz el cola cao del niño y échale azúcar a los cafés, anda… ¡'culé'! —me dice ella con una sonrisilla picarona.

Esa sonrisilla… Menos mal que la tengo a ella.

—¿Culé? Ja, ja, ja, ¡Culé!, ¡Culé!, ¡Culé! —grita el enano mientras me da golpecitos en el culo, como si fuera un tambor.

Esa vocecilla… Menos mal que le tengo a él.

—¿A qué hora nos vamos a ir? —pregunto.

—Pues no sé, tarde. Lo justo para ir a comer, comprar las albóndigas del niño y volvernos, ¿no?

—¿Tarde? Eso es demasiado tarde, me temo. Si nos liamos a ver cosas, llegaremos a comer a la hora que va todo el mundo, perderemos mil horas en que nos atiendan y cuando nos queramos dar cuenta, ya serán las…

—Deja de sufrir nene… —contesta con voz entre apenada y desesperada por qué ayudo más bien poco en la elaboración del desayuno— lo que necesitas es azúcar y cafeína. Come y calla anda…

—me corta.

El desayuno es la parte que más me gusta del día. Adoro el café y soy un fanático del dulce, así que, sí, quizás sea verdad eso de que necesito una dosis de azúcar y un chute de cafeína cuando me levanto, porque suele sentarme muy bien. Aunque hoy tengo el recuerdo del Barcelona y la perspectiva del IDEA. Veremos…

Soy un amargado, creo que lo tengo que asumir. Tanto, que, incluso gustándome, desayuno como si hoy se acabase el mundo y esta, fuese mi última comida. No lo disfruto, simplemente consumo todo con ansiedad. Aunque ahora que lo pienso, siempre desayuno así, no es cosa de hoy. Qué curioso, que sea precisamente hoy cuando me fije en la velocidad a la que desayuno.

Lo dicho, soy un amargado de mucho cuidado.

Independientemente del desayuno, a los sitios, sobre todo si vas a ir a comer al único restaurante del centro comercial en cuestión —en este caso, el propio que tiene IDEA en sus entrañas—, si además tienes algo que hacer antes, hay que ir con tiempo. Durante décadas, se ha establecido que en este país, se come entre las dos y las tres de la tarde, y como quieras comer a esas horas fuera de casa, estás perdido, por qué vas a esperar muchísimo para que te atiendan. Al menos en esto, ella me da la razón, y siempre hemos sido de comer pronto y hacer las cosas a contracorriente de la mayoría. Ir al revés, así nadie nos molesta. Pero claro, ese *'tarde'* que me ha dicho…

—Bueno, pues en un rato nos duchamos, nos arreglamos y nos vamos, ¿ok? —planeo.

—Vale, vamos viendo… Acabamos de desayunar… No vamos a irnos ya…

Ese *'vamos viendo'*… Se nos va a hacer tarde…

—¡Muy bien! —digo sin mucho convencimiento.

Hay cosas que hacer antes de irnos. Tengo que poner al menos una lavadora con el uniforme del trabajo, tender, y barrer y fregar la cocina que ayer no lo hice y después del desayuno hay mucha miga.

No dejo de darle vueltas a lo de ayer, aunque al final, siempre es lo mismo, debería haberlo aprendido ya: espero más de lo que puedo recibir, y claro, me frustro. Supongo que todos somos iguales a la hora de gestionar nuestras aficiones, nuestras pasiones. En el fútbol es exagerado. Muchas veces me he preguntado que elegiría yo, en esa cuestión que siempre hacen a los más forofos de *'qué crees que cambiarías antes, ¿de equipo o de esposa?'*. Puff, vaya mierda de pregunta, joder. Es tan casposo todo… Tengo que dejarlo, igual que dejé el tabaco.

Todo me engancha. Todo me afecta. Todo me quita años de vida.

—Me voy a ir a mis "cositas" en el baño, que quiero depilarme

y pintarme las uñas de los pies.

—Vale, ¡guay! —contesto intentando disimular la sensación que me supone ver que empieza a arreglarse, sin arreglarse, ya que tan solo va a hacer "tareas extras".

La lavadora da vueltas y el suelo de la cocina se seca lentamente. Tiempo para él.

Este rato se lo voy a dedicar para que juguemos a algo juntos. Está distraído con el mando de la tele, haciendo zapping dentro de Netflix, sin saber muy bien a que atender, "viendo anuncios" dice. Se aburre. Lo poco gusta y lo mucho cansa. Ni media hora raspada de dibujos en la merienda, como cuando yo era pequeño, ni plataformas con centenares de contenidos a la carta para niños, como es ahora. En el equilibrio está la virtud.

—¿Jugamos a algo mientras se arregla mamá? —que no se está arreglando, pero bueno.

—¡Valeeee! —grita con inmensa alegría mientras lanza el mando al sofá y la tele se apaga fulminantemente.

Estos ratillos son terapéuticos. A veces, quiere jugar tirados en el suelo, inventando escenas y roles con muñequitos variopintos. Lo mismo pones voz a un Pokémon charlando con He-Man, que un Playmobil ataca y doblega a un dinosaurio, para domarlo y cabalgarlo después en pos de conquistar a todos los muñecos del salón, y someterlos.

Esta vez prefiere que juguemos unas partidillas a la consola. Juegos de sofá. Mejor, porque estoy molido.

Esos momentos en los que le digo *'¿jugamos?'*, y él dice *'¿suelillo?',* son lo más bonito de mi vida. No me dice *'vale, sí, vamos a jugar y quiero jugar en el suelo con los muñecos'*, no, para nada, me dice con su tierna vocecilla *'¿suelillo?', y* sabe que siempre le diré que sí, ya que es imposible negarse a tanta ternura. Pero hoy no, de verdad que no puedo con la vida, y estar tirado en el suelo con lo cansado que estoy, no entra en ningún plan que pase por mi cabeza. También es verdad, que no ha dicho nada de jugar en el suelo. Son ganas de preocuparme por algo que no está ocurriendo.

Así que, consola y sofá. Perfecto.

Su adoración por las consolas y los videojuegos es la ostia. Desde muy pequeño, no le hemos impedido acceder a todos los tipos de videojuegos y plataformas que hay por la casa —respetando casi siempre su edad, como es lógico—. Simplemente, hemos destinado un tiempo diario limitado. Un espacio donde él, pueda disfrutar de su afición sin obsesionarse, y con el tiempo, hemos comprobado que no ha fallado la estrategia. No tiene ansiedad alguna por *'jugar a la maquinita'* como dicen las mamás de algunos amiguitos suyos del cole. Sabe cuál es su tiempo y su espacio, y lo disfruta. Y el tiempo de hoy,

lo quiere compartir conmigo.

—¿Sackboy en la Play 5 o sacamos la Super Nintendo Mini y nos echamos un Donkey Kong?

Amor puro, joder. Oírle con esa vocecita de angelito que tiene, nombrar auténticas joyas de los videojuegos…

—Lo que a ti más te guste, ¡decides tú! —le digo haciéndole un gesto de *'¡tú mandas!'*.

—¡La Super Nintendo! —contesta alegre.

Mientras preparo los mandos, me taladra la cabeza con las partidas que vamos a jugar y a qué juegos, en plan hombre de negocios, buscando un acuerdo satisfactorio.

—¿Primero unas partidas al Street Fighter, luego unas vidas al Donkey Kong y después, unas carreras en el Mario Kart…? —oferta.

—A ver, no sé si nos va a dar tiempo a todo…

—Bueno, pues eliminamos el Donkey Kong, y si nos sobra tiempo, un Mario World —insiste.

—Vale, venga, pero solo si nos sobra tiempo, ¡eh!

—¡Bieeeen! —entona contento mientras coge su mando, y vuelve a tirarse en el sofá.

Le adoro, es lo mejor que me ha pasado en la vida, junto a ella, lógicamente. Sin ella, no hubiese habido él. Es listo, guapo, inteligente. Diría que obediente, pero es que tampoco le sometemos a situaciones en las que tenga que obedecer a nada. Desde que nació, hemos sido muy dialogantes con él y le hemos dado explicaciones de todo cuanto le rodeaba, las pidiese o no. Nos hemos esmerado en que tuviese unas nociones, más o menos claras, de lo que era la paz, el amor y el respeto, y como de serie ya venía con un corazón enorme dentro de ese menudo cuerpo, la crianza ha sido mucho más fácil.

Amor verdadero, a raudales, esa es la clave. Y sin ser unos *'repipi-repollo',* claro.

Las partidas se suceden entre gritos de alegría o decepción, según toque, con mi mente paseando levemente entre píxeles, las botas de los jugadores del partido de la noche anterior, los pasillos de IDEA, y varias mierdas mentales que están siempre ahí y nunca se van: cuando lloverá, que día del mes me declararé en bancarrota temporal o con qué compañeros de trabajo coincidiré en el próximo turno.

Maldito estrés, maldita ansiedad.

El tiempo pasa y la noticia me pilla por sorpresa: *'Cuando queráis podéis empezar a arreglaros, que yo casi estoy'* —nos dice.

Todos sabemos que "estar terminando ya" equivale a quizás una hora más de tiempo. Miro el reloj, vamos bien. El rato de consola ha pasado rápido. Es lo que tiene hacer cosas que te divierten y te llenan la barra del buen rollo, que se pasan volando. Las horas dentro del trabajo no pasan tan rápido. Ojalá.

Mientras recogemos los cables de la consola, y vamos guardando todo en su respectiva caja, pienso en las albóndigas del IDEA y caigo en la cuenta de que, aun teniendo que ir allí sin gustarme, tengo hambre.

—Vamos a pegarnos una ducha, ¡enano! —le digo con todo el entusiasmo posible.

—Valeeee… —contesta con entonación de cancioncilla infantil

6

'Din' —*'5.718, pase por favor'*

Con más lentitud de la deseada, los números van pasando. Somos demasiados, claro. Podrían ir más rápido, por supuesto, pero es lo que hay. Al menos, creo haberme calmado lo suficiente como para empezar a asumir lo que ha ocurrido: que hemos muerto muchos habitantes del planeta. O quizás todos. Ya nos dirán.

Espero que ella y el niño estén bien, y aquí, solo esté yo. Cuando me toque entrar a la especie de entrevista que tienes que pasar para acceder al cielo, o lo que sea que haya que hacer para dejar de estar aquí esperando, preguntaré por ellos. Seguro que me dan información. Joder, ¡es el cielo! Si aquí no me dicen algo, tendré que continuar con la idea de que siguen vivos, porque no lo sabré jamás, salvo que me los encuentre por aquí esperando, o en el propio cielo cuando entre. Sigo creyendo que como son bastante espabilados, si han muerto como los demás, ambos estarán dentro ya, seguro. Otra cosa no, pero vivos para ser los primeros en este tipo de aglomeraciones, son un rato.

Daniela juega distraída en el suelo intentando hacer formas con el humo que nos rodea, pero cuando consigue concretar alguna figura que se parezca medianamente a algo, se diluye y después de quejarse levemente, tiene que empezar de nuevo.

—¿Te estás enterando de algo? —la digo con cierto tonito de *'no me estás haciendo ni puto caso'*— si te aburro, dime, y te dejo en paz, que tampoco va a ninguna parte.

—Bueno…

—Bueno, ¿qué? ¿Qué te deje en paz? —la insisto.

—No, bueno, lo que tú quieras… Te estoy escuchando… Me ha gustado mucho oír cómo juegas con tu hijo, por ejemplo… —contesta con una gran sonrisa mientras no deja de intentar domar el humo blanco.

—¡Oh! —me avergüenzo—. Vale… Sigo entonces…

—Vale.

'Din' —*'5.856, pase por favor'*

Los números pasan sin sobresalto alguno, con aparente normalidad. No hay nada que nos haga salir de este estado en el que nos encontramos todos. No hay ningún altercado o trifulca de alguno que esté descontento con su situación. Supongo, que con la vida, también se nos fueron las ganas de pelear por algo que tiene incluida la derrota segura.

No deja de entrar gente nueva, y de salir otra tanta, que recibe la llamada de su número. Los huecos que van dejando las personas que son llamadas, no son ocupados por las nuevas, sino que desaparecen, sin que los demás lo notemos o cambiemos de sitio. Ningún espacio de los ocupados por otros muertos, al desaparecer los que son llamados, se hace más ancho o más estrecho. Permanecen igual. Curioso efecto. Cosas de esta antesala tan rara.

Advierto que la chica a la que todo el mundo daba conversación, machacándola con sus cosas, está a nuestro lado mirando distraída al infinito. Nada ha cambiado, no estoy loco, ni veo mal. Todo sigue, exactamente, en el mismo sitio que hace escasos segundos. Salvo ella, que la tenemos al lado.

Parece tener cierto contoneo en las piernas y en la cadera, como si en su cabeza estuviese sonando una música suave y armónica que la empuja a tener que balancearse sin control. Suavemente, muy suavemente. Pero sin parar. No tiene pinta de estar sufriendo por estar aquí. No se la ve contenta, pero tampoco se aprecia tristeza en su rostro. Tan solo está esperando a que la toque. En silencio, en calma.

¡Qué gusto, que paz! Qué dominio más frío de la situación.

No la conozco de nada y ya estoy envidiando, sanamente, esa tranquilidad que su simple presencia aporta. Es de suponer, que esta chica tendría familia, amigos, gente a la que quiere y aprecia. Sin embargo, parece que con ella no fuese la cosa. No parece importarla estar aquí, aunque seguro que en el fondo, está triste, como los demás. Porque, aunque unos pocos parecemos estar intentando buscar respuestas al porqué de haber llegado a esta situación, y algunos otros, esperan tranquilamente asumiendo un destino al que no tenían pensado oponerse, en general, aquí, se respira tristeza. Mucha tristeza.

Supongo, que habría sido bastante necio haber pulsado el botón de la caja de la izquierda para haber accedido a la sala de espera de acceso al infierno, si es que aquella máquina te llevaba allí, que tiene pinta de que sí. Si hubiese apretado ese botón, ya no habría vuelta atrás. Si alguien quiere ir al infierno el resto de su existencia, nadie le va a poner pegas. Has de ser un auténtico perturbado mental o un hijo de puta muy prémium para querer pasar el resto de tu vida en un lugar así. Por eso creo que hay tantas aglomeraciones aquí.

Pero ella parece llevar con desparpajo esta novedosa situación.

—Qué largo se hace, ¿eh? —la digo sin mucho interés, como el que inicia una templada cháchara sobre el tiempo dentro del ascensor.

—¿Eh? ¿Perdona?

La he cortado el rollo. Seguro que estaba pensando en sus cosas y he llegado yo a tocarla los ovarios.

—El tiempo esperando a que nos llamen, que se hace pesado, largo… —insisto.

—¡Ah! Sí, bueno… Tampoco tenemos mucho más que hacer, ¿no? —contesta distraída.

Es educada, cualquier otra habría pasado de mí, o me habría soltado una bordería, pero su tono de voz revela educación. Y paciencia, muchísima paciencia. Quizá la haya molestado, pero no se ha notado si ha sido así.

—¿Puedo hacerte una pregunta que me tiene bastante perdido?

—Sí… Supongo… —contesta recelosa.

—Tú antes estabas allí, lejos, hablando con otras personas —la digo— no he estado observándote ni nada de eso, solo me entretenía mirando alrededor —intento aclarar, haciendo que suene todavía peor de lo que ya sonaba— y ahora de repente estás aquí a nuestro lado. Sin embargo, nadie parece moverse de su sitio, ¿cómo puede ser eso? ¿Has venido hasta aquí por qué has querido, o el suelo te ha transportado?

—¿El suelo me ha qué?, ¡Ja, ja, ja! —me contesta—. No, llevo aquí un rato largo, eh. Diría que no me he movido de aquí desde que llegué, la verdad. Tampoco me he fijado mucho ¿Por qué?…

—Bueno… esto… he tenido la impresión de que antes estabas más lejos… Por allí… —la digo, mientras señalo confuso a no sé dónde—. Quizás haya medido mal las distancias y me ha parecido verte más lejos… Lo siento.

—No lo sientas hombre, no pasa nada.

Si pasa, sí.

—¿Y qué te decían aquellas personas? —insisto—. Perdón… Bueno… A ver, no quiero ser pesado ni cotilla, para nada. Pero me pareció, la única vez que te miré —aunque quede fatal, debo insistir en que solo la he mirado una vez, no vaya a pensar que soy el puñetero acosador oficial del cielo— había mucha gente hablándote a la vez, como si tuvieras información valiosa sobre lo que hacemos aquí, el porqué de cómo hemos llegado hasta este sitio y esas cosas… —la aclaro—. Perdóname si te has sentido… ¿observada? —finalizo, mientras hago un gesto raro con los dedos, que pretende simbolizar unas comillas, pero que me hace parecer medio tonto.

—No te preocupes… Está bien…

—Ok —afirmo.

—Vale.

—¿Entonces? —insisto con cierto tono nervioso.

—Nada, no pasaba nada. Solamente me preguntaban por los guardianes y les he estado contando, nada más.

—¿Los guardianes? —la contesto con los ojos abiertos como platos, igual que los de un niño viendo las luces de Navidad en Cortylandia.

—Ehhh… Si… los guardianes, ¿qué ocurre? —me contesta con

una media sonrisa, debo confesar, preciosa.

Tiene los ojos marrones, tirando a un color miel enternecedor, y los acompaña una sonrisilla constante que ilumina toda su cara y sobre todo, esa mirada tan especial. Es bonita, la verdad.

—¡Pues que no sé nada de unos guardianes, nadie ha dicho nada por aquí! —comienzo a bramar—. Porque llevamos aquí mucho rato esperando, y lo único que sé, es que estamos en una especie de sala de espera para entrar al cielo. Pero no sé nada de unos guardianes…

—Tranquilo —me calma—, los guardianes del cielo son simplemente personas, como tú y como yo, que tristemente, llevan aquí mucho más tiempo que nosotros, y que por lo visto, ayudan a las nuevas personas que llegan a integrarse con normalidad, con calma, en paz —me aclara—. Organizan, mantienen limpio y ordenado el cielo… Cosas así…

—¿Hay Policía en el cielo? —digo casi gritando—. ¡No me jodas hombre!

—Nadie ha hablado de Policía, eh…

—¡Son guardianes! ¡Es lo mismo!

—No, no es lo mismo. Estos guardianes no van a controlar lo que haces, ni lo van a perseguir o juzgar. Por lo visto, cuando entras en el cielo, eres completamente libre, y los guardianes, por lo único que velan, es porque sigas siéndolo. Su misión es asegurarse de que pasas la eternidad, descansando plenamente en paz. De espíritu, de alma, claro… —titubea— tu cuerpo, obviamente, ya no… —deja la frase en el aire como si sintiese algo de pena al decirlo.

—Existe… —la completo la frase—. Ya… no… existe… ¿no?

—Algo así, sí…

—Y entonces, ¿esos guardianes saben cuánto tiempo vamos a estar aquí? —insisto.

—No lo sé, tampoco se lo he preguntado, ni ellos me lo han dicho. Tan solo han venido a explicar que una vez llegamos aquí, no hay vuelta atrás. Tan solo se puede volver a las máquinas de los tickets, y cambiarlo cuantas veces quieras, hasta que estés seguro de a donde quieres ir, si al cielo o al infierno, siempre y cuando te acepten donde hayas elegido, claro. Una vez que entras en alguno de los dos, ya no puedes salir para el resto de la eternidad —me aclara amablemente—. Supongo que por eso hay tantísima gente aquí, en la sala de espera del cielo, porque, ¿quién querría entrar al infierno? Supongo que nadie…

—No… claro… nadie, nadie… —contesto afirmando medio embobado, mientras asimilo la información tan valiosa que me está contando esta chica.

—No pienso salir de aquí para coger un número de la máquina

con la flecha roja, únicamente, para comprobar cuanta gente está esperando para entrar en el infierno —prosigue—. Primero porque perdería mi turno aquí, y segundo porque en esa sala de espera debe estar *'lo mejorcito de cada casa'*—dice con sorna— y tampoco me apetece estar en ese tipo de ambientes el resto de mi existencia. No sé si me entiendes…

—Sí, claro… —contesto dubitativo—. Es más, te agradezco mucho toda esta información…

—No es nada…

—Pues esos guardianes por aquí no han pasado…

—Eso no lo sé. No voy con ellos —me corta.

—Ya, ya…

Daniela está parada a mi lado escuchando todo lo que hablamos, y con un gesto, me pide agacharme, y llevándose la manita a la boca, adelanta que va a decirme algo que no quiere que oigan los demás. Su sonrisita pícara no trae nada bueno. Me agacho, claro.

—Pregúntala cómo se llama, ¿no? Que eres más soso que una mata de habas…

—Una mata de… ¡Menudas cosas tienes! —la digo mientras intento volver a estirar la espalda.

—Que no, ¡pesado! —me vuelve a decir elevando la voz y tirando de mi brazo hacia abajo para que vuelva a estar a su altura—. Pregúntala su nombre, cuantos años tiene, si está aquí sola… ¡Macho! ¡Que no tienes nada mejor que hacer!

—Bueno, tú y yo estábamos hablando del capullo aquel… —contesto señalando a la nada.

—Ahora sigues contándome, pero tengo curiosidad, ¡vamos! —me empuja con un leve gestito con las manos.

—Oye, perdona…, ¿qué número tienes? —lamentable, la pregunto por el número como si fuese un "prisillas" en la cola de la pescadería, en vez de por su nombre.

—No sé… A veeeer —dice arrastrando la voz— 32.333

—¡Ah! ¡Que cerquita de los nuestros! —la digo—. Yo tengo el 35.522 y Daniela el 34.960

Se asoma para mirarla y la hace un gestito con la mano a modo de saludo mientras la dedica una sonrisa enorme, reluciente, preciosa. Daniela se esconde tras de mí, medio avergonzada, medio queriendo empezar un juego tipo '*cucú-tras*', pero ella no la sigue.

—Yo soy Clara —dice de repente— ¡encantada de conocerte Daniela! —le dice en voz bajita a la niña.

—Ehhh… Si… Bueno… Yo soy Damián, que no he dicho nada… —la digo extendiendo mi mano avergonzado.

—Encantada —me dice estrechándola.

Está helada. Supersuave, pero helada. ¿Lo estaré yo también?

No sé por qué, pero tras tocarla, el cuerpo entero se me ha erizado, como si me hubiesen dado caza con una pistola de esas que emiten descargas. Electricidad pura recorriendo todo mi cuerpo. Será que en el cielo el contacto físico es así. Electrizante. O quizás es que esta chica me transmite emociones que, de momento, no acierto a poner nombre, pero que, irremediablemente, me gustan.

—Encantado… Si… Yo también…

—Así que los guardianes te tienen intrigado eh… —me dice con gesto de vacile.

—Sí, la verdad…, aunque ahora ya menos —la digo con un gesto agradecido por tanta información—. Por cierto, me pareció oír la voz de alguien a quien conozco de hace muchos años. Tiene voz de pito mezclada con una pose varonil bastante impostada, que juntas, le hacen ser un poco ridículo. Con el pelo de algún color raro. Muy bien cuidado, cachillas, con tatuajes en los brazos, en buena forma, vaya… Un chulo que se cree superlisto, pero que cuando te habla, parece que fuera el típico abuelo pesado dándote una lección que nadie le ha pedido. Es famosillo además…, ¿te suena haberlo visto? —la interrogo tras el traje que le acabo de hacer.

—Ni idea…

—No será ese tío un guardián del cielo, ¿no? —insisto con vehemencia.

—Te digo que no sé de quién me hablas —me contesta bastante seria—. No he visto a nadie así, de verdad.

—Vale, vale, perdona…

—Oye, ¿tú estabas también en IDEA cuando ocurrió todo? —la digo intentando cambiar de conversación.

—No, la verdad es que no me he enterado de nada —contesta— me tumbé en el sofá a dormir un poco la siesta, que aunque no la necesitaba, porque había dormido muy bien la noche anterior, no me gusta desaprovechar cada oportunidad que tengo de dormitar un rato. Más vale dormir de más, que de menos. El autocuidado es importante —dice con una voz bastante graciosa—. Me he quedado frita y he despertado aquí. Bueno… a ver… no he despertado… es que estamos… ya sabes…

—Ya, ya…

—¡Joder! Entonces, no pudiste ver por última vez a tus seres queridos, ¿no? —lo sé, pregunta fea, pero ya puestos…

—Bueno… —contesta mientras respira profundamente, intentando no venirse abajo al recordar a gente a la que quiere, que seguro, le dolerá mucho haber perdido— el caso es que…

—Tranquila —la freno— si no quieres contármelo lo entiendo perfectamente. Total, a mí tampoco me dio mucho tiempo a despedirme de nadie. Me pilló en un puñetero IDEA comprando, así

que, fíjate que panorama…

—No, no pasa nada… Suelo despedirme siempre de mi hijo y de mi marido antes de meterme a dormir, o antes de irme de casa a trabajar, cosas así… —relata con cara triste—. Siempre he tenido la teoría, de que cuando me separo de la gente que me importa, sea por mucho tiempo o simplemente por el rato que tardo en bajar a por el pan, debo despedirme con un beso y alguna carantoña, por si acaso…

—Y esta vez…

—¡Acerté con mi teoría! —"celebra"—. Debí haberme despedido y no lo hice, simplemente me metí a dormir…

—Lo siento, perdona.

—No pasa nada —contesta con los ojos enrojecidos y una lágrima enorme bajándole hacia la boca.

'Din' —*'6.532, pase por favor'*

Los números continúan avanzando poco a poco, aunque para ser honestos, desde que he empezado a hablar con ella, el tiempo se me ha pasado más rápido, y tengo una ligera sensación de que la cosa se acelera. A ver si es verdad…

—¿Crees que mucha gente pulsará el botón de la máquina roja? —me suelta de repente, como si quisiera borrar de un plumazo el emotivo momento anterior.

La máquina con flecha roja que despacha billetes de ida al infierno, como escape para todo.

—Uf, no sé… lo mismo sí, ¿eh?, que la peña está muy loca… —la contesto vagamente.

—Me imagino, que la sala de espera del infierno tendrá más gente de la que realmente quiere entrar por convencimiento —me dice—. Seguro que mucha gente, por simple morbo, por cotillear que hay allí, o simplemente por hacer la gracia, ha pulsado el botoncito.

—Qué horror, yo paso. Ni para cotillear, ni para nada. Que le den por el culo al infierno —la contesto mientras me mira con los ojos algo más abiertos de lo normal en un claro gesto de sorpresa—. Además, ¡debe hacer un calor que flipas! Odio el calor, no lo soporto, prefiero mil veces el frío y en el infierno debe ser horroroso…

—¡Ja, ja, ja! —se está riendo en mi cara.

—¿Qué pasa?

—En el cielo no vas a estar fresquito, ¿eh? Igual que en el infierno, no van a estar toda la vida a cincuenta grados, eso son leyendas urbanas, por lo visto… —me dice.

—¿Tú crees?

—No es que lo crea, es que es así. Es cielo e infierno, bien y mal, no frío y calor, ¡ja, ja, ja! —vuelve a reír.

—Vale, si estás tan segura…

Observo por el rabillo del ojo, que Daniela está completamente

quieta, como anestesiada, escuchando lo que hablamos y que sin darnos cuenta, está tomando nota de todo, por lo tanto, habrá que tener cuidado con lo que decimos por si se nos escapa algo, digamos, doloroso. En su distracción, mira fijamente sus manos mientras sigue intentando domar el humo y conseguir algún tipo de figura. Parece que lo va consiguiendo, pero, aun así, sigue estando lejos de ser una gran artista en el manejo del humo del cielo. Si encima, lo hace a cámara lenta para no perderse nuestra conversación, mal va.

—Los guardianes también nos han explicado cómo es el infierno. Una señora con ganas de cotillear, pero sin el valor suficiente para probar a verlo por sí misma, ha estado preguntando…

—¿Y bien?

—A ver cómo lo explico… —dice mientras desvía la mirada— el cielo y el infierno son el mismo sitio —comienza a razonar— todos vamos a pasar el resto de nuestra existencia espiritual en este sitio, pero, tras las puertas de la sala donde se celebra el juicio particular de cada uno…

—¿El juicio? —contesto asombrado—. Te sacan las cosas que has hecho en tu vida y, ¿deciden? ¿Cómo en un juicio por asesinato o por robo? Flipo…

—No, a ver, es el nombre que tiene esa sala, pero realmente, lo que se hace, es poner sobre la mesa lo que quieres, lo que no, de donde vienes, a donde vas —ibas— y se evalúa hasta donde eres consciente de las cosas que has hecho en tu vida, tanto buenas como malas, y basándose en eso, y a lo arrepentido que estés de las más negativas, pasas al cielo o te vas al infierno a ver allí que piensan. Lo lógico, no me sorprende tanto como a ti la verdad… —me dice.

—Vale, sí, tiene sentido…

—El caso, es que cuando pasas la sala del juicio entras en el cielo, que es este mismo sitio donde estamos, pero en paz y en libertad absoluta, sin numerito que esperar, no sé cómo decirte… Ya está, pasas y te quedas, ¡ja, ja, ja!

—Ya… Así que esto ya es el cielo… —digo mientras intento convencerme de mis propias palabras.

—Por lo visto, los que entran en el infierno tienen una zona de espera como esta donde estamos ahora, una sala del juicio final igual que la que tendremos aquí, y acceden a una especie de cielo igual que el nuestro, pero llamado infierno… Bueno, digamos que no es una especie de cielo. Es el mismo espacio en el que estamos nosotros, pero la parte que ellos ocupan, la llaman infierno.

—¿Entonces daba igual el ticket que cogiésemos que todo conducía al mismo sitio? —espeto sorprendido.

—Si y no. En el cielo, vivirás entre nubes blancas como estas entre las que nos encontramos, siempre hará una temperatura

agradable, ni frío ni calor, y todo estará inundado de paz, amor, respeto, convivencia, educación, civismo, etc. Todo lo bueno que puedes esperar de las personas y sus actos con los demás, estarán presentes en el cielo —relata.

—Aaaaaah… —digo absolutamente fascinado—. Claro joder… no es humo… son nubes… —digo con un aire de mermado que entendería que se fuese corriendo de nuestro lado.

—Si… claro… nubes… —me dice intentando pasar por alto mi contestación—. En la parte que llaman infierno, sin embargo, vivirás en un sitio similar al del cielo, pero con distinto ambiente, lógicamente. Siempre tendrás nubes grises o negras, depende de quién las habite, de con quién te vayas cruzando. Lloverá a diario, hará aire casi siempre y las temperaturas serán cambiantes. Lo mismo te asarás del calor, que te morirás del frío, bueno, morirte, no, claro, ¡ja, ja, ja! —me dice casi gritando, emocionadísima con la información que está compartiendo— además, ¡y esto es lo peor!, todos los sentimientos u emociones que se tengan o compartan, serán malos. Habrá ira, envidia, pereza, soberbia… Un auténtico horror, vaya…

—Fascinante… —me está dejando completamente alucinado.

—Por lo visto, el cielo está por encima del infierno, y, si quieres, puedes asomarte entre las nubes para verlo —continúa explicando—. También los que prefieran quedarse en el infierno podrán mirar por encima de sus cabezas al cielo, para sufrir eternamente, por lo que pudo ser su eternidad si hubiesen sido buenas personas, con buen corazón, y no fue. Un espanto, la verdad…

—Qué fuerte… —confirmo con cara de flipado—, toda la vida pudiendo recrearte en las penurias de los demás…

—O sufriendo por haber elegido el camino del mal… —me corrige.

—Sí, claro…

—Sí, es un poco… ¿raro?

'Din' —*'7.237, pase por favor'*

Debo reconocer que la espera es mucho más amena mientras hablo con Clara. Además, tiene tanta información gracias a los guardianes del cielo, que puede dedicar su tiempo a estar compartiendo dicha información y estar entretenida mientras espera. Tengo que asimilar todo lo que me ha contado, y calmarme, porque he estado tan angustiado porque los números no corrían a la velocidad que yo consideraba que debían hacerlo, que no he sido consciente de que realmente todo iba demasiado deprisa y de que cada instante, hay que tomárselo con calma, ya que todo, tiene un porqué.

'Din' —*'7.468, pase por favor'*

No sé cómo, pero Clara está ahora a mi lado izquierdo. No sé cuándo, ni cómo lo ha hecho. Supongo que me he quedado embobado

pensando en lo que me acaba de contar, y no he sido consciente de que pasaba por detrás de mí. O por delante. No me he enterado, la verdad.

Daniela, está encantada de que Clara este a su lado y como si de pompas de jabón se tratara, va soplando pedazos de nube hacia la cara de Clara con intención de iniciar un pequeño juego.

—Clara, ¿hacemos un muñeco con las nubes? —dice la pequeña

—Dame unos minutos que me está llamando alguien, allí, a lo lejos —señala— y quizás sea alguien conocido, ¡enseguida vuelvo! —nos dice mientras nos hace un gesto con la mano de despedida.

—Ya está, ¿contenta? —le digo a Daniela bajando la voz.

—Ji, ji, ji —se ríe mientras me hace el gesto de *'Ok'* con el dedito gordo.

—Vamos a dejarla tranquila, sigamos a lo nuestro. Si luego vuelve, prueba a preguntarla otra vez —la digo— yo también tengo curiosidad de ver cómo se hace un muñeco con nubes del cielo.

—¡Ya ves! ¡Es dificilísimo! —me dice con cara de estar harta de no conseguirlo.

—Todo este rato pensando que era humo y no, claro, son nubes… —la digo— no sé cómo pude pensar que…

—Yo ya sabía que eran nubes, pensaba que estabas de broma, ¿cómo iba a ser humo, pirado? —me dice entre risas.

—Sí, ya… Tiene sentido… —concluyo— antes de que vuelva, ¿termino de contarte? Cada vez falta menos para que nos toque, y al final no me va a dar tiempo.

Tengo un problema gravísimo de finalización en las cosas en las que participo. Necesito que tengan fin, porque si algo se queda en el aire, sin concluir, es como si fuese con una piedra enorme dentro de las zapatillas de por vida. Necesito terminar de contarle la historia de porque ese hijo de puta, nos ha traído hasta aquí.

—Vale, pero luego vuelves a hablar con ella y nos dejas jugar un poco, ¿eh?, que me ha parecido muy simpática —dice con un brillo en los ojos que no la había visto en todo este rato.

—Bueno, vale, ya veremos…

7

MEDIODÍA

—¿A qué IDEA vamos?

El ‘*tic, tic, tic’* de las luces de emergencia inunda la cabina del coche, mientras otros vehículos de la vía me pitan por haberme parado en segunda fila. Que les den por el culo. Paso el día esquivando gente que no sabe dónde va, que vive permanentemente mal aparcada, o que no sabe para qué vale ese palito que asoma a la izquierda del volante: os presento, intermitente — tú, tú — intermitente.

¿Para qué conducir si no sé dónde voy? ¡Son ganas de gastar gasolina a lo tonto!

—No sé, donde tú quieras, me da igual… —contesta.

—No, venga, va, a cuál vamos… —insisto en el intento de no tomar una decisión.

—¡Al que tú quieras! ¡Al que pille más cerca! —me contesta de mala gana.

—Yo qué sé cuál está más cerca… —la digo.

El niño mira distraído por su ventanilla. No sé si es que no está muy conforme con ir a IDEA, que también, o si el simple hecho de sentarse en el coche ya le mece camino al sueño.

—Podemos ir al de siempre… —digo por decir.

—Sí, vale, me da igual, al que quieras…

—O podemos ir a ese nuevo que han abierto, ¡que dicen que es supermoderno! —la digo con un entusiasmo repentino que no sé de dónde sale. Quizás, hasta quiera tomar decisiones.

Ya que tenemos que pasar por el sufrimiento de ir a un IDEA, al menos, que sea uno nuevo, que parezca que visitamos un sitio distinto, aunque al final sea igual que los demás. Puesto que es la misma mierda, que huela diferente, ¿no?

—Vale, de verdad, me da igual…

Quito los ‘*warning’* y continúo la marcha. No quiero decir que no sé llegar muy bien al destino, porque no me gusta que me dirijan todo el camino. Ni el navegador del coche, ni ella. Como se lo diga, rápidamente, desenfundará su móvil, tecleará la dirección exacta y sin darme cuenta estaré siguiendo indicaciones del estilo *‘por allí’*. Y mira, no.

—¡Pues al nuevo! —concluyo aparentando efusividad.

Intento parecer contento por el “nuevo” plan que hemos

trazado, pero no me quito de la cabeza la noche anterior. Para más desgracia, al dar volumen a la radio del coche para amenizar el viaje, lo que suena, es una cadena de deportes, que, al estar en Madrid, está pasando el día haciendo bromitas sobre el partido del día anterior, lo que me hace volver a esos recuerdos, todavía tempranos, que impiden eliminar un mínimo rastro. Si al menos se hablase de fútbol, de deporte, de técnica, de táctica, el oyente aprendería algo, o al menos, pasaría el rato en un ambiente de análisis, didáctico. Pero no, risitas, chufas y mofas. Saben perfectamente cómo tocarle los cojones a la gente, y tampoco hace falta, ya los tenemos suficientemente tocados.

—Dicen que está superbién —digo mientras bajo ligeramente el volumen de la radio e intento palpar los botones buscando seleccionar otra emisora.

—¿El qué? —contestan distraídos los dos a la vez.

—El nuevo IDEA al que vamos. Por lo visto tiene, a la hora de pagar, unas cajas inteligentes que no necesitas que te atiendan, ni escanear los códigos de barras, ni nada de nada. Tan solo pasar por unos paneles como los que detecta los robos en las tiendas, y una pantalla te dice el total de artículos que llevas y lo que tienes que pagar. Un flipe…

—¡Uh!, sí, qué modernez…

—Pues sí, joder —contesto de mala gana— que al final parece que voy yo superemocionado por ir a IDEA y tú la que no tienes ganas.

—No hombre, pero a mí la forma en la que me cobren me da igual. Es más, que te atienda alguien, te ofrezca una bolsita, que te quiten los cacharros esos que pitan cuando intentan robar los cacos… —me dice haciendo gesto de asentimiento con la cabeza, como si tuviese que hacer un listado completo de los beneficios y bondades de las funciones de una cajera.

—Bueno, sí, ya… —digo con pasotismo— a mí es que eso de que me atienda alguien… al final, como que no. ¿Para qué? ¿Para qué me digan *'hola'* y poco más? —insisto—. En cambio, con estas cajas, ganas tiempo y evitas tener que lidiar con la estúpida de turno…

—No todas las cajeras son estúpidas… —dice abanderando la defensa.

—Bueno, no, pero…

—¿Sabes llegar? —me corta.

Como me molesta eso. Corta la conversación como si todo lo que se hubiese tenido que decir ya se hubiese dicho. Se lo agradezco en el fondo, para no alargar las conversaciones, pero te deja tan pillado…

—Sí, solamente estoy… —intento explicarme.

—Si quieres te digo cómo llegar —amenaza mientras la veo

retorcer su cuerpo en busca del bolso que descansa en el asiento de atrás.

—No te preocupes, sé llegar…

¡Mierda! ¡Tarde!, ya está rebuscando en el fondo de ese baúl que ella llama bolso, en el que hay cabida para absolutamente todo, menos para una minucia, que en algún momento de la vida, necesitaré que me guarde. Ahí ya, no. Ahí el bolso está hasta arriba y *‘que te crees, ¿qué esto es un carro de la compra?’*.

No sé cómo lo ha hecho tan rápido, pero la voz de Google ya está diciendo paridas, el silencio más sepulcral se ha apoderado del coche, y desde este preciso instante, estoy plenamente obligado a seguir sus indicaciones.

‘En la siguiente salida, gire a la derecha’

Perfecto, el día va ganando a cada minuto que pasa.

Después de un rato, y no sin haber dejado claro varias veces, que no necesito la ayuda de la tecnología para llegar al nuevo IDEA, atisbo el nuevo centro comercial a lo lejos.

—Ya no hace falta, lo puedes quitar, si quieres… —comento “amistosamente” con un tono poco amistoso en realidad.

—Bueno, ya da igual, para lo que queda lo dejo, a ver si… —contesta.

—Está allí, al final de esta avenida, hasta ahí sé llegar —insisto — ¡hasta mucho rato antes sabia llegar! Realmente lo has puesto porque tú has querido, ya que sabía cómo se venía hasta aquí perfectamente —sigo insistiendo, soy un plasta, lo sé.

—Bueno, ya está. Además, mira lo bien que hemos llegado —me dice dando a entender que ese “lo bien que hemos llegado” es gracias a que ella ha confiado en Google y no en mi capacidad para orientarme.

Sin parar el tira y afloja entramos en el parking del nuevo IDEA. Es alucinante, en serio, ALUCINANTE. A ellos les dará igual visto lo visto, pero miro por los espejos y sus caras están iluminadas prestando atención a lo novedoso de este parking. No, no les da igual. Ya empiezan a reconocer, con sus gestos, que he tenido buena idea por venir a este centro y no a otro.

—Que flipe… —dice ella.

—Papá, ¿dónde estamos? —dice el niño con una cara de alucinado que pocas veces muestra.

Solamente el parking ya es como viajar al futuro. Aquí, no entras y vas siguiendo con la mirada hileras de luces rojas en busca de una verde, para llegar a esta, y encontrarte con que el sistema no funciona y la plaza en cuestión está ocupada. Aquí, entras por un pasillo estrecho con capacidad para un único coche y aceras a ambos lados, y esperas a que una pantalla enorme que va de lado a lado del

pasillo, y que te impide el paso, te diga que hacer. De momento, tan solo muestra un mensaje: ***'ESPERE POR FAVOR. ESTAMOS APRETANDO LOS TORNILLOS NECESARIOS PARA QUE SU PLAZA GRATUITA DE APARCAMIENTO ESTÉ DISPONIBLE CUANTO ANTES. Gracias por su paciencia :)'***

Flipa.

Una musiquita superamable acompaña el proceso de espera, el cual, siendo sinceros, dura bastante poco.

'ENHORABUENA. SU PLAZA ESTÁ LISTA. ¡BIENVENIDO!'

La pantalla que se mostraba ante nosotros, desaparece como si fuesen polvos mágicos. En todo momento, todos hemos pensado que se trataba de algún tipo de proyector o de monitor supermoderno, que salía del techo del parking, y se ocultaba al terminar de dar información. Pero no. Es algo más futurista todavía.

Preso del momento que estamos viviendo, no he acertado a ver que hay unas flechas verdes en las paredes que me indican por donde debo seguir, con un número debajo parpadeando: 149.

Avanzo, y a los pocos metros el coche se para como si se me hubiese calado, y el niño da un pequeño grito, no sé si de miedo, de impresión o simplemente es su forma de dar rienda suelta a tanta fascinación por el progreso tecnológico.

Sin ser conscientes de nada de lo que está ocurriendo —cuando volvamos, en futuras ocasiones, no nos comportaremos como paletos de visita en la gran ciudad—, de repente, el manejo del coche ha escapado a mi control y las ruedas parecen estar bloqueadas ante cualquier movimiento que hago con el volante. Es como cuando vas a un taller, y tienes que subir el coche en uno de esos cacharros elevadores, que el mecánico en cuestión, tiene que ayudarte a escalar para enseñarte los problemas que tiene tu vehículo.

De seguido, el coche gira por completo y se pone de culo y tras un 'clic' comienza a subir como si estuviésemos en un ascensor. ¡Qué coño! ¡Es un ascensor para coches! Segundos después, el ascensor se para, el coche parece quedar liberado y en disposición de poder volver a ser usado, pero no. Sin solución de continuidad, el coche comienza a girar para ponerse en la posición original, y a bastante velocidad, avanzar hacia una pared. De repente frena, se para, y en un abrir y cerrar de ojos aparece otra vez la pantalla del principio delante de nuestro coche.

'ESTÁ USTED EN ESTADO: APARCADO. NO OLVIDE EL NÚMERO DE SU PLAZA PARA REALIZAR LA RETIRADA DEL VEHÍCULO (PLAZA N.º 149). LE DESEAMOS UNA FELIZ COMPRA Y UN FELIZ DÍA EN IDEA.'

Nos miramos entre nosotros, completamente mudos. En este IDEA, el coche se aparca solo siguiendo una especie de raíles, lo que

agiliza la circulación y libera a todo el mundo del tedioso momento de tener que estar dando vueltas, buscando una plaza libre. Ardo en deseos de ver cómo se sale. ¿Será igual, pero hacia la calle?

Experiencia increíble. Superfuturista.

—¿Entramos directamente por las cajas y vamos directos a por las albóndigas o…? —me dice.

—Mmm, pues no sé, lo que quieras… —respondo dándole canchilla.

—No, a mí me da igual… —me contesta.

Siempre le da igual ¿eh?, que cuento tiene…

—A ver, si vamos a comer aquí, podemos hacer el recorrido hasta el restaurante, comemos, compramos las albóndigas y ya nos vamos…

Me entretengo alucinando con cómo están colocados todos los coches, tan perfectamente alineados, y cuando quiero darme cuenta, ya están los dos alejándose de mí directos a la puerta de entrada principal.

—¡Esperarme! ¿No? —digo de mala gana.

La música amable que nos acompañaba en el momento galáctico del aparcamiento inunda todo, por lo tanto, no era únicamente en nuestro honor para desearnos la bienvenida. Es, simplemente, el hilo musical.

Tengo que hacer como que corro para alcanzarlos, ya que la entrada está cerca de ellos, y sigue siendo tan antigua como el hilo negro: una puerta giratoria gigante. Sí, muy moderna, muy iluminada, y con todos sus cristales repletos de publicidad en forma de hologramas que van cambiando cada pocos segundos. Muy chula la decoración y todo lo que tú quieras, pero el sistema sigue siendo el mismo que hace 50 años. Este tipo de puertas me ponen tenso, porque si hay más gente, no miran nada, entran a capón y a mí me gusta asegurarme de la distancia y la velocidad a la que viene la puerta para que me dé tiempo a entrar bien, tranquilo. Frikadas mías, lo sé. Tras completar el medio giro que la puerta te ofrece para entrar a la tienda, y hacer la gracia con el niño de la mano, de hacer una vuelta entera para empezar de cero con varias miradas de desprecio clavándose en nosotros, me doy cuenta de la realidad: estoy dentro de IDEA.

Y para mi desgracia, está hasta arriba de gente.

8

—Creo que me suena ese sitio —dice Daniela.

—Seguro que te han llevado tus padres, mínimo, una vez en tu vida. Todo el mundo ha ido a comprar algún mueble o alguna chorrada para la cocina… —digo con el tono más despectivo que puedo poner.

—Sí…, no sé…, me suena de algo…, pero no sé muy bien de que… Bueno, ¡da igual! —dice medio gritando, medio celebrando.

—Da igual, sí…

Hace rato que no sé nada de Clara. Ni oigo su voz, ni la veo hasta donde alcanza mi vista. Espero que no se haya olvidado de nosotros, y antes o después, vuelva, porque me sentía más a gusto estando los tres juntos. Esa serenidad que llevaba puesta, la verdad, es lo mejor que puedes tener aquí.

'Din' —*'9.002, pase por favor'*

Los números siguen su curso, pero la cantidad de gente que esperamos aquí, no afloja. Ha debido de ser muy gordo, lo que sea que haya ocurrido, para morir tanta gente.

Daniela está más distraída que hace un rato. Que Clara se haya ido, la ha dejado tristona y pensativa. Como si no quisiera hacer nada, salvo esperarla. Además, en mi cabeza, solo se me ocurre seguir contándola mis batallitas, cuando quizás tendría que pensar en algo distinto con lo que entretenerla. O no, y a lo mejor está bien así, ya que no le ha pedido a nadie que le amenicen la espera. Seguramente, la idea de tener que estar divirtiendo a todo el mundo, a todas horas, solamente está en mi cabeza. Soy un bufón.

Como un perrillo que se escapa en el parque en busca de su amigo, Daniela sale corriendo entre la gente y por más que me pongo de puntillas, y giro el cuello en todas direcciones como un faro, no logro verla.

—¡Vamos a jugar con las nubes! —oigo de repente a mi espalda.

Me giro sobresaltado, y ahí están las dos, Daniela y Clara, ocupando el espacio que hay detrás de mí, sentadas en el suelo, jugando tranquilamente con las nubes entre risas.

No sé en qué momento ha vuelto Clara, o si la prematura carrera de Daniela era una forma de ir a buscarla o de recibir su llegada, pero no he sido consciente de nada de esto y cuando he querido darme cuenta de algo, las tenía detrás. Es como si hubiesen rebobinado unos largos segundos sin mi consentimiento. Este sitio es

rarísimo. Si se puede, tengo que aprender esa forma de desplazarme tan rápido entre sitios, porque me va a ahorrar caminatas a lo tonto en el cielo, si es que entro, claro.

—¡Ya ha vuelto, Damián! —me dice Daniela intentando guiñar un ojo, algo que, definitivamente, no sabe hacer, y lo que consigue es poner una cara de tontilla de cuidado.

—Ya, ya… —contesto—. ¡Hola otra vez Clara! —la digo levantando la mano, igual que cuando queremos avisar al autobús, de que queremos que pare en nuestra parada.

—Hola, otra vez, Dami —me dice con una cara mezcla de pitorreo y dulzura que me ha hecho *'tilín'*.

—Ja, ja, ja, ¡mola más llamarle Dami! ¿A que sí Clara? Ja, ja, ja —dice Daniela.

Clara se limita a sonreír y a seguir peleando con las nubes.

—Bueno, supongo entonces que ahora estás muy entretenida con Clara y la historia que te estaba contando queda pospuesta para luego, ¿no? —ya estoy reclamando atención otra vez.

El niño en el bautizo y el muerto en la antesala del cielo, pero claro, aquí, no cuela tan bien como en vida.

—¿Qué historia? —interviene Clara.

—La de por qué hemos muerto todos… —salta Daniela dejándome con la boca abierta, porque amaga con iniciar una disertación, versión infantil, sobre el bien y el mal.

—¿El porqué de cómo ha sido el fin del mundo? ¿Es eso, no? —dice Clara con cara de extrañeza.

No me he dado cuenta de que han dejado de jugar para hablar de esto. Interesante.

—Sí… mmm… bueno… a ver… el fin del mundo… Ja, ja, ja —contesto dubitativo.

—Sí, ¿no?, no hay otra teoría posible. Darle vueltas ahora, a de donde ha venido ese fin del mundo, es un poco…, ¿tontería? Ja, ja, ja —me contesta Clara.

Desde que ha vuelto esta más parlanchina y sociable. Más suelta, más divertida. Su gesto sigue siendo tan tierno como antes, pero ahora da la sensación de haber dado un paso al frente y haber entrado en el terreno de la confianza. Mola.

—No, si no le doy vueltas —insisto—. Simplemente, la persona culpable de que estemos aquí, o al menos de los que estábamos en el IDEA de la calle Aragón, el nuevo que abrieron hace poco, ¿sabes de cuál te hablo?, está aquí, entre nosotros. He oído su voz a lo lejos varias veces, y estoy seguro al cien por cien, de que está en este sitio, entre nosotros. Me inquieta, porque, si ya fue capaz de traernos hasta aquí, quizás debería estar en el lado del infierno, ¿cómo consigue ticket del cielo alguien tan culpable? —pregunto al aire sabiendo que

nadie me dará una respuesta.

Clara está mirándome fijamente, medio alucinada, medio interesada en saber a qué me refiero.

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado según tú? —pregunta Clara.

—Según yo, no… Ha sido así… —contesto orgulloso.

—¡Uf!, como te lo tenga que contar desde el principio se nos va la eternidad entera de las manos ¡JA, JA, JA! —contesta Daniela.

Se la ve contentísima desde que Clara ha vuelto. Esa niña sombría, de hace unos minutos, ha desaparecido, y la felicidad cubre toda su cara con una brillantez preciosa. Es una niña encantadora.

—Tampoco te he contado tanto —rebato.

—¿Me lo puedes contar a mí también? —dice Clara mientras deja de mirarme y vuelve a la carga con las nubes.

—Vale, pero, ¿empiezo desde el principio?

—Bueno, hazme un resumen rápido hasta donde le has contado a Daniela y sigues por ahí.

'Din' —*'10.302, pase por favor'*

—Bueno… a ver… —titubeo.

—Ni caso, Clara —nos corta Daniela—. Su familia no tenía que comer, han ido a IDEA a comprar albóndigas, dar una vuelta y comer allí y no sé más…

—Sí, bueno, pero… —digo con aire de *'no es solo eso, mocosa'*.

—¿Entonces que ha pasado? —pregunta Clara.

—Pues mira…

Tomo asiento en mi espacio cruzando las piernas para estar a su altura. Me vuelvo para revisar si todo sigue igual y nada ha cambiado. Tan solo, entre hileras de miles de personas vestidas de blanco, dos huecos tienen a sus ocupantes sentados en el suelo, refugiados de los demás, entretenidos con sus cosas: ellas con sus nubes, yo con mi historia.

9

MEDIODÍA

—¿Me dejáis aquí y os vais vosotros? —nos dice con cara de súplica.

—No hijo, hay mucha gente, está hasta la bandera. Además, mira, hay muchos niños mayores y tú eres muy pequeñín, seguro que te llevas un golpazo… —le contesta ella.

—Pero es que esto es un rollo, me canso mucho andando tanto, y la última vez…

—La última vez, te dejamos aquí para probarlo —intervengo— pero entre que solo se puede estar una hora como máximo, y que en esa hora no nos da tiempo a mirar todo y volver a por ti… —dejo la frase en el aire como si fuese suficiente excusa—, además, no tenemos calcetines especiales para parques… yo creo, que no es la mejor de las ideas… —concluyo.

—Vamos todos juntos, damos una vuelta rápida, comemos, te compramos las albóndigas y nos vamos, ¿te parece? —dice ella.

No está muy conforme, pero parece resignarse, y en el intercambio de miradas fugaz que cruzamos, me aseguro de hacerle una mueca que le demuestre que no está solo, que yo tampoco quiero estar aquí y que a mí, IDEA, no me ofrece una guardería con parque de bolas para adultos, para no sufrir la última tendencia en pinzas de tender la ropa con mini bombillas incorporadas.

En la eterna subida a la tienda principal por las escaleras mecánicas, y mientras acaricio su mano, bien agarrada para no caerse, me da por pensar en que aparte de los motivos que le hemos dado para no dejarle en el *'chiqui park*, este tipo de sitios donde aparcar a los niños no me gustan nada. No sé por qué, tengo la sensación cada vez que le dejo en un lugar de estos —que son pocos, gracias a Dios— que será la última vez que lo veré, que no me despediré de él en condiciones, y que en cualquier momento algún niño bestia me lo va a estampar contra el suelo y me lo va a matar.

Cosas mías, lo sé, pero me da mal rollo.

Rápidamente, esos pensamientos que me asaltan cada vez que venimos a este sitio, desaparecen. El infierno se muestra ante mí con toda su crudeza. No por más imaginarlo y esperarlo, va a ser distinto. Decenas de personas se encaminan al inicio del recorrido de la tienda, que nos recibe con dos escenarios a los lados de salones futuristas, modernamente decorados. En ambos, el producto estrella es un

altavoz portátil gigante, que gracias a la conexión bluetooth, reproduce la música que quieras desde donde quieras, pero que aquí, simplemente, puedes probar subiendo y bajando el volumen para disfrutar en vivo y en directo de las bondades del sonido envolvente en tu salón.

Todo el mundo que pasa por estos escenarios de bienvenida toca todo, se sienta en cada silla que hay, manosea las mesas, y tiene sus segundos de gloria haciendo la correspondiente gracia de subir el volumen del altavoz al extremo, para ver hasta qué punto es molesto y echar unas risas —¿la gracia está en?—. Curioso ritual de imbecilidad.

No han pasado más que unos segundos, y ahí estamos nosotros: probando cada silla, metiéndole mano a cada mesa, y dispuestos a pulsar un botón con el símbolo '+' para comprobar por nuestra cuenta, que efectivamente, al máximo, es imposible —e insoportable— escuchar algo.

Que tendrán los botones que somos incapaces de estarnos quietos y no pulsarlos. Imbecilidad al cuadrado, sí.

El final de este primer pasillo presagia lo que sabíamos todos que nos íbamos a encontrar. La multitud vaga como zombis entre decenas de productos, que seguramente tienen en sus casas, pero que les llama la atención verlos en la tienda donde los han comprado y no pueden resistirse a tocarlos y celebrar el buen uso que les dan.

—Cuánta gente…, ¿eh? —digo buscando alivio compartido.

Nadie contesta. El niño está pegado a mí, mirando a todas partes, sin saber muy bien dónde fijar su atención, mientras forcejea cada vez más sobre nuestras manos cogidas para seguirla a ella, y compartir sus saltos felices entre escenarios y productos.

—Me encanta este sitio eh… —dice con los ojos iluminados.

—Ya… —la contesto con desgana.

—Todo mola muchísimo. Me lo compraría todo. Por qué encima de que es todo superfuncional, es que es muy bonito, ¡combina todo con todo! —dice entusiasmada.

—No te sueltes enano, hay mucha gente… —le digo escrutando a las personas más cercanas como si fuese su guardaespaldas.

—Voy a mirar eso… donde esta mamá… —me dice.

—¡MAMÁÁÁÁ! —grito por encima del gentío—. ¡El niño va contigo! —la anuncio, aun teniéndola a menos distancia de la que me creía.

Sin comerlo ni beberlo me he quedado en medio del recorrido totalmente solo. Les observo para no perderlos de vista y cerciorarme de que lleva al niño de la mano, pero entre tanta gente se me hace complicado y cuando me quiero dar cuenta, estoy girando como una peonza mirando a unos y a otros, menos a ellos, claro.

Aquí hay de todo. Parejas jóvenes planeando la decoración de

su primera experiencia viviendo juntos, otras no tan jóvenes escoltadas por los padres de ambos, sufriendo en mitad de la batalla de suegras por hacer realidad sus mandatos, gente mayor intentando amoldarse y ser partícipe de esta monstruosa modernidad, aparentes solteros queriendo llenar su solitario reino de detalles de plástico que le digan que no está solo, que su picadero de fantasía no es una gruta oscura y húmeda sin salida, y luego estamos nosotros, que venimos a por albóndigas congeladas, pero aquí estamos, interesándonos por absolutamente… ¿todo?

Mi mirada se distrae con una cámara de seguridad que me apunta directamente. Bueno, a mí no, sino a la zona en la que estoy, no hay que ser tan paranoico. Me da por saludarla levantando las cejas y acto seguido me sobreviene la necesidad de buscar si hay más, ya que la zona a la que apunta es la más anodina de la tienda: la parte central del pasillo. Con un rápido barrido de los rieles del techo, donde se posan los mil focos que alumbran cada escenario, veo que hay muchas más cámaras, casi en la misma cantidad que focos. Es pasmosa la seguridad tan espartana de este sitio, no se les escapará ni una, pero es verdad que leí en alguna parte que era un nuevo concepto de fabricación y montaje de tiendas mastodónticas, donde la modernidad, la seguridad y la tecnología eran la piedra angular de todo.

Aun agradeciendo que se preocupen tanto por el bienestar de los clientes, saber que hay tantas cámaras de vigilancia apuntándonos, me incomoda. Me paro un instante a pensar en las salas, donde algún tipo de una empresa de seguridad de las más baratas del sector, a cambio del sueldo mínimo, multiplica sus dos únicos ojos por cien para cubrir semejante barbaridad de atención. O quizás haya más de uno, aunque lo dudo, porque este tipo de negocios siempre invierten mucho en camaritas, y poco en las personas que les han de dar uso. Ahí la modernidad no llega.

Las señalizaciones por las paredes están bastante bien mimetizadas con los escenarios para no entorpecer la “experiencia”. Cada pocos metros hay carteles indicando como proceder en caso de emergencia, muy bien visibles en el fondo, para lo camuflados que están. Además, nadie podrá quejarse de que no hay extintores, porque cada dos metros hay uno. Otra cosa no, pero seguro, este sitio, es. Y si hay un incendio, más todavía. Increíble.

—¡PAPÁÁÁÁ! —oigo mientras me sobresalto porque estaba completamente empanado.

—¡Vooooy! —contesto medio gritando.

—Mira, ¡los sofás! —dice con la alegría de alguien que acaba de encontrar oro—. Tenemos que mirar uno nuevo para el salón, porque, el que tenemos, está muy viejo —comienza a negociar ella.

—Bueno… a ver… Otro día, ¿no? —me defiendo.

—Ya que estamos aquí… —me contesta distraída mientras está acariciando uno de un color horrendo.

—Ese no, que es muy feo… —digo.

—Ya hombre, solo estoy tocándolo —me dice—. Me ha parecido que tendría un tacto suave, pero es superáspero.

—Aparte de feo.

—Y áspero —insiste ella.

—Y feo, ¡cojones! —digo entre risas.

—¡Y áspero! ¡Y feo! ¡Y áspero! ¡Y feo! Ja, ja, ja —dice el niño en tono burlesco.

—Niiiiño, yaaaa… —le corto entre risas.

Es a esto a lo que me refiero cuando protesto por venir a IDEA. Si tenemos que comprar algo específico, redecorar alguna zona de la casa, o nos hemos mudado, o algo similar, bien, vale. Pero viniendo a una visita, supuestamente rápida, para comprar albóndigas, estar probando sofás, me parece haber caído una vez más en la trampa del *'ya que estamos aquí…'*.

Me veo empujando un carro cargado de mierdas por el parking futurista. Al tiempo.

Al menos nos hemos echado unas risas con él y sus ocurrencias.

Sin darme cuenta de en qué momento me he dejado ir, preso de la relajación del momento, me encuentro sentado en un sofá y los dos me interrogan con la mirada esperando un supuesto veredicto. Como no sé qué está ocurriendo, hago un gesto con los brazos de *'¿qué pasa?'*.

—Es cómodo, ¿eh? —me dice ella mientras hace un gesto que busca mi rendición.

—Pues no lo sé —contesto luchando por no caer en su trampa —. En verdad, me he sentado para descansar, y esperar a que terminéis de probar todos los sofás. Hoy no nos vamos a llevar ninguno —contesto desviando el asunto al futuro lejano, muy lejano.

—Bueno… ya… pero, ya que estamos aquí, podemos ir probándolos para saber al menos lo que no queremos, e ir viendo lo que sí… —razona—. Mira, este vale novecientos noventa y nueve euros… no está mal, ¿no?

—¡Joder! ¡Mil euros un puto sofá! —digo en alto buscando aprobación en forma de mirada de algún desconocido, haciendo el ridículo más que otra cosa.

—Chico, para lo que cuestan los sofás es barato…, que es IDEA, no la *'Chateau de la Ville'* que te cobran solo por respirar dentro de sus tiendas —contesta—. ¡Túmbate como si fueses a echarte la siesta, anda! ¡Ya verás que cómodo! ¡Ya verás cómo te ves ahí durmiendo, seguro! —dice entusiasmada.

—No pienso tumbarme en un sofá para ver cómo sería una siesta delante de tanta gente. Qué vergüenza. ¡No me jodas! —digo orgulloso.

—Tendrás que probarlo, ¿no? —insiste—. Luego nos lo llevamos, en casa no te haces a él y, ¿qué hacemos…? Tiene que ser cómodo para todos, ¿no?

—¡A mí me gusta!, me lo llevaría ¡yaaaa! —dice él sin dejar de saltar con el culo en uno de los reposabrazos.

Tengo la sensación, de que mostrándome cómo un simple seguidor de sus sombras me he visto sentado en el sofá que ella quería, y que, al final, vendrá a casa. Hoy no, eso seguro, pero su capacidad para moverse con soltura aquí y dirigirme desde mi apatía hacia donde ella quiere o cree que necesitamos ir, la hace ganar todas las batallas donde esté en juego cualquier tema relacionado con la decoración y la comodidad del hogar.

—Vamos a seguir anda, que falta un montón hasta el restaurante —digo mientras me levanto, intentando zanjar el debate.

—Bueno, pero tenemos que venir otro día a verlos, ¿vale? —insiste ella.

Todos sabemos que, si ella lo quiere así, así será. Me ofendo un poco porque parezco pintar poco en estas decisiones sobre logística de piso, pero en verdad me da bastante igual y agradezco que ella sea tan feliz, decidiendo y organizando. Ya que odio este tipo de sitios, al menos, que me lo den mascado.

Los veo en la distancia deambular entre sillones relajantes y butacas modernas, que prometen durar 25 años soportando centenares de kilos —habrá que ver si de verdad es así— y entre pensamientos sobre como un producto construido con mini tornillos y palitos de madera, que hasta un tonto del bote podría montar con facilidad, puede aguantar tantos años soportando pesos elevados, percibo un sonido que, como decirlo, no suena bien.

Intento buscar con la mirada el origen del ruido, y al principio, pienso que es producido por la corriente de aire de una puerta que un empleado ha abierto para lo que parece ser un descanso puntual para fumar un cigarrillo. En la parte trasera de su chaleco de color chillón dice *'Hej!* o más bien '!jeH', porque lo lleva al revés, diría yo. Si no fuese porque soy un ex fumador convencido desde hace muchos años, llamaría su atención gritando su mensaje espaldero, y cuando buscase de donde proviene la llamada, me encadenaría a él por sorpresa, suplicando clemencia durante 5 minutos en forma de humo con olor a mierda. Parece estresado y con necesidad de salir a la calle para respirar. Pobre hombre.

El sonido sigue ahí, a veces más fuerte, a veces más tenue. Evidentemente, no viene de la corriente de aire que ha provocado el

trabajador saliendo a fumar. Recorro el techo de la estancia en la que estamos, mientras, con el rabillo del ojo, advierto los primeros escenarios con simulaciones de pisos de todos los tamaños habidos y por haber, y como ellos los empiezan a escrutar y visitar empezando por el más pequeño. 25 metros cuadrados. Les hace gracia. No sé por qué, pero les hace gracia ver pisos tan pequeños equipados con todas las necesidades.

Finalmente, distraído entre sus movimientos patosos en el piso sin espacios libres y el ruido, compruebo que detrás de los focos y las cámaras, viven unos conductos enormes con pegatinas rojas y negras, y tras girar totalmente buscando descubrir su origen y final, compruebo que están por todas partes y recorren toda la tienda. Imposible divisar donde nacen y mueren. Son enormes, tanto de largo como de contorno. De vez en cuando emiten un sonido tenebroso que sube y baja de intensidad. Quizás sean los conductos del aire acondicionado, pero no hace tanto frío como para semejante despliegue. Será ultra regulable. No sé…

Avanzo acelerando el paso intentando no perderlos de vista, y mientras oigo que buscan hacerme partícipe de lo apropiado que es, para cualquier salón, tener una caja estilo baúl donde *'meter mierdas'*, veo que los tubos no tienen fin ni aun habiendo cambiado de pasillo. Codos enormes les hacen retorcerse en cada metro cuadrado de este sitio, para no perderse ni un solo rincón. ¿Qué coño serán?

Me siento en un sofá del escenario que han montado dentro de un piso horroroso, de casa de muñecas de hace cien años, más repipi que un repollo con lazos, y tras comprobar que no hay nadie en ese salón me dispongo a sacar el móvil para buscar por internet información sobre la construcción de este sitio. A ver si sale algo sobre esos tubos con aspecto tan fantasmagórico.

Pierdo unos segundos, embobado, mirando la televisión que adorna el supuesto salón en el que estoy sentado y que no tiene absolutamente nada que ver con las muñecas victorianas que podrían vivir aquí. El escenario es antiguo y cursi, la tele moderna, muy moderna. Está encendida, pero no puede manipularse por estar solamente de exposición, y noto que me incomoda bastante porque solo muestra mini videos de gente, supuestamente feliz, llamándose por teléfono, que se repiten en un bucle infinito.

Intento abstraerme para cumplir mi cometido: conseguir información.

No parece que vaya a tener mucha cobertura, y la barra de progreso de mi búsqueda en Google decide confirmármelo enseñándome que no quiere avanzar ni lo más mínimo, así que me dedico a cotillearla y a sonreír como un tontorrón mirando como disfruta, repasando cada detalle del escenario que tengo al otro lado

del pasillo. No sé cuánto tiempo llevo haciéndolo, pero me percato de que tengo la mirada fija en su culo, el cual, todo hay que decirlo, me tiene totalmente enamorado. Me avergüenzo al instante y me propongo dejar claro con un volumen bastante alto, que la conozco, que va conmigo. Así, si alguien estaba pendiente de mí, comprobará que no soy un pervertido que va mirándole el culo a las mujeres en los centros comerciales.

—¡MAMIIII! —digo entonando con tonillo musical.

—Ya estás sentado otra vez, ¿eh? —contesta entre risitas.

Bien, las personas que hay por aquí ya saben que vamos juntos. Adiós culpabilidad.

Debo reconocer, que en esta parte del recorrido hay menos gente. Supongo que la mayoría se queda en la zona de la entrada, en los primeros escenarios o en la zona de los sofás, que es donde más gente había. Deberíamos aprovechar esa distancia para adelantarnos al restaurante, e ir a la contra de los horarios de los demás.

Devuelvo la mirada al móvil y el navegador me ha lanzado el mensaje de que estoy sin conexión a internet, que tengo que revisar la configuración, y bla, bla, bla. Pero hay algo más que capta toda mi atención y me acelera la cadencia de los latidos, sobremanera, por inesperado. En la barra de notificaciones tengo un icono que nunca he visto y que tiene un símbolo parecido al de un virus mezclado con una señal de tráfico. Despliego las notificaciones y el mensaje es claro:

'Conectado al sistema de emergencias y catástrofes del Gobierno de España. Conectividad 100 %'

Alucino tanto que no sé si pinchar en la notificación, o ir a buscarlos y enseñarles lo que me acaba de salir en el móvil. Decido lo segundo.

—¿Has visto lo que me sale en la pantalla del móvil? —la digo poniéndoselo delante de los ojos, tan cerca, que no la dejo prácticamente poder verlo.

—¡Ostras! —contesta sorprendida—. ¿Y eso porque te sale? —pregunta inquieta.

—¡Yo qué sé! —la contesto entre indignado y asustado.

No me gusta recibir notificaciones o mensajes de cosas que no controlo.

—A ver si me sale a mí también… —me dice mientras abre su bolso y busca su móvil.

—Eso es un virus, papá —dice el niño—. En algún sitio te has metido que…

—Que no mocoso, ja, ja, ja —le contesto.

—Bueno que no… —replica dando saltitos por el escenario.

—A mí también me sale… —dice ella—. Voy a pinchar a ver qué pasa.

—Noooo… —la digo.

Tarde, claro.

'Bienvenido a la app oficial del sistema de emergencias y catástrofes del Gobierno de España. Por favor, revise sus preferencias y no desactive, por su seguridad y la de todos, las notificaciones de alerta. Muchas gracias.'

Dos clics después y tras poca configuración, porque no te deja hacer mucho, ambos recordamos que se comentó hace tiempo en los medios de comunicación, que el gobierno iba a poner en marcha un proyecto en el que iba a instalar una app en todos los móviles dentro del territorio español, donde avisar a los ciudadanos de posibles catástrofes tales como atentados, riadas y cosas así. No quisimos informarnos más, pero visto lo visto, tienen el poder de instalarte en tu móvil lo que quieran sin pedir el más mínimo permiso, así que, aquí estamos, con la pantalla del móvil dándonos la bienvenida a la invasión de la privacidad más descarada que se recuerda, en pos de la seguridad de todos.

Por nuestro bien, como todo. En fin.

La cabeza me da vueltas de tanto pensar en la app, pero como me da igual este sitio, estoy bastante satisfecho, porque al menos, tengo algo en que pensar y con lo que entretenerme. Con tal de no pensar en los hijos de puta de anoche… Cada vez que me acuerdo…

Se suceden los pasillos y los recovecos poli saturados de mil y un detallitos decorativos, con su correspondiente etiqueta plastificada, la cual, incluye toda la información que necesitas para no salir de allí sin uno de ellos en tu bolsillo: pasillo donde encontrarlo, sección para que no te pierdas entre tanta cosa, y un breve recordatorio sobre posibles usos que darle a algo que no necesitas, para absolutamente nada, de ese cacharro *'made in China'*.

La zona de las cocinas, es medianamente entretenida porque puedes llegar a imaginarte en alguna de ellas cocinando algo, pero los complementos y artilugios que los decoran son los mismos en todas, así que pierdo el interés rápido. Al segundo escenario, para ser exactos.

Pasando de largo por la aburridísima y anodina zona de los armarios —no sin antes reparar en las caras de emoción de algunas parejas, que atienden embobadas a una pantalla de ordenador donde una inteligencia artificial les diseña, con tres baldas y unos cuantos tornillos, su armario ideal por poco más de cincuenta euros—, y la para nada interesante sección de los dormitorios para adolescentes —neones, neones y más neones— avanzamos en nuestro recorrido, comprobando, que estas zonas deben ser bastante aburridas para ellos también, porque no se están parando en nada.

Tan solo ella es capaz de sacarme de lo despistado que estoy

con mis cosas. En uno de los escenarios juveniles, intenta darme algo de coba buscando comprobar que estamos en la misma sintonía para cuando llegue el momento de cambiar la habitación del niño por otra de, digamos, jovencito.

—Me gustan este tipo de habitaciones, con cama alta. Como si fuesen literas, pero poniendo en la zona de abajo, en vez de una cama, un escritorio con sus cosas para estudiar, el ordenador… —deja la frase en el aire buscando confirmación.

—Sí, mola… —la contesto.

—Sí, ¿verdad?, cuando sea más mayor tenemos que mirarle algo así —confirma.

—Ok —contesto sin mucho convencimiento, mientras compruebo con el rabillo del ojo, que me esperaba más participativo —. Además, aquí al lado —digo mientras señalo la primera zona libre que veo en el decorado— puede ir una minicadena o algo así… —dejo flotando en el aire.

No me contesta y seguimos paseando a ritmo trotón.

—¿Una minicadena? —me suelta de repente, entre risas, casi susurrándome en el oído.

Qué cabrona. Soy un carroza.

Entre más risas, y sobreviniéndome un sentimiento que me recuerda lo muchísimo que la quiero, saco el móvil y lo desbloqueo rápidamente en un intento de encontrar un resquicio de cobertura a través del cual poder buscar información relacionada con la app del gobierno. Sigo a lo mío. Ahora, los enormes tubos de los techos, han pasado al cajón de cosas que ya no me importan. Cuestión de prioridades.

Entramos en la zona infantil, y aquí despego la mirada del móvil y con un rápido movimiento, lo apago, y me lo guardo. Luego buscaré con más tranquilidad si las redes me lo permiten. La zona de los peques me gusta especialmente, ya que el niño se enciende y va como un loco recorriéndolo todo emocionado, como si acabasen de venir los Reyes Magos. Todo le gusta, todo lo querría comprar. Y a mí me encanta compartirlo con él.

Mientras nosotros vamos a la par y nos paramos para dedicarnos un breve segundo para mirarnos y recordarnos lo mucho que nos queremos, él, no deja de salir y entrar de una especie de tienda de campaña de colores. Parece un mini circo, pero también podría ser la casa de un indio de las películas que veíamos cuando éramos pequeños.

Mientras recorremos cada espacio, nos vamos dirigiendo convencidos a la zona de los peluches. Quizás sea mi lugar favorito en este sitio, porque tienen peluches muy pequeños y también muy grandes y, sobre todo, de animales que no suelen tener en otros sitios.

Igual te encuentras un tiburón gigante que una rata enana, que, por un lado, da mucho asco, pero por otro, es entrañable.

Él, viene corriendo donde estamos nosotros.

—¡Mira mamá, que pedazo de gorilaaaa! —dice gritando mientras intenta transportar un peluche dos veces más grande que él.

—Ya, ya, ¡ja, ja, ja! —contesta ella—. Ten cuidado a ver si te vas a caer, que te tapa entero, ¡ja, ja, ja!

—¡Mira el tiburóóóón! —dice de repente mientras suelta el gorila donde primero pilla.

Es la ardua labor de todos los padres que estamos en esta zona: reintegrar cada peluche al contenedor de donde lo sacan los niños. Qué locura. Me ataca bastante que puedan estar mezclados en contenedores que no les corresponden, así que dedico unos segundos a reordenar unos cuantos, que, a simple vista, delatan estar fuera de sitio.

No me había dado cuenta, pero al final de este pasillo, está el restaurante. Una cosa no cambia en este IDEA tan futurista, y es que el recorrido, es el mismo que en las tiendas más antiguas: el restaurante está, donde tiene que estar. Parece no haber excesiva gente según veo desde mi posición. Quizás, si vamos ya, podamos comer tranquilos.

—Qué hambre, ¿no? —digo intentando desviar su atención hacia la comida, la hora que es y la proximidad del restaurante.

—Sí, bueno… ¡Vamos, chiquitín! ¡Que vamos a comer ya! —le dice al pequeño.

Qué sorpresa. No me esperaba esa reacción. Eso es que tiene hambre. Mejor, vamos a comer, cogemos las albóndigas de los huevos, y a dar por terminada la jornada.

Según nos acercamos a la zona del restaurante, vuelve el ruido de los tubos del techo, esta vez más evidente, y veo que alguna persona despistada mira hacia arriba buscando una respuesta o el fin del ruido, que, aunque no es molesto, incordia si no eres capaz de dejar de estar pendiente. Ella no parece estar dándose cuenta, y él, tampoco.

—Vaya ruidito todo rato de fondo, eh, ¿no os habéis dado cuenta? —comento con intención de compartir mis rayadas.

—No oigo ningún ruido… —me dice mientras me hace una carantoña en la cara con aire de *'estás como un cencerro cariño'*.

—Que sí, joder —insisto—. Niño, ¿tú no escuchas nada?, como un *'brrrr, brrrr, brrrr'* de fondo, ¿no?…

—Sí, bueno… un poco sí —dice entre dudas.

Menos mal, no estoy loco.

Sin querer insistir en exceso con este tema, para no resultar pesado, nos paramos a la entrada del restaurante y compruebo que hay más gente en nuestra situación de la que se veía a lo lejos: con

hambre. No somos los únicos previsores.

Aun así, creo que hemos hecho bien los deberes y no parece que haya una cantidad excesiva de gente, así que podremos comer a gusto, tranquilos. Por sorpresa, nos impide el paso una pantalla supermoderna con colorines y todo tipo de información sobre los platos que se sirven. El niño se acerca a tocarla y sin que nos dé tiempo a detenerle, la atraviesa con la mano. Acto seguido ella hace lo mismo y yo termino por imitarles. Sí, es un holograma. ¡Qué chulada! Mientras comentamos lo moderno que es este concepto de darte la bienvenida y presentarte la carta, el niño no deja de atravesar la pantalla transparente saltando de lado a lado.

El contenido es el de siempre. Los mismos entrantes, los mismos platos, los mismos postres. Total, da igual, sabemos desde antes de salir de casa que vamos a comer albóndigas en salsa, así que, poco importa.

Hacemos un breve amago de pasar a la zona donde hay que hacer cola para que te atiendan, y en un pestañeo, la pantalla con la carta, ha cambiado mostrando un mensaje con los logos del Gobierno de España y de IDEA, con la bandera del país ocupando el resto del espacio. Es algo relativo al nuevo concepto de construcción del edificio y a la futurista seguridad que brinda a todos sus visitantes. Se detalla donde están todas las salidas de emergencias y se transmite, que todos podemos visitar la tienda con la más absoluta tranquilidad, ya que el Gobierno está pendiente de detectar, avisar y resolver conflictos en tiempo récord y además, avisárselos a la población, gracias a la app, para prevenir males mayores. También advierte de que el sistema de seguridad de toda la tienda está totalmente conectado con esta app gubernamental, por lo que, a la más mínima advertencia por parte de las autoridades, la seguridad de la tienda se activaría, siendo de las más avanzadas y seguras del mundo.

Por un lado, guay. Por otro, da algo de miedo esa obsesión por la seguridad.

Mientras hacemos cola, ponemos en común que vamos a pedir cada uno, porque, aunque todos vamos a comer lo mismo, ella también quiere una ensalada para acompañar, el niño, un postre de chocolate y yo, pan. No puede faltar el pan en unas albóndigas.

No falta mucho para que nos toque, y me doy la vuelta para repasar la pantalla holográfica que hemos dejado atrás, buscando la fórmula del menú que más se puede ajustar a lo que queremos. Alucino al ver que hay una opción extra por un euro más: albóndigas veganas.

—Vaya bobada más grande, coño…

—¿El qué? —me contesta ella interesada.

—Aquello, fíjate… —la digo mientras la giro sujetándola por

los hombros y empiezo a señalar el menú—. Puedes, por un euro más, escoger que las albóndigas sean veganas. ¿Tú te crees? Las albóndigas no pueden ser veganas joder…

—Bueno, en verdad, las albóndigas, es carne picada que la hacen una bola… —responde ella—. Se puede hacer una bola con casi cualquier cosa y llamarle albóndiga…, ¿no?

—¡Pero qué cojones!…

—A ti que más te da de todas maneras, no las pidas y ya está…, ¿no? —me dice haciendo un gesto con la cara de '*¿Por qué te ofuscas por cosas que en el fondo te dan igual?'*

—No coño, ¡no! —insisto—. Las albóndigas son albóndigas. Qué mierda es eso de veganas… Si es que…

—Papá, va, fluyeeee… —me dice.

—Eso es papá, fluyeeee… me dice el enano imitando a su madre.

Mira, paso, que cada uno haga lo que le dé la gana, pero nos estamos volviendo gilipollas con estas cosas. Las albóndigas son albóndigas. Punto.

Entre caras de desaprobación, después de ver el contenedor donde tienen las "no-albóndigas" modernas hechas con vete tú a saber qué, coloco mi bandeja en el carro para transportar la comida y en pocos segundos estamos pagando, llenándonos las manos de sobrecitos de sal y pimienta, y mientras ella otea el salón para buscar una mesa cómoda, yo me peleo con la máquina que despacha la bebida, porque en el botón donde dice *'Ice'*, no sale más que agua templada, y no parece haber más sitios donde conseguir hielo. Genial, bebida calentorra.

Aunque no sería la última comida que comiese en mi vida en caso de poder elegir, debo reconocer que están buenas. No sé si es la salsita que las acompaña, el puré de patata de guarnición, con ese toque a especia que nadie sabe que es, pero todo el mundo adora, o lo pequeñitas que son, lo que facilita su rápida ingesta. El caso es que malas, no están.

Tardamos menos en pedir y en comer que en esperar a que el niño acabe. Uno no sabe ya cómo sentarse, y los temas de conversación se agotan, porque la ansiedad de ver a un niño de ocho años, masticar tan despacio, hacen que toda la atención se centre en su plato, como si, por telepatía, pudieses hacer que la comida fuese más rápida del plato a su boca y de su boca a su organismo.

Esperar, esperar y esperar. No queda otra.

Todo llega, así que, mientras ella se queda en la mesa limpiándole la cara al niño con toallitas refrescantes perfumadas, de las que ella siempre lleva en su bolso, yo me dispongo a llevar las bandejas vacías de comida, pero llenas de desperdicios, a los carros

habilitados para que la función de los trabajadores de la tienda, sea más pausada, y solamente se tengan que limitar a limpiar las mesas. No suelo ser muy fan de recoger la mesa, creo que debería ir incluido en el precio un servicio así, pero decido colaborar y lo hago.

No sin dificultad, meto cada bandeja en su espacio. Está muy bien que cada uno se recoja lo suyo, pero si esos carros no están en buen estado, cuesta la vida hacer coincidir las bandejas.

Percibo que alguien detrás de mí aguarda paciente a que termine de pelearme con mi patosidad descontrolada, y cuando me giro noto que tengo a la persona que está esperando, demasiado pegada a mi espalda. Pego un respingo, y como soy gilipollas y no sé distinguir cuando hay que disculparse de cuando no, no se me ocurre otra cosa que decir *'Uy, ¡perdón!'*.

No recibo ningún tipo de respuesta, salvo que retrocede un par de pasos para facilitarme la huida, y entonces, levanto la mirada, y la cara que me encuentro me es totalmente familiar. Me quedo petrificado un par de segundos, y al reaccionar, salgo disparado hacia la mesa donde me esperan ellos.

Mientras terminamos de prepararnos para emprender la segunda parte del recorrido por la tienda e ir en busca de las albóndigas congeladas lo comparto con ellos.

—Con mucho disimulo, date la vuelta… —la digo.

—¿Qué? —contesta ella.

—¿A que no sabes a quién me he encontrado cuando he ido a dejar las bandejas?…

Cara de espera, en plan *'¿a quién?, a ver…'*.

—¡A Lupi…! —la digo sorprendido, como si lo acabase de volver a ver—. Con el dinero que tendrá y míralos, aquí, en IDEA, comprando mierdas de serrín prensado.

—¡Anda! ¡Pues si le gustan las cosas que tienen!, ¿por qué no? —me contesta—. ¿Pero dónde está?

—Detrás de ti, en aquella mesa en la zona del fondo. Es aquel tipo con el pelo de colores y tatuajes.

—No hombre, ese no es Lupi —dice.

—¿Quién es Lupi? —dice el niño.

—Un tonto —salgo al quite rápido.

—Un jugador de fútbol —le contesta ella—. Del Madrid… —apostilla.

—¡Exjugador! —digo mientras acompaño las palabras con un leve respingo.

—Ahhhh… —dice mostrando muy poco interés.

—Pues sí, sí parece él, ahora que se ha dado la vuelta, sí… —añade ella—. Pero, ¿sigue jugando ese chico?

—No joder, si se retiró hace mil años, de chico tiene ya

poquito… —la contesto como si todo el mundo, le guste o no el fútbol, tuviese que saber cuándo se han retirado jugadores de hace treinta años.

—Ah, pensaba que le llamabas exjugador por meterte con él o algo… —me dice—. Bueno, pues nada…

—¿Pues nada? —digo indignado—. ¿Pues nada? —repito impostando una mayor indignación—. No solo ayer por la noche "estos hijos de puta" no son capaces de ganar su partido, sino que encima hoy me como una visita a IDEA y para rematarlo todo, en los inicios de la digestión, me encuentro a este tío… —enumero—. Vaya mierda de día, eh…, ¿qué más puede pasarme?

—Qué dramático eres hijo mío…

Sin darme tiempo a contestar, los dos enfilan la entrada a la zona donde ya no se mira, se compra. Aquí debo estar atento para que la cosa no se desmadre.

Como no soy capaz de dejar de mirar a la zona donde está Lupi he perdido unos metros de distancia. A lo lejos, veo que el niño anda raro. Quizás se esté meando y no lo dice, es capaz de aguantar muchísimo.

Lupi de fondo, la pesadilla de cacharrería de plástico a mis pies, ella fascinada, el niño que se mea y mi cabeza que empieza a vacilarme en forma de mareo.

Menos mal que estamos terminando.

10

'Din' —*'18.978, pase por favor'*

—Pues hasta el momento, la historia no dice nada del otro mundo…, ¿no? —le dice Clara a la niña.

Todos sus intentos de montar algún tipo de muñeco con las nubes han terminado en fracaso absoluto, y, tras el abandono, han optado por sentarse en el suelo con las piernas cruzadas a escuchar mi historia. Daniela tiene la cara iluminadísima de ilusión. Se nota que le ha gustado mucho conocer a Clara y se lo demuestra habiéndose inventado un acogedor asiento entre sus piernas para estar más cerca, más conectada a ella.

Sin ser consciente de cuando llegamos a estar todos en esta postura, compruebo que yo también estoy sentado en el suelo y que la gente que nos rodea sigue haciendo cola tranquilamente. Todo rezuma calma y paz. Así da gusto…

—Ya te he dicho que es un pirado —dice Daniela mientras me intenta guiñar un ojo, volviendo a poner la misma cara chorra de la última vez que lo intento. Está claro que es algo que le encantaría poder hacer con soltura.

—Un pirado, ¿por qué? —me defiendo—. Ahora viene lo bueno y lo realmente importante de esta historia: por qué os insisto, en que él, ha terminado con todos nosotros. Al menos, con los que estábamos en IDEA.

—Eso no puede ser —contesta Clara—. Que te hayas encontrado con un tío que es medio famoso no significa que esté detrás de alguna conspiración para acabar con la raza humana —contesta mientras parece estar comenzando a reírse.

—Yo una vez vi a un señor por la calle que se parecía mucho al que sale en la película de Spider-Man, a lo mejor era él, o no, no sé, ¡se lo tenía que haber preguntado!… pero no pasó nada raro ni malo, ¿es por qué es buena persona y Lupi no? —pregunta Daniela.

—No, a ver, no es así como… —digo saliendo al quite.

—A ver como sales de esta, "amiguito", ¡Ja, Ja, Ja! —estalla Clara entre risas.

—Que nooooo, hacedme caaaaaso… —insisto—. Veréis cómo me termináis dando la razooooon… — digo arrastrando la contestación para no llamarlas "cabezonas".

'Din' —*'19.102, pase por favor'*

La verdad es que estoy mucho más tranquilo y relajado que cuando llegué. Es evidente que no se puede hacer nada más, salvo

asumir y comprender lo que ha pasado, “vivir” con ello e intentar llevarlo con la mayor naturalidad posible. Me preocupaba Daniela, por su edad, y por qué quizás no sea del todo consciente de lo que ha ocurrido, aunque diga que lo sabe a la perfección. Además, no saber dónde están sus padres es una verdadera pena, seguro que estaría más feliz todavía si estuviesen aquí, aunque en honor a la verdad, no parece estar preocupada por ello. Estoy más preocupado yo por ella, que ella por sí misma. Dudo que siendo tan pequeña sepa ocultar un sentimiento así de profundo, si es que lo tiene, que estoy convencido de que sí.

Y también es verdad que desde que Clara se unió a nosotros estamos, ambos, más tranquilos.

Es una mujer increíble. Espectacular. Sabe expresar lo que necesita transmitir en cada momento sin perder la calma, gritar, o divagar en exceso. Tan solo salen palabras amables y calmas de su boca, y es de agradecer, en momentos así, esa forma de actuar y de ser. Habla cuando cree que puede aportar algo a la conversación, no por hablar, como por ejemplo hago yo, que para contar que la semana pasada fui a comprar el pan a una panadería nueva que han abierto en mi barrio, me puedo tirar quince minutos dando detalles. Ríe cuando quiere, se mantiene seria cuando la situación lo pide, no se mete con nadie, no dice palabras malsonantes…

Es un ángel. ¿Será un ángel del cielo que nos está cuidando hasta el último momento?

Bueno, dejémonos de más teorías por hoy. Está aquí porque ha muerto, como todos. Fin.

Para completar el regalo que nos ha dado este sitio con ella, para más inri, es guapa hasta decir basta. Pelo liso, entre rubio y castaño y unos ojos marrones rasgados, con una viveza que dice tantas cosas que no puedes apartar tu mirada de la suya para no dejar de percibir cada detalle de lo que transmiten. Para colmo, tiene una sonrisa preciosa y muy sincera. No la usa con cualquier cosa con la que crea que tiene que sonreír, por obligación o por cumplir, no, para nada.

Supongo que me gusta, y mucho. Qué pena haberla conocido en esta situación, claro…

‘Din’ —*‘19.469, pase por favor’*

Los números han avanzado a una velocidad de órdago desde que nos enteramos de que hacemos aquí, y de cómo va a funcionar esta sala de espera tan especial. Debo acelerar para terminar de contarles la historia, porque van a quedarse completamente alucinados y, sobre todo, van a terminar dándome la razón, que ahora mismo, es lo que más me urge. ¡Seguro!

Las dos andan distraídas con un nudo que parece tener Daniela

en el pelo y que Clara le está desenredando entre risas. La pequeña se queja de que recibe algún que otro tirón de pelo. La mayor se parte de la risa. Noto que he estado embobado estos últimos minutos mirándolas a las dos, y me felicito en silencio por haber tenido la suerte de estar acompañado en un sitio tan triste.

Tan solo su voz me saca de mis casillas. Tan solo su puta voz de fondo, me saca de mi estado de paz con ellas.

—¿Es que no le oís? —las digo levantando un poco la mano invitándolas a parar en seco lo que están haciendo para que afinen el oído.

—Se oye mucha gente hablar… —dice Daniela.

Clara asiente con la cabeza intentando apoyar la opinión de Daniela, sin pestañear, mirándome fijamente.

—¡Que sí! ¡Shhhh! —les digo una vez más llevándome el dedo a los labios.

—A ver Damián, ¿a qué te refieres? —interviene Clara—. Llevo oyendo desde hace un rato una voz por encima de todas. Diría que de un hombre, que habla bastante alto, sí, pero tanto como para…

—¡Ese! —digo pegando un grito que acompaño con un lamentable intento de ponerme en pie rápidamente, algo que no consigo—. ¡ESE ES! ¡VES CÓMO NO SOY UN PIRADO! —le digo a Daniela intentando quedar gracioso.

—¡Siéntate Damián que nos está mirando todo el mundo! —me dice Clara con mirada acusatoria.

Me siento. En el acto.

—No sé quién será, pero no es el culpable de nada de lo que dices. Aquí nadie tiene culpa de nada, salvo que lo decidan ahí dentro y para castigarle por ello, le envíen al infierno. Ya te lo conté antes… —dice para intentar frenar mi ataque de ira.

—Sí, vale… —contesto intentando mantener la compostura—. Déjame que termine de contaros y ya me dices si tiene culpa o no… —la digo medio retándola.

—¡Si anda! Que al menos cuando nos estás contando tu día en IDEA estás más tranquilo —me dice Clara entre risas.

—¡Ja, ja, ja! —ríe Daniela.

—Te habías quedado ¿en? —pregunta ella con cierto pitorreo —. Es que, además, qué pena ¡eh!, con lo que mola IDEA. Qué manera de perderse la primera parte del recorrido, ¡qué es lo mejor!, puedes toquetearlo todo y fantasear con decoraciones que son una chulada —dice con una sonrisa enorme, que la llena la cara.

—¿Tú eres de esas? —la digo—. ¿En serio eres fan de IDEA?…

—A mí me encanta…, ¿a quién no?…

‘Din’ — *‘20.111, pase por favor’*

11
MEDIODÍA

Mi cabeza está tan abrumada, por tantas cosas en las que quiero pensar y no me llega para ello, que creo que me voy a terminar desmayando en mitad de las largas escaleras que conectan la zona de exposición con la parte de abajo, que es donde las piezas del gigantesco puzle que es este sitio, se venden sueltas para que puedas construir este lugar en tu propia casa. El infierno 2.0

Antes de seguir nuestro camino, tengo que expulsar parte de la comida fuera de mi cuerpo, en forma de líquido. Sí, necesito mear.

—Niño, ¿pis? —le digo.

—No, no tengo.

—No, que si tienes no, que si vienes conmigo, que yo sí voy a hacer… —le insisto.

—Mmmm…, ¡nah! —contesta con pasotismo.

—Anda, ¡vete con papá! —dice ella—. La parte de abajo es muy larga, a ver si vas a terminar haciéndotelo encima…

Cuando me quiero dar cuenta estoy en un pasillo lleno de hologramas en forma de cuadros, como los del menú del restaurante, pero estos, con publicidad variada de IDEA, los cuales, atravesamos con el cuerpo. Es una flipada, sí, pero también te raya la cabeza de una manera monstruosa, y ahora mismo me resultan molestos. Como vayas con ganas de hacer otra cosa que no sea mear, los sudores fríos y los mareos están asegurados. Al final del pasillo, tres puertas nos reciben, y dos de ellas están precintadas con cintas de *‘NO PASAR’,* mientras varios empleados de IDEA y algún que otro orangután de seguridad, discuten acaloradamente. Entramos en el único servicio disponible, que gracias a Dios es el de hombres, pero según abro la puerta, salen dos chicas atropelladamente, hablando a gritos, sobre el asco que les dan las cucarachas. Imposible no escucharlas. Sin poder evitar poner la oreja en la improvisada reunión corporativa que tienen montada ahí fuera, me quedo sujetando la puerta para que entre el peque, y creo entender, que los otros baños están precintados porque han salido cucarachas en ambos y no es de recibo tenerlos abiertos, y menos, estando tan cerca del restaurante.

Siempre nos ha gustado meternos a los dos en un váter con puerta y jugar a ‘*cruzar los rayos’,* para hacer del momento meada un juego, y pensar que estamos en una película del espacio. Esta vez, el juego dura poco. El niño se queda pálido en mitad de la batalla, y se guarda la colita tan rápido, que mi cabeza solo acierta a imaginar que

se va a seguir meando dentro de los calzoncillos, y las manchas en forma de gotitas van a delatarle durante varias horas. Pensamientos de padre, supongo. Acto seguido, mis ojos se van directos a la pared, donde dos cucarachas, enormes y negras como el carbón, deambulan errantes.

Muertos del asco, salimos impidiéndonos el paso el uno al otro y al pasar por delante de la reunión casual de trabajadores, les digo, *"Ahí dentro también hay… ¡Menudo ascazo, coño!"*.

Mucha modernidad, pero higiene la justita, al parecer.

Es tal el mareo que ha decidido convertirse en un okupa de mi cabeza, que no soy capaz de recordar un solo instante de la bajada a esta planta inferior, y entre imágenes borrosas los veo alejarse despacio, para entrar en el primer pasillo de la planta baja. Decido apoyarme brevemente en un carro de compra gigante, y tras sacudir levemente la cabeza y frotarme los ojos como si estuviese a punto de irme a la cama, me recompongo, y lucho contra el mareo intentando recuperar la entereza, ordenar rápidamente mis ideas y centrarme en lo verdaderamente importante: terminar el recorrido e irnos de aquí.

Sin quitarme de la mente la escena que acabo de vivir en la zona de estacionamiento de las bandejas de restos de comida y mi encuentro con Lupi, mezclada con el *'momento cucarachas'* de medio kilo la unidad, avanzo a paso ligero sin perderles de vista.

Creo haber visto que él lleva algo en las manos. No me di cuenta en los baños. Quizás sea algún tipo de folleto de publicidad que ha cogido de algún sitio sin que le hayamos visto. Siempre necesita llevar algo en las manos, como su padre. Supongo que así comencé a fumar como un descosido con catorce años, por el simple acto de tener algo en las manos cada dos por tres. Espero que con él, sea diferente.

Varios pasos después y tras chocar levemente con algún comprador despistado y establecer una mínima relación a través de un tibio *'perdón'*, llego a ellos.

—¿Cuándo has cogido eso tío? —le digo intentando ser amable y enrollado—. No puedes coger lo que quieras sin decirnos antes…

—Es un monito… —me dice con el tono más tierno que puede usar.

—¿Un monito?… ¿Pero dónde lo has cogido?, en la zona de los peluches no estaba… —insisto.

—Si estaba, pero parecías tan entretenido con un peluche en forma de balón de fútbol intentando dar toquecitos, que no te has enterado… —dice ella en su defensa, con cierto tonito reprobatorio hacia mí.

—Bueno, vale, pero y qué, ¿te lo llevas? ¡No, hombre, no!, que tienes un millón de peluches y…

—Es que solo quedaba este… —me dice con cierta voz de pena.

—No te miente, en medio de un contenedor lleno de otros peluches estaba este. No tiene ni la etiqueta de IDEA —explica ella.

—Bueno, a ver… Si no tiene etiqueta, lo mismo es de algún niño que lo ha perdido. O si no, ¿cómo lo vamos a pagar? —insisto.

—Mira qué bonito es… Cógelo, verás qué tacto más agradable tiene —me dice ella poniéndomelo en las manos.

Estoy todavía con el subidón emocional de haberme encontrado con Lupi. No parece que ahora sea el momento de pelear por un mísero peluche, que conociendo este sitio, no creo que cueste más de dos euros. Decido en pocos segundos un plan y lo comparto.

—Vale, a ver, nos lo llevamos hasta la salida, pero si "pita", lo dejamos estar… o le preguntamos a una cajera o lo que se nos ocurra…, ¿vale? —afirmo—. Pero no podemos irnos con el monito alegremente, sin intentar pagarlo si es necesario, ¿ok?

—Eso es lo que íbamos a hacer… —dice ella con tono de '*eso ya se nos había ocurrido hace rato, colgado'*.

—Bieeeennnn… —dice él en tono bajito mientras coge al pequeño mono con las dos manitas.

Vuelvo a darles dos metros de distancia mientras me intereso por un corta pizzas de plástico de un euro. Lo paso de manera temeraria por la palma de mi mano, dando por hecho, que al costar un triste euro, no va a cortar como Dios manda, pero finalmente debo ejercer una presión moderada, porque si aprieto un poco más, me rajo la mano. Si corta, sí.

Después de aferrarme a él, para no olvidar echarlo en la cesta de la compra que ella se ha encargado de coger en algún momento, echo la vista atrás buscando volver a ver a Lupi. Está claro que él no ha venido detrás de nosotros, y ha seguido un rato más en el restaurante. O ha cogido el atajo que hay en esa zona para irse de aquí…

—*'Lupi, Lupi, Lupi, fanfarróóóón, fanfarróóóón, fanfarróóóón, oh, oh, Lupi, Lupi, Lupi…'* —canturreo para mí mientras avanzo por la tienda.

—Como esté por aquí y te oiga, todavía tenemos un problema, valiente… —me dice ella.

—*'Samuel es un borracho, lolo, Samuel es un borracho, lololo, Samuel es un borracho, lololo, y Lupi un fanfarróóóón, oh, oh, oh…'*— vuelvo a canturrear con una sonrisa de malicia totalmente impostada.

—¡Tú juega, juega!, que como te oiga alguien… —me dice sonriendo—. Para tu desgracia, vives en Madrid, ¿recuerdas?

—Bueno, voy canturreando para mí —o al menos, lo más bajito que puedo— que no se meta la gente donde no les llaman… ¡Que se joda!

—¿De quién habláis? ¿Del que habéis dicho antes que jugaba al

fútbol? —pregunta el niño.

—No, no, solo canturreo cancioncillas que le cantaban en los campos de fútbol… —me excuso—. Menudo pedazo de…

—Ehhh, no te vengas arriba… vamos a ir terminando, y vámonos, que se te ve estresadillo ya, y al final acabamos enfadados todos —me frena ella.

—No, estresado no… —me defiendo.

Sí, estresado sí, y mucho.

El ruido que se oía en la parte de arriba, es exactamente igual aquí abajo, con una salvedad: aquí suena más fuerte todavía. El paisaje es el mismo en este nuevo techo que nos tapa. Multitud de raíles con decenas de focos, decenas de cámaras de seguridad y por encima de ellos, las tuberías giga enormes idénticas a las de la zona de arriba. Lo que sea que son esos tubos, son algo que necesita estar por todo el complejo. El ruido va y viene, como si fuesen corrientes de aire supertenebrosas que dan a entender que van a reventar en algún momento, cayéndonos encima.

—Oye, déjame echar esto en la cesta, que el que tenemos en casa está muy jodido —la digo enseñándola el cortador de pizzas.

—Coge el carrito un segundo, que voy a mirar un momento un… —no oigo terminar la frase porque vuela como un pajarillo en dirección a los tuppers de cristal.

Sin comerlo ni beberlo, soy el nuevo dueño de la cesta, el porteador, *‘The transporter’*.

Veo que en algún momento ha echado un par de bolsas de albóndigas congeladas y doy gracias al universo, porque el único objetivo de esta visita está cumplido y podemos ir más rápido en esta parte del recorrido, para terminar cuanto antes.

Echo el corta pizzas encima.

Esto se acaba.

12
HEJ!

Las 2:36, las 3:42, las 4:10, las 5:33… Estoy viendo todas las horas de la madrugada pasar. No sé si será por el calor que hace en este mini piso que he conseguido que me alquilen al lado del centro comercial, que ayer me eché la siesta y no estoy acostumbrado a hacerlo, o por el café que me tome después para merendar, pero el caso, es que no he pegado ojo.

Quizás sean los nervios del debut, o el estrés. Hoy es el día más importante de mi vida y no tengo con quién compartirlo, a quién contarlo, con quién desahogarme y contarle lo excitado que estoy. A lo mejor, si pongo un mensaje en alguna red social, alguien lo ve y me contesta, y al menos, puedo soltar un poco de mierda acumulada.

Mi madre estaría tan orgullosa…

Así lo haré. Me voy a levantar y voy a prepararme el desayuno, aunque primero voy a ir a cagar. Me cago, y mucho. Es una molestia hacerse caca antes de desayunar porque si luego, después del desayuno, no echas nada, vas a ir todo el día cargado, y no es plan. Hoy no.

Además, he tenido toda la noche para poder ir, y me dan ganas justo ahora que quiero empezar a funcionar. Bueno, iré a cagar, tengo tiempo de sobra…

Siempre me gusta desayunar lo mismo, como a todo el mundo, supongo, pero hoy estoy tan nervioso que, en vez de dos bollos, me voy a comer solo uno. Dudo si tomarme el café habitual. Si me lo tomo, quizás me ponga más nervioso. O a lo mejor me da cagalera si fumo después. Sería un buen remedio para no ir con el depósito lleno. Si no me lo tomo, con lo poco que he dormido, lo mismo me duermo trabajando, y hoy, no puedo, hoy tengo que estar despierto. Hoy es mi gran oportunidad.

Mi madre estaría tan orgullosa…

No sé si tomarlo como una suerte o como una jugada del destino, pero que mi superior este de baja con una fiebre terrible, y que su mano derecha tenga que irse trasladado a otra ciudad, para echar una mano en la inauguración de otra nueva tienda, no puede ser fruto de la casualidad. También hay que estar ahí, ¿no? Pues ahí, estoy yo. Por unos días, la sección de cajas y cestos de almacenaje estará bajo mi batuta, bajo mi mandato absoluto. Por fin, mandaré en una sección y mi camino hacia las altas esferas de mi empresa habrá comenzado. Clase alta, ¡por fin!

Mi madre estaría tan orgullosa…

Gracias al cigarro que me fumo después del desayuno, las tripas se me revuelven y debo evacuar otra vez. Una extraña tranquilidad me invade, como si dentro de la lista mental de cosas que quiero que hoy me salgan bien, esta, ya estuviese tachada. Perfecto.

Falta bastante tiempo para mi hora de entrada, así que voy a tomármelo con calma, afeitarme, ducharme, y si me sobra algo de tiempo hacerme una paja pensando en ella o mirando sus fotos en Instagram. Mejor las fotos, sí. Hoy seré su jefe y quiero llegar *'sin ganas'* para no favorecerla en nada, y que el resto de sus compañeros no me cojan manía, a ver si en el futuro soy su superior y ya me tienen crucificado antes de tiempo. Cuando toque, ya veré.

Voy a cambiar los planes y empezaré por la paja, después el afeitado, y por último la ducha, así ella, si en algún momento decide no separarse de mí, que seguro que no lo hace porque al ser el encargado provisional me mirará de otra manera, no percibirá algún tipo de olor que pueda identificar como raro. Me echaré también perfume. Sí, lo haré, hoy es un gran día.

Mi madre estaría tan orgullosa…

—¡Mamá! ¡Me voy! —digo dando un grito seco mientras pego un portazo que hace temblar toda la planta.

Me gusta hablarla como si estuviese aquí conmigo. Seguro, que si me viese, me diría que me porte bien, sea educado y amable e intente que ningún compañero se ponga en mi contra. También me diría, que al terminar el turno salga a celebrarlo con alguien de allí y que, si ninguno quiere, les diga que les invito, y así irán. Haré eso, les diré que les invito, y a ella también.

Qué día tan bonito hace, con calor, pero también con algo de frío. Estoy tan nervioso que he olvidado el casco, así que tendré que alternar acera con carretera porque si me caigo del patinete, lo mismo me mato. Y hoy, no me puedo matar. Hoy, no. Además, si voy entre la gente por la acera puedo ir más despacio, más relajado y fumarme otro cigarro durante el camino, así luego, allí, no me dan ganas de fumar.

¡Cómo me gustaría aparcar en las plazas con inteligencia artificial incorporada para los coches de los responsables y encargados de IDEA! Algún día tendré una de esas plazas, algún día. Además, los patinetes no pueden ocupar una plaza entera y los jefazos no usan estos medios de transporte económicos. Cada cosa, a su tiempo. Paso a paso. Seguro que antes o después lo consigo.

Mi madre estaría tan orgullosa…

Tras tener mi sección perfectamente preparada, los precios y etiquetas actualizados, los focos perfectamente orientados a los productos más rentables y echarme gel hidroalcohólico en las manos y

en la cara para eliminar el olor a tabaco, me dispongo a saludar a los tres compañeros, que hoy, estarán conmigo atendiendo mi sección.

Ella no está. A los otros dos los conozco, pero la otra chica, es nueva.

—¿Dónde está Lidia? —pregunto como forma de dar los buenos días.

Rápidamente, los tres titubean y veo que se sienten incómodos. Se nota en que ninguno me mira directamente a los ojos mientras intentan pasar de largo sobre la pregunta que les acabo de hacer. Me gusta que me contesten las cosas que pregunto. Si no, no las pregunto.

¿A que si mamá?

—Normalmente, ella está en esta zona. ¡Los cestos de mimbre son su especialidad! Nació con uno debajo del brazo, ¿no lo sabíais? —digo intentando ser gracioso.

Me están ignorando. Uno, Antón, siempre ha pasado bastante de mí, y ya ha empezado a hacerse el despistado, dirigiéndose a otro pasillo, a hacer como que revisa que todas las etiquetas de los productos estén del derecho, y no del revés. El otro, Fernando, está parado delante de mí esperando que le diga que tiene que hacer, y ella, la nueva, no deja de sonreír y mirar toda la tienda dando pequeñas vueltecitas nerviosas. Novatas…

—Mirar a ver si Lidia está enferma o que la pasa, preguntad por ahí. Si no, la escribo a su WhatsApp y que me diga ella, pero no quiero molestarla, a ver si va a estar mala en la cama, dormida, y la despierto o algo…

Mentira, no tengo su número. Mi madre estaría tan orgullosa…

Han pasado poco más de diez minutos y la chica nueva ya la ha localizado. Buena actitud la suya. Sin pensarlo un instante y comenzando a ir a contracorriente de las decenas de clientes que invaden el centro, recorro la planta baja en busca de las escaleras que me llevarán al restaurante donde hoy, por lo visto, estará prestando servicio. No sé en qué momento mi jefe decidió cambiar el cuadrante de trabajo y llevarla a recoger mesas sucias, pero supongo que al tener que ponerme a mí de encargado, ha creído que mejor sería tenernos separados para que no tonteemos.

El trabajo en mi sección, puede esperar, prefiero ir a verla primero.

Avanzo decidido en su búsqueda entre mesas repletas de comida procesada de séptima gama, mientras esquivo peluches voladores de la zona de juegos infantiles, que alguno de mis superiores, tuvo la feliz idea de poner en medio del comedor. Eso, cuando yo mande, desaparecerá. Al final de un gran pasillo, cerca de las cajas, donde una multitud se amontona en fila para pagar por alimentarse a base de mierda, la veo limpiando una mesa. Menudos

tetones tiene joder…

Mi madre estaría tan orgullosa…

No me espero algo así en mi gran día, y menos, habiendo abandonado mi sección durante unos minutos, dejándola en manos de unos incompetentes sin la más mínima gana de progresar en la vida, pero tengo la enorme suerte —hoy estoy en racha, hoy es mi día— de ver que en una mesa esta Lupi comiendo con una chica, que, por cierto, esta tan buena como Lidia o más. Si mi madre me viese entre estas mujeres, estaría tan feliz…

—¡Haz lo que quieras joder, estoy harta! —le está diciendo a él.

Pobre, que habrá hecho, es Lupi, todo lo hace bien. Voy a entretenerme mirando un pequeño bloc de notas que llevo en el bolsillo, qué total, como voy con el uniforme de aquí, no va a pensar que estoy cotilleando mientras lo miro.

—Qué quieres tía, me llaman, tendré que atenderlos… —contesta él.

—Estás todo el día con el móvil… —le dice ella—. La tele, las redes, la prensa, tus amigos, tus compañeros, ¿puedes por un día prestarme atención y dejar el puto móvil? —le grita ella.

—Termino de contestar este mensaje y nos vamos, ¿contenta?…

—Haz lo que te salga de los huevos… —le dice de muy malas formas, levantándose, y dejándole solo, con toda la mesa llena de mierda.

Creo que le voy a pedir un autógrafo, o mejor, una foto. Me voy a quitar el peto del uniforme y me voy a quedar con mi camiseta interior solamente. Así, después, podré enseñarla y vacilar de que es mi amigo. Qué gran plan joder, Lidia va a flipar…

—Hola, ¿nos podemos tirar una foto? —le digo por sorpresa.

Es educado porque no me manda a tomar por el culo, aunque pone mala cara. Guarda su móvil, se levanta desganado y se pega a mí para que yo haga un selfi con la cámara de mi móvil y le diga que es el mejor jugador de la historia del fútbol, y que le quiero mucho. Pasa bastante de mí, y se va.

—¡Adiós Lupi! —le despido con una gran sonrisa.

—Sí… —me dice.

La foto me ha salido borrosa, pero bueno, qué más da, se ve claramente que es él. Qué tío más grande joder. Qué guapo, que bien vestido, que simpático y qué novia más buenorra tiene. No me extraña, si yo fuese él, también tendría una novia como ella. Es más, cada día con una. ¡Claro que sí! ¡Para eso soy Lupi!

Mi madre estaría tan orgullosa…

Intento ponerme el peto rápidamente y creo que me lo estoy poniendo al revés, aunque es algo que ahora mismo no me importa, me da totalmente igual. No tengo tiempo para exquisiteces.

Prácticamente a la carrera, llego a su lado, y sofocado y sin aliento —nunca he estado en buena forma—, la pongo el móvil dentro de su campo de visión, para que flipe con la foto que tiene delante. Todo muy casual.

—Pasaba por aquí, a comprar una botella de agua —mentira, mi madre estaría tan orgullosa…— y… bueno…, ¿qué haces hoy aquí? ¿Ya no te gusta el mimbre? —la digo mientras intento acompañar cada frase con un gesto impostado, entre gracioso e interesante.

—Perdona, ¿te conozco?…

Mi madre estaría tan orgullosa…

13
MEDIODÍA

El cesto de plástico está cada vez más lleno. Parece que llevamos poca cosa, y en verdad, no es un exceso incontrolado como me temía, pero las bolsas de albóndigas son grandecitas, y las cuatro tontadas que hemos echado encima, abultan lo suficiente para poder estar un rato lloriqueando por el inhumano exceso de peso que tengo que transportar. Chorradas para entretener al niño, porque realmente no pesa una mierda y, además, no lo necesita, pero como yo sí porque si no voy a explotar, le utilizo usándole como excusa.

El recorrido por esta parte del centro comercial es tedioso hasta decir basta. Al no haber escenarios, el entretenimiento es nulo. Es como si estuvieses metido en el pasillo de mierdas sin fin de una tienda de todo a un euro, solo que aquí, pocas cosas son a un euro. Quizás a dos, o tres euros, pero a uno, todavía no he visto nada, salvo pinzas para tender la ropa. Eso sí, todo procede del mismo sitio que en esas tiendas oscuras y lúgubres que ocupan cada barrio. Cosas de la globalización.

Parece que la visita va tocando a su fin, y tras pasar por una zona enorme llena de alfombras, en la que no hay absolutamente nadie, al fondo del larguísimo pasillo, parece asomar la salida del recorrido que nos llevará al gran almacén donde viven las estanterías gigantes que dan cobijo a todos los muebles que se venden aquí. Me da muy mal rollo esa zona del almacén, siempre tengo la impresión de que algún mueble se va a despeñar desde lo más alto, y me paso todo el tiempo que estamos en esa zona mirando hacia arriba. A ver hoy si pasamos rápido por esa zona, que no mola nada.

¡Uf! ¡Qué bien! Esto se está acabando.

El niño está fascinado con una alfombra de colorines que recrea un pueblo en mitad de la montaña, con unas vías del tren recorriéndolo, ocupadas por unos palitos de madera imitando los raíles. No se puede tocar, no está a la venta, es de exposición nada más, pero ahí está él, entretenido a más no poder, tan tranquilo.

Mi cabeza se ha distraído tanto mirando chorradas de plástico para rellenar los cajones de la cocina, que en esta zona, solo veo los mismos colores y los mismos dibujos. Mi cerebro es incapaz de distinguir una alfombra de otra. Prácticamente, se me ha olvidado todo lo ocurrido en los últimos minutos, y, volverlo a oír, no solo me sobresalta, sino que me saca el corazón por la boca y me provoca una palpitación tan grande, que el mareo que lo acompaña no es como los

anteriores. No es ninguna tontería, es un ataque de ansiedad o quizás un amago de infarto.

Extiendo las manos, y agacho la cabeza, mientras me apoyo en una torre de cestos de mimbre apilados en una esquina de la sala a la que hemos llegado. Tan solo percibirlo, sentirlo, oírlo, me ha traído esta sensación de que se me va la vida. Tras unos segundos —que parecen minutos— intentando recomponerme, acompañando el momento de respiraciones profundas que no llegan a ser completas hasta varias repeticiones después, me calmo, puedo erguirme con normalidad y compruebo tres cosas: que ella está mi lado con cara de pánico, él está cogido de su mano a punto de echarse a llorar, y yo, estoy absolutamente horrorizado por lo que estoy oyendo.

Ya no es que se oiga un ruido ensordecedor, es que me sorprende muchísimo, que las pocas personas que en ese momento estamos aquí, no se escandalicen tanto como yo.

—¿Qué te pasa? —dice ella con cara de miedo—. ¿Estás bien? Estás superpálido, quizás deberías sentarte, aunque sea en el suelo…

—No… va… estoy bien…

—Papá, siéntate en el suelo, haz lo que dice mamá… —dice el niño preocupado.

—Tranquilo hijo, no pasa nada, ha sido un mareo, estoy bien…

Unos cojones un mareo. A ver, sí, que me he mareado, seguramente como forma de expresión de un ataque de ansiedad, pero no es sentarme lo que necesito hacer. Lo único que me pide el cuerpo es salir de aquí cuanto antes, porque tengo el presentimiento de que algo malo va a pasar. No sé por qué, no puedo explicarlo, pero ese ruido no es normal. Ese ruido no trae nada bueno.

—¡Aggghhh! —grita dando un leve saltito hacia atrás—. ¡Qué asco! —dice de repente mientras se pega a mí.

—Mamá, son iguales que las que había en el baño…

Su cara es de medio susto, medio pitorreo, por la vergüenza que la da demostrar en público que le dan miedo las cucarachas. Su mano se ha quedado petrificada señalando la parte de la pared donde la ha visto, y cuando me acerco tras un par de pasos, a la zona detrás de las cajas de cartón para guardar cosas inservibles en el trastero, las veo. No hay una, como ella ha visto, hay decenas…

Me giro buscando algún empleado de la tienda al que reclamar y montarle el pollo de su vida por mantener tan poco higienizado el sitio, pero tan solo veo un chico a lo lejos vagar entre pasillos, y no creo, que ponerme a gritarle desde aquí, sea lo más adecuado. Además, no pienso volver atrás. No joder, ahora que estamos tan cerca de la salida, no. Justo, cuando han pasado escasos segundos de que todos suponíamos que me estaba dando un infarto, no.

—Son, como dice el niño, igualitas a las que hemos visto en el

baño… —confirmo mientras intento recomponerme y aparentar normalidad—. Tendrán una plaga metida aquí dentro. Mucho holograma, mucho código QR para todo, muchas cámaras de seguridad, pero tienen una maldita invasión de cucarachas gigantes aquí dentro, campando a sus anchas…

—Vámonos, anda, que ya se me ha puesto mal cuerpo… —me dice tirando de mí—. Normal que te den mareos, qué asco…

—Pero, y el ruido…, ¿no lo oyes? —digo intentando cerrar yo también mis heridas.

—Sí, bastante, ahora sí… —me dice haciéndome una carantoña en plan *'llevabas razón, había un ruido'*.

—Es el mismo que llevo oyendo todo el día, pero ahora es insoportable. Casi tenemos que gritar para oírnos —la digo señalándome la oreja en un gesto de *'no te oigo nada'*.

Por el rabillo del ojo veo a varias personas mirando al techo, hablando entre ellas, entiendo, que del ruido que se escucha. Me es imposible oír algo de lo que dicen, pero aun así, veo la preocupación en sus caras.

No estoy solo, por fin.

No es solamente el ruido, son también las corrientes de aire que han invadido toda la tienda tan repentinamente, que a ratos mataría por un abrigo, y al instante siguiente, haría lo mismo por poner mi cara delante de una máquina de aire acondicionado.

Aire frío, congelado. Aire caliente, abrasador. Algo pasa y parece muy grave. Algún fallo en el sistema de climatización o alguna fuga de algún gas raro. Algo feo, en definitiva. Vámonos.

No pierdo tiempo en analizar más la situación y con un gesto con la cabeza, y agarrando bien al peque de la mano, enfilamos el final del recorrido sin dejar de mirar los enormes tubos que llevan viviendo encima de nuestras cabezas todo este tiempo, y que ahora, además de vivir, tiemblan, y quizás terminen amenazando con caerse.

Me frena, parece hacerme un gesto de que no me flipe, que me calme, y con su mirada me dice que estos últimos metros de trayecto los hagamos manteniendo la cordura y la calma, porque realmente, no pasa absolutamente nada. No hace falta correr, ni andar tan rápido. Mucho ruido, aire repentino, pero nada más. El resto está en nuestras cabezas. O no…

Estamos entrando en la última gran sala, tras la cual, se ve ya el almacén, y al menos, es la más bonita, porque es donde venden todo lo relacionado con plantas, macetas y jardinería en general, y, tanto color verde, agrada a la vista. Aunque poco más, porque es todo de plástico, salvo alguna honrosa excepción. A nuestra izquierda, en la frontera entre las dos últimas salas, una estantería que llega hasta el techo, abandona el recorrido principal para meterse en un saliente y

aprovechar mejor los espacios, para poder acumular más cajas y cestos de todo tipo de colores a las propuestas de la tienda. Parece una especie de pasillo entre secciones que han decidido rellenar de sobras. Al final de esta estantería, no hay más recorrido, tan solo una puerta blanca enorme que ocupa toda la pared a lo alto y a lo ancho, que cuando la vemos, el miedo se instala en nuestros ojos, y como creyentes devotos que acaban de ver una aparición, nos quedamos totalmente privados mirando la puerta y como, a los laterales de la misma, entran dos tubos enormes que vienen del mismo serpenteante y siniestro trayecto de tubos que hemos ido "disfrutando" durante todo el recorrido.

La puerta parece firme, gruesa, perfecta. Tan solo una pequeña pantalla, con unas cuantas teclas ilegibles desde nuestra posición, —serán números o letras, no puede ser otra cosa—, adorna la parte central de la puerta de la izquierda. No tiene pegatina alguna o indicación que muestre para qué vale exactamente una puerta así de especial en las postrimerías del lugar. Seguramente sea una puerta de emergencia de las de toda la vida, pero más moderna y sin señalización. Se habrá caído y no la habrán repuesto. Da mal rollo. Parece la entrada al infierno, si es que existe.

De repente, un ruido ensordecedor, como si de una bomba estallando se tratase, nos paraliza a todos los que estamos allí. Dura tan solo un par de segundos, los justos para que todos los presentes, nos demos cuenta de que algo malo está pasando. El silencio se apodera de toda la sala, y tras revisarnos todos a todos, para comprobar que estamos bien, las corrientes de aire cesan, y el ruido ensordecedor desaparece, para acto seguido…

14

'Din' —*'28.455, pase por favor'*

—¿Qué número tenías? —la interrumpo justo cuando iba a decir algo.

—Ehhh… a veeeer… 32.333… Me falta poco. No os creáis, que estoy nerviosa —contesta.

—No me extraña. Es imposible saber que ocurre ahí dentro, porque todo el que está entrando, no está saliendo, así que no tenemos una opinión real de alguno de los que estaban aquí para hacernos una idea de lo que nos vamos a encontrar —razono.

—Bueno, supongo que no será para mucho —dice ella.

—No, seguro que no —añade Daniela.

La entrada está muchísimo más cerca que estas últimas horas, o minutos, o días, o el tiempo que sea que llevemos aquí hablando tranquilamente. Otra cosa no echaremos de menos, pero saber qué hora es, sí, ya que es absolutamente imposible enterarse.

Sin haber sido conscientes de nuestros movimientos, estamos ya a pocos metros de la entrada que da acceso al cielo, a la sala donde te juzgan o a comoquiera que llamen aquí a ese sitio. No tiene nada especial, tan solo nubes, nubes y más nubes. Quizás, si mi vista no me falla y es mi imaginación la que está hablándome, hay una especie de puerta formada por nubes algo más gorditas, más densas. Un par de guardianes esperan distraídos delante a que se llame a cada número. Comprobamos, que cuando estás ante ellos, con muchísimo tacto y amabilidad, te invitan a atravesar esa supuesta puerta de nubes para desaparecer después. Ahí se acaban nuestras averiguaciones.

'Din' —*'29.003, pase por favor'*

A Daniela se la ve rara. La ilusión inicial por haber conocido más en profundidad a Clara parece haberse esfumado, o al menos, diluido. Supongo que estará nerviosa porque nuestros números se acercan y no quiere que nos perdamos de vista ahí dentro. Yo, al menos, no me gustaría perderla de vista. A Clara tampoco, por supuesto.

Su cara ha ido tensándose con el paso del tiempo, no sé si por mi historia, por la pereza de la espera o porque, en el fondo, por muy segura que esté de todo, es su primera vez muriendo, y claro, no es fácil.

'Din' —*'29.085, pase por favor'*

No sé si es porque estoy más pendiente o porque realmente es así, pero tengo la sensación de que los números van más rápido.

—Bueno, qué… —dice Daniela—. Cucarachas, ruidos de tuberías y poco más. Nada explica que estés aquí igual que estamos los demás, o que el tal Lupi ese, tenga algo que ver —insiste.

—A ver, estoy terminando ya. Solo falta que os encajen las piezas y acabaréis viéndolo todo tan claro como lo veo yo.

—Yo creo que son cosas tuyas, y que, en el fondo, ves historias raras donde no las hay y todo es más fácil de lo que realmente pintas —dice de repente Clara—. Si estamos todos aquí por unas tuberías que han estallado en un centro comercial, o por una bomba de un atentado terrorista, me parecería demasiado pobre. ¿De dónde sale tanta gente? —pregunta al aire— ¿De IDEA? Es imposible…

—Pero… —quiero intervenir.

—Pero te voy a dejar terminar para ver en que termina todo esto —concluye.

—Eso es… Gracias… —la digo mirando con recochineo a Daniela.

—Me llama la atención como se puede relacionar a un exjugador de fútbol, con la muerte de tantas personas, con que oigas su voz aquí y encima intentes convencernos de que no son cosas tuyas, que no estás como una chotilla —dice con firmeza pero con mucha dulzura también—. Eso sí, que sepas que me caes guay, pareces un tío mazo de interesante y, además, y esto es algo que no sabes, me encanta imaginarme mis propias imágenes animadas en la cabeza cuando alguien me cuenta algo, e indagar dentro de mi cerebro sobre el posible final. Es como si tuviese la necesidad de averiguar la respuesta a los enigmas antes de que me los cuenten, porque para entonces, yo ya me he hecho mi composición de lugar… —dice mientras mira hacia la puerta con gesto tenso pero tranquilo—.

—Bueno, vale…

—Yo pienso igual que ella… —dice Daniela distraída.

—¡Claro que si mocosa!, tú lo que diga ella, ¿eh?, así no te mojas —la digo mientras los tres estallamos en unas risas tan sinceras como nerviosas.

‘Din’ —*‘29.529, pase por favor’*

—En verdad, lo que ha pasado después ha sido la clave para que todo haya terminado así. Yo creo, que, actuando de otra manera, quizás, todo esto no habría terminado así… —digo con sinceridad.

—Pero entonces, ¿qué paso al final?… —dice ella haciéndome una carantoña por sorpresa en la mano.

15
FIN DEL MUNDO

'Beep, beep, beep, beep, beep, beep, beep, beep, beep, beep…'

Un sonido amenazante, en forma de pitido repetitivo, comienza a retumbar por toda la sala. Casi a la par, otro sonido igual de fuerte que el de la supuesta bomba anterior, pero algo menos brusco, ha comenzado a meterse en nuestras cabezas, entrando sin permiso por nuestros oídos. Se mezclan, conviven. Es como escuchar la puñetera insistencia de un despertador mañanero digital de los años noventa, de esos que daban la hora con un simbolito de AM o PM al lado, las iniciales del día de la semana en inglés y el número del día en pequeño debajo, mientras se mezcla con el estruendo que genera de fondo la puerta de un castillo, enorme, cerrándose lentamente. Roca pura arrastrada por decenas de soldados buscando proteger la fortaleza.

Esto tiene que parar. Las caras de la gente son de miedo y preocupación, y, además, cada vez más las que lo muestran. Ya no se oye el típico parloteo de una tienda llena de clientes. Ha desaparecido totalmente. Además, la gente ha ido avanzando en el recorrido y esta sala ha terminado actuando de tapón.

Decidido, saco el móvil para llamar a la policía y ponerla en conocimiento de que, en este sitio, estamos sufriendo algún tipo de atentado o ataque. Tienen que venir inmediatamente y ayudarnos, sacarnos de aquí y ponernos a salvo.

En el breve espacio de tiempo que tarda mi mano en hacer el recorrido desde el bolsillo del pantalón, hasta la media altura de mi cuerpo para desbloquear la pantalla del móvil, el sonido del despertador pitando se ha hecho más fuerte, y cuando por fin desbloqueo la pantalla, la app del Gobierno, avisando sobre catástrofes, ha tomado secuestrado mi teléfono y a pantalla completa, y sobre un rojo que da más miedo que tranquiliza, me invita a quedarme quieto, y confiar en las autoridades.

'Sistema de detección de catástrofes activado. Por favor, mantenga la calma. Los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado llegarán en breve a su posición. Por favor, no se mueva de su posición actual y siga las indicaciones que le sean transmitidas, tanto por los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado presentes, como por los avisos de esta app.'

¡Pero qué coño está pasando!

Me giro, y el niño está llorando en silencio mientras se abraza a la pierna de su madre. Ella, está mirando fijamente la pantalla de su

móvil y con un repentino gesto nervioso, levanta la mirada y la clava en mí. Está totalmente descompuesta. No sé qué decirla, no sé cómo actuar. Con un gesto instintivo, a la vez, nos giramos buscando la reacción del resto de personas que están aquí para imitarlas o reprobarlas, o simplemente, para tranquilizarnos, no vaya a ser que estemos exagerando en nuestra particular preocupación. Alrededor, se oyen leves gritos de lamento, algún llanto, y gente hablando, con toda la imagen acompañada de una banda sonora de lo más original, compuesta de centenares de *"beep, beep, beep"*, que no hemos sido conscientes de cuanto llevarán sonando al mismo tiempo que lleva sonando en nuestros dispositivos, y de un sonido mucho más fuerte, que no terminamos de saber de dónde proviene.

Las caras, en general, son de mucha preocupación.

Las paredes parecen estar, poco a poco, recibiendo la visita de nuestras amigas, las cucarachas, y esto solo puede significar una cosa: no es falta de higiene, es que están huyendo de algo y seguramente esté relacionado con los famosos tubos del techo.

Por sorpresa, ella me da un golpecito en el hombro, obligándome a girar por completo para, acto seguido, llevar mi vista sobre la línea imaginaria que marca su dedo señalando y, comprobar, que una enorme puerta acorazada, al parecer, sobre unos raíles que han aparecido en el suelo de la puta nada, se está cerrando para dejarnos encerrados en esta última sala. La puerta del castillo hecha realidad.

¡No me jodas! ¡Tenemos que salir de aquí!

Sin mirar atrás, echo a correr como un desesperado hacia la única salida visible con destino al almacén final, que poco a poco deja de serlo, y a mitad de mi esforzada carrera oigo un alarido tan potente que me sobresalta de inmediato, y me obliga a frenar en seco. Cuando me vuelvo, veo que el niño llora como un histérico y ella está recuperándose del esfuerzo de un grito que ha tenido que salir de lo más profundo de su ser, porque se ha oído por encima de la sinfonía de los horrores que estamos viviendo aquí dentro.

Sin poder evitarlo y preso de la confusión, a mi espalda, el sonido de la puerta acorazada cerrándose concluye con un estruendo y me recuerda que ya, no hay salida posible. Se ha cerrado. Mi carrera ha sido en vano. Ellos me necesitan aquí. Tampoco podría haberlos salvado desde el otro lado de la puerta. En escasos segundos, que parecen pasar a cámara lenta hasta convertirlos en minutos —cosas del shock, supongo— decido recomponerme cerrando los ojos, respirando profundamente y recordando las pautas del mensaje de la app.

Mantengamos la calma. Esperemos.

—Lo siento, pensé que me iba a dar tiempo… —digo mientras

vuelvo con ellos arrastrando los pies.

—No te preocupes cariño… —me dice ella abrazándome.

—¿Estás bien campeón? —le digo al niño haciéndole un mimo en el pelo—. Ya verás cómo todo va a salir bien y muy pronto nos dejan salir de aquí —le digo—. Habrá pasado algo fuera, y como este sitio es tan seguro, nos han encerrado para que no nos afecte, mejor así, ya verás.

No me contesta. Al menos, está dejando de llorar poco a poco y está luchando contra sus lágrimas, con las manitas, para limpiarse la cara. De momento, va perdiendo, caen más rápido de lo que limpia.

Todos estamos con la mirada pegada a la pantalla del móvil buscando alguna actualización que no llega. Al menos, la buena noticia, es que el sonido de los *'beep'* es ahora más tenue y se puede soportar. Son muchos a la vez, pero se puede aguantar con mayor facilidad. Además, la mayoría estamos alternando la atención sobre la pantalla, con el jaleo que hay en los suelos y en las paredes, porque cada vez hay más cucarachas y la verdad es que da bastante grima. Alguna histérica grita de vez en cuando porque una de ellas se la acerca. Alguno se entretiene cazándolas y dando fuertes pisotones en el suelo para oír el violento crujir de su victoria.

—Se nos van a descongelar las albóndigas.

—¡JA, JA, JA! —se empiezan a reír los dos.

—Lo que faltaba, que se empiecen a descongelar los dos paquetes, se deshagan, se mezclen formando una albóndiga más grande, salga de la bolsa y eche a andar, con patitas y brazitos…

—¡JA, JA, JA! —se parten.

—Joder, ¿os imagináis que es el fin del mundo? —digo entre risas—. Nos iríamos del mundo con dos kilos de albóndigas en la mano y habiendo comido albóndigas de IDEA como última comida. Que albondigoso todo, ¿no?

—¡JA, JA, JA! —el niño llora y todo de la risa, estoy en racha.

He conseguido cambiar lágrimas de miedo por lágrimas de risa. No sé si será efecto de los nervios y el estrés, pero unas risas nunca vienen mal, y menos en este momento. A las personas que tenemos más cerca no parece hacerles gracia alguna que nos estemos descojonando vivos, y nos matan con la mirada mientras intentamos, como podemos, calmar tanta carcajada.

A lo lejos, entre lamentos, y algún gimoteo de preocupación, parece que se oye la voz de alguien que parece autorizado a transmitir información precisa sobre lo que está ocurriendo. Como estamos delante de la puerta que parece ser de emergencia, la que no tiene indicaciones salvo un pequeño teclado, hemos decidido quedarnos aquí, sin movernos, ya que tiene pinta de que la abrirán antes o después para sacarnos a todos. Así seremos los primeros.

—¡Por favor! ¡Mantengan la calma! ¡Voy a intentar desbloquear esta situación tan pronto como me sea posible, pero por favor, déjenme pasar, tengo que comprobar si la salida auxiliar está preparada para ser utilizada! —viene diciendo a gritos un empleado de la tienda.

Yo a este tío lo conozco, es el tipo que vi en la otra parte de la tienda saliendo a fumar. Le pediría tabaco ahora mismo sin dudarlo un instante, pero ni puedo, ni sobre todo debo. No es momento de destrozar tanto esfuerzo.

Su nombre no figura en ninguna chapa identificativa y su uniforme está arrugado y descompuesto, como si se hubiese vestido de manera apresurada porque llegaba tarde o porque ha tenido que quitarse parte del uniforme para hacer algo. Quizás se la haya quitado para cagar, vete a saber.

—Cuando verifique los parámetros de presión, podré accionar el mecanismo —dice como si a alguien le importase una mierda la parte técnica del asunto—. Por favor, tengan paciencia —concluye mientras llega a la parte donde estamos nosotros, mientras mira distraído una tablet corporativa convenientemente decorada con el logo de IDEA.

—¿Vamos a tardar mucho en salir? —le digo—. Llevamos congelado y se nos va a deshacer —le insisto como una ama de casa ansiosa por el futuro de su compra.

—Señor, no se preocupe que podrá coger otras unidades, si lo necesitase, cuando esta puerta se abra…, no es momento de preocuparse por algo así, y ahora, déjeme trabajar por favor. Échese a un lado —me dice.

Haciéndole con las palmas de las manos abiertas un gesto de *'tranquilo muchacho, que era solo una pregunta'* me echo atrás. Ella me hace un gesto de *'deja de hacer el bobo y quédate aquí con nosotros'* a lo que yo respondo bajando la cabeza a la pantalla de mi móvil, y quedándome quieto releyendo el mensaje de nuestros "queridos" gobernantes.

Tras varios minutos de la más absoluta nada, con una tensión en el ambiente terrible y un silencio sepulcral, el empleado cree haber dado con la solución y nos dice que no nos movamos, que tiene que consultar algo con alguien y que enseguida vuelve.

Las caras de extrañeza y nerviosismo por la espera se reparten por toda la estancia a partes iguales.

Cada vez hay más cucarachas y para más inri, el hilo musical que sonaba de fondo durante el recorrido, me acabo de dar cuenta, que hace rato que ha desaparecido, y parece que no, pero acompaña bastante cualquier situación, y esta, más todavía.

Hay algo más que silencio.

La app no dice nada nuevo, el *'beep'* de fondo sigue inundándolo todo y tras unos minutos interminables, oigo de vuelta su voz, mientras discute acaloradamente con alguien que viene con él. Será un superior o algún encargado de zona con poder suficiente para desbloquear la salida mientras llega la Policía.

—Yo no puedo tomar una decisión así —grita entre sollozos y tartamudeos—. Es mi primer día como encargado de esta zona, y sé lo básico para poder hacer mi turno y no tener problemas… pero esto es demasiado, me supera. Conozco el funcionamiento de la puerta a la perfección y como se desbloquea, pero no quiero equivocarme… —dice dejando en el aire un ruego para que la responsabilidad la asuma otra persona.

El grupo de gente que tenemos inmediatamente detrás, está empezando a formar un claro para dejarles pasar, mientras algunos cuchichean y otros parecen estar emocionados de la nueva visita, y cuando por fin veo al empleado y a la persona que lo acompaña no puedo salir de mi puto asombro, ¡es Lupi!

¿En serio? ¿El puto Lupi nos va a sacar de aquí? Me niego… ¡Que venga un encargado!

—Perdona… —le digo al empleado con un tono bastante estúpido dándole la espalda a Lupi—. ¿Nos puedes sacar de aquí o estás improvisando? ¿Hay algún superior por aquí para poder tomar el mando o estás tú solo?…

Lupi me corta.

—Disculpe, señor, no es mi intención ser una molestia. Tampoco soy el encargado ni un superior de este chico, pero estoy aquí para ayudar —me empieza a decir con su vocecita cursilona—. Este modesto empleado ha requerido mi experiencia para tomar una decisión que por sí mismo no puede, y yo amablemente he accedido, nada más…

—¿"Mi experiencia"? ¡JA, JA, JA! ¿Acaso tienes experiencia en emergencias y catástrofes? —le digo mientras le pongo el móvil en la cara para recordarle, por si no lo sabe, que el gobierno dice que estamos ante una catástrofe.

Se echa para atrás y me hace un gesto de desprecio mientras sigue al empleado de camino hacia la puerta.

—¡Perdona!… ¡Perdonaaaaa!… ¡Pasa de mí el gilipollas! —digo lo más alto que puedo.

Me giro buscando la aprobación del pueblo, y este, como era de esperar, calla y mira hacia otro lado. Ella y el niño están en silencio, atónitos, observando la escena con detenimiento y esperando su resolución. Tienen miedo, están cansados y con ganas de salir. Lo entiendo, pero…

Detrás, varias personas empiezan a formar conversaciones

paralelas mostrando su opinión sobre lo que está ocurriendo y por lo que parezco apreciar, hay una amplia mayoría de gente encantada con que Lupi nos saque de aquí, simplemente con su arrojo, su valentía y experiencia dilatada en rescates de masas.

Flipante. Qué horror.

No puedo dejar de repartir miradas rápidas entre dos puntos, no muy alejados entre ellos, pero igual de necesarios: la pantalla del móvil y Lupi con el empleado de IDEA delante de la puerta de emergencia. Tras varios minutos de discusiones, opiniones no pedidas y tensión, mucha tensión, el empleado de IDEA chista en alto al aire a todo el mundo para que su voz se oiga. La gente se queda muda al instante.

—Hay un problema que desconozco en alguna parte del centro comercial y al activarse los sistemas de seguridad tan modernos que tenemos en esta tienda, nos hemos quedado encerrados en esta parte del recorrido, tal y como se habrán quedado otras personas en otras partes, ya que los sistemas de bloqueo por zonas, van, evidentemente, por zonas —repite como un auténtico mamarracho— al menos aquí estamos bien a gusto entre plantitas, ¿verdad? —dice para terminar intentando ser gracioso.

Gracia 0. Aunque algún *'ji, ji, ji'* se oye de fondo. Imbéciles, por desgracia, hay en todas partes.

—Hoy es mi primer día como encargado de esta zona y estoy bastante nervioso, ruego que me comprendan y me disculpen. Para ayudarme, y gracias a la casualidad, mi amigo Lupi, al que todos conoceréis por su dilatada y exitosa carrera como jugador de fútbol, estaba dentro de la tienda, y como él tiene más experiencia que yo y, sobre todo, menos miedo —dice mientras le mira con la admiración con la que solamente puede mirar un auténtico imbécil— he dejado en sus manos la decisión sobre qué hacer.

Alucino.

—Pero… en serio… —me dice ella al oído—. A ver, que a mí mientras me saquen de aquí perfecto… Pero me parece tan…

—A ver, según la app, debemos estarnos quietos y esperar a que venga el séptimo de caballería —ahora soy yo el que intenta ir de gracioso, vaya pandillita—. No veo por qué debemos hacer caso a este tío, que aparte de que solo es famoso porque era jugador de fútbol, no tiene conocimiento alguno sobre rescates…, ¿no? —concluyo dirigiéndome hacia el público que está tras de mí.

Nadie parece decir nada. Ni para aprobar ni para suspender.

—Disculpe señor. He vivido situaciones en mi vida, que, sin ser catástrofes, han llevado incluida una dosis de estrés y de necesidad de reacción rápida para asumir responsabilidades muy importante, por lo tanto, creo estar capacitado para poder tomar decisiones —comienza

diciendo Lupi—. No entiendo de catástrofes, efectivamente, pero por lo que me cuenta este empleado de la tienda, todo se debe a la estricta seguridad de las instalaciones, que “salta” a la mínima, aunque el suceso no tenga que ver con el propio centro comercial —prosigue.

—¿Y…? —digo de muy mala ostia intentando encontrar sentido a la situación y sus palabras—. Las alertas del Gobierno no son por un problema de *‘saltar a la mínima’*, son por algo más importante…

—¿Y? Y nada…, señor… —me dice condescendiente—. Tengo muchos contactos relevantes, como podrá imaginar, en mi vida, y ninguno me dice nada que no corrobore lo que estoy diciendo, ni por WhatsApp ni por alguna llamada recibida. Entiendo que tendré muy poca cobertura, como todos vosotros —dice girándose para hacer llegar su mensaje a más gente, arrastrando la frase para darse importancia y asegurar el aplauso facilón— pero con todos mis contactos callados, por poca cobertura que tenga, alguno me habría contactado para decirme algo y preocuparse por mí si pasase algo, digamos, a nivel nacional, y no ha sido así.

Veo a mucha gente asentir contenta.

—Por lo tanto —continúa— considero que debemos abrir la puerta con el código de apertura definitivo que tiene el empleado, y salir ordenadamente.

—¿Pero tu móvil no está bloqueado por la app del Gobierno? ¿A ti no te la han instalado sin permiso? ¿Puedes acceder a WhatsApp o hacer llamadas? —digo nervioso intentando encontrar respuestas a tanto postureo pseudo famoso.

La gente comienza a dar vítores y algún gilipollas hasta aplaude, como cuando cogen un avión para cuarenta y cinco minutos de viaje y celebran el aterrizaje.

El caso es que nadie me oye intentar razonar con este idiota.

—¿La app no dice…? —digo mientras la vuelvo a consultar.

—La app será genérica y dará el mismo mensaje cada vez que pasa algo, no creo que tenga la capacidad de saber distinguir que pasa y donde… —dice hinchado cómo un pavo ante el apoyo espontáneo de la gente—. La Policía está saturada de trabajo, no creo que vayan a estar viniendo aquí para algo así…

¿Quién ha decidido que lo que pasa es, *‘algo así’*?

—¡Cállate ya maleducado! —me dice algún bobo de fondo—. ¡Es Lupi! ¿No sabrá más él que tú? ¡Que es famoso!

Dejándome con la palabra en la boca cuando le iba a contestar, Lupi se gira y me da la espalda e ignorando al idiota que me ha mandado callar, decido dejar de insistir, mientras la figurita del balón se dirige a la puerta con el empleado lameculos a su lado. Parece que van a ejecutar su plan. Recupero mi atención en ella y veo que está llorando, muy tenuemente, en silencio, pero llora. El niño tiene cara

de cansado, como cuando está esperando a llegar al coche, allá donde esté aparcado, porque con el 'tran tran' del movimiento, sabe que va a dormir plácidamente unos minutos. Pero está triste, se le nota.

No sé qué hacer. El móvil no dice nada, el mensaje permanece. Cada vez hay más cucarachas por todas partes y los '*beep'* que acompañan la escena no cesan.

Lupi y el empleado están delante de la pantalla y hablan algo en bajito para que nadie los oiga mientras consultan la tablet. Estarán mirando el código de desbloqueo para introducirlo.

Sigo sin saber qué hacer. El móvil insiste en no decir nada nuevo, el mensaje continúa firme en la pantalla, y joder, cada vez hay más cucarachas por todas partes.

Veo a Lupi tomar las riendas y elevar su mano hacia la pantalla de la pared. Estamos a punto de salir. Miro la pantalla del móvil. Miro a Lupi. La miro a ella, lo miro a él.

Los quiero tanto…

Las albóndigas se me están descongelando. El *'cras, cras, cras'* de los centenares de cucarachas invadiendo IDEA ya supera al aviso de la app del móvil.

Oigo el tenue silbido que emiten los primeros números que Lupi comienza a marcar en la pantalla y el *'beep'* de la app del móvil sube súbitamente de volumen. Es ensordecedor oír tantos móviles a la vez emitir un sonido tan estridente subiendo de volumen a la vez.

La miro a ella, lo miro a él. Sus caras son de pánico absoluto. Decidimos fundirnos en un abrazo único, eterno.

El sonido del *'beep'* es ensordecedor, y finalmente, la pantalla del móvil parpadea en un constante carrusel de colores, con un único mensaje fijo en mitad de la pantalla, mientras Lupi pulsa los últimos números del código.

'PELIGRO MORTAL, ATAQUE NUCLEAR'

La miro a ella, lo miro a él, miro a Lupi, la puerta se abre bruscamente. Las lágrimas invaden mi cara y un súbito acelerón del corazón me revienta por dentro mientras una sensación desconocida, mezcla de calor, ardor y un olor insoportable, invaden en milésimas de segundos todo el centro comercial.

—¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO! —acierto a gritar con un alarido nervioso e histérico que no vale para absolutamente nada.

Lo siento muchísimo… de corazón… lo siento muchísimo…

Nos vemos en el otro lado…

Te quiero Alba.

Te quiero Dani.

16

Los números siguen pasando y los de ellas, están cada vez más cerca. Y el mío, claro. Esto se acaba, y no puedo evitar estar nervioso, aunque sea tontería, porque en verdad, ¿qué es lo peor que me podría pasar?, ¿morirme? Ya lo estoy, y la idea de que me puedan mandar al infierno la veo descabellada, ya que, aunque no he sido el mejor ser humano sobre la faz de la tierra, tampoco creo que haya sido tan mala persona como para que no me dejen pasar, así que en ese aspecto, estoy tranquilo. Ya veremos…

'Din' —*'31.120, pase por favor'*

Tampoco tengo la más mínima duda de que ella estará arriba, y no abajo. La pequeña también, seguro. Lo único que ahora mismo me preocupa es volver a verlas dentro del cielo una vez nos hayan admitido, porque si nos dispersamos o nos "sueltan" en zonas diferentes, y no nos volvemos a ver nunca más, me daría bastante pena. Los nervios actuales vienen, sobre todo, en ese sentido. La niña es una maravilla, la adoro. Y ella… es el amor de mi vida después de la muerte. Difícil de explicar.

—Qué, ¿cómo os habéis quedado…? —las pregunto desde el convencimiento de que ahora sí, mi historia, las pone de mi lado.

Sé que desde que aparecí aquí, hasta ahora, su voz ha estado presente. No sé si porque en este tránsito, desde la muerte hasta el juicio final, todo es así de, digamos, mágico, o si es que de verdad anda por aquí y me lo voy a tener que cruzar de por vida. También sería mala suerte que las pierda de vista a ellas, y a él, no.

—A ver… llevar, llevas razón…, ¿no? —dice Daniela, con cara de creer estar pensando lo que es correcto pensar, sobre todo lo que las he contado.

—Pero bueno, llevas razón en la parte que a ti te afecta, porque él, estaba también en IDEA —comienza a razonar Clara—. Lo que quizás podrías reprochar al tal Lupi, es que, si no hubiese ayudado a forzar a abrir la puerta y hubiese pasado el tiempo, quizás la seguridad espartana de ese sitio os habría ayudado hasta el punto de hacer que os salvaseis, y fueseis los únicos supervivientes del planeta, pero nada más, ¿no?

—Eso, eso… yo estaría muerta igual —dice Daniela.

—Y yo… —dice Clara entre risas.

El caso es que llevan algo de razón, y creer que ellas podrían estar muertas y yo vivo por estar en sitios diferentes me apena bastante, pero también es verdad que tampoco habría sabido nunca de

su existencia. No sabemos de dónde ha venido este fin del mundo tan agresivo que parece no haber dejado títere con cabeza, sin embargo, en mi caso, al menos mi familia y yo podríamos estar ahora mismo reconstruyendo el mundo, si cierto personaje no hubiese…

'Din' —*'31.286, pase por favor'*

—Que poco me queda… —dice mientras juega nerviosamente entrelazando sus dedos con los de Daniela.

—Si eh… Ya nos contarás —la digo intentando hacer un chiste, aun a sabiendas de que la experiencia de cada uno será única, porque nadie puede volver atrás para contar que tipo de partido se juega ahí dentro.

Yo sigo oyendo su voz, y cada vez más cerca. Me estiro como un avestruz para intentar ver algo por encima de las cabezas de las interminables filas de cuerpos blancos, que, pacientemente, aguardan en busca de su destino final, y por fin, conseguir encontrarle.

No lo veo, pero sí lo oigo. Seré yo…

—A mí, sobre todo, aparte de que nos ha privado de una oportunidad de oro, lo que más me molesta, es que hasta el último suspiro de vida de la raza humana la gente ha seguido confiando en otras personas porque sí, aunque esa persona no tuviese los conocimientos adecuados para la acción que estaba desempeñando, incluso sin que tuviese puta idea de que hacer en una situación que le era totalmente desconocida —expongo con vehemencia—. El simple hecho de ser famoso, más o menos, ahí no entro, te habilita para que una masa importante de gente confíe en ti ciegamente y te dote del poder absoluto. Simplemente por la fama. Me gustaría ver en esa misma situación a alguien mucho menos famoso todavía, ¿le habrían dado las llaves de su destino? Yo creo que sí… porque *'oye, es famoso, ¿no?'*.

—Joder, que se pone a filosurfear el pirado, ja, ja, ja —dice Daniela pitorreándose de mí.

—Se dice filosofear listilla, no filosur… o como coño hayas dicho, ¡ja, ja, ja! —la corrijo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué más da como se diga! ¡Ja, ja, ja! —contesta divertida la pequeña.

Miro a Clara, y ella también se parte de la risa. Son preciosas las dos.

—No sé… es complicado… Quizás hubiesen seguido a cualquiera, hubiese sido famoso o no… —dice de repente pensativa Clara—. La gente, en el fondo, necesita que le digan lo que tiene que hacer en cada momento de su vida, desde que se levantan hasta que se acuestan, y la app que dices que teníais todos en el móvil no te decía nada más que debías estarte quieto, y eso a la gente, no le gusta…

—Sí, puede ser… —afirmo.

—Cualquiera que hubiese tomado las riendas habría sido aplaudido… —sigue—. Solo que fue él, y a ti te cae mal, nada más.

—Es que es insoportable…

—Y, por cierto —dice entre risas— se dice filosofar, no filosofear… ¡Ja, ja, ja!

Se mean… Joder, que dos viborillas.

'Din' —*'31.491, pase por favor'*

Cada vez estamos más cerca de la puerta y los guardianes del cielo que la custodian no dejan de mirarnos porque creo que estamos hablando en voz demasiado alta para estos ambientes. Encima, estas dos no dejan de partirse de la risa, y eso se oye mucho. Para limar posibles asperezas, les hago un gesto con la mano similar al que haría un parroquiano de pueblo al entrar a su bar habitual y dar los buenos días. Uno ni me ve, y el otro arquea las cejas preguntándose si quiero algo o si le conozco de otra vida.

Al fondo, se oye movimiento, nos giramos, y un grupo de guardianes se aproxima hacia la puerta pidiendo a todo el mundo que se aparte para dejarles pasar. Al parecer, van cargados, arrastrando una especie de carro, blanco, de nubes, como no. ¿Aquí todo es blanco y de nubes? Qué agobio también toda la eternidad así, ¿no? Algún colorcito, algo…

Hacemos como los demás y nos echamos un poco hacia atrás para facilitar su marcha y al pasar por nuestro lado intento asomarme un poco al carro que transportan, poniéndome de puntillas. Está lleno de objetos de todo tipo: zapatos, relojes, juguetes, etc. Soy demasiado curioso y ansioso para ver pasar ante mí algo así y decido preguntar.

—Perdona —le digo al último guardián que pasa por mi lado dándole un leve toque en el hombro. ¿Qué lleváis ahí? —así, sin filtros.

No me mira muy bien, pero tampoco muy mal. Me observa con detenimiento mientras se sorprende con cómo puede ser alguien tan cotilla. Sí, ese soy yo, ahora mismo me arde, lo siento mucho.

—Disculpa que sea tan cotilla, pero me sorprende. Desde que estamos aquí son las primeras cosas que veo por aquí, digamos, físicas, aparte de nosotros, claro —parezco tonto, lo sé— y me deja totalmente descolocado… —le digo intentando sonar amable.

—No se preocupe, señor —me contesta con mucha educación —. Estamos aquí para ayudarles a todos y si usted necesita una respuesta, yo se la puedo dar. Estamos eliminando cualquier objeto material que haya llegado hasta aquí, ya que tanto arriba, como abajo, no será necesario para nadie —concluye.

—Oh, gracias… —le digo avergonzado—. ¿Y cómo puede llegar un objeto hasta aquí? Qué raro, ¿no? —vuelvo a preguntar.

—No lo sabemos ni nosotros, y eso que ayudamos aquí… —me

dice abriendo los brazos.

—Ok, gracias eh… —le digo mientras le guiño el ojo en plan guay.

—Sí, ya… no se preocupe…

'Din' —*'31.702, pase por favor'*

—Quizás… no sé… pero a lo mejor… —la oigo decir muy bajito.

—Que pasa pequeña, que te ocurre —la digo agachándome para tenerla carita a cara.

—No, nada… tan solo decía que quizás esté ahí mi peluche… Tenía uno en la mano antes de… ya sabes… —dice tristona—. Me gustaría haberlo tenido aquí y poder conservarlo para siempre…

Joder, me mata de la penita. Pero claro, si aquí no se pueden tener objetos materiales, mal asunto.

—Bueno, no te preocupes pequeñína, seguro que ahí dentro hay millones de ellos para las renacuajas como tú… —la digo mientras la hago una carantoña en el moflete.

—¿Tú crees? —dice recuperando momentáneamente la alegría.

—Seguro, ya verás…

Ni puta idea tengo. Me estoy tirando un triple a la nada.

De repente me vienen sus padres a la cabeza. Hemos estado tan entretenidos hablando de Lupi y el IDEA, que no hemos intentado buscarlos. Que sitio más raro, es como si el cerebro y todos sus pensamientos, no fuesen los que tú vas eligiendo y sí los que tu cabeza te va guiando. Lo normal habría sido buscarlos, pero los hemos olvidado y tan solo me acuerdo de ellos cuando la tengo que consolar. Raro eh…

'Din' —*'31.767, pase por favor'*

Su voz no se va. Los números no paran. Nuestros rostros se tensan y nuestras manos se entrelazan, ahora, formando un pequeño círculo entre los tres.

—Bueno, espero no haberos hecho la espera un coñazo…

—Que dices loco, ¡si nos hemos reído un montón! —dice Daniela.

—Sí, la verdad —asiente ella—. Eres un raro y un borde en verdad, pero eres encantador —me dice ella ruborizándose lo justo para hacerme ver que ella también ha conectado, en cierto modo, conmigo.

Insisto, una pena conocernos en estas circunstancias.

'Din' —*'31.992, pase por favor'*

Sin darnos cuenta estamos muy cerca los tres, muy juntos. Estamos nerviosos, supongo. Por azar, por casualidad o por vete a saber qué, nos hemos elegido como compañeros de viaje para esta nueva aventura, eterna, etérea. No les he dejado contarme cosas de

sus vidas, espero que me las puedan contar después. Me he cebado tanto con mi odio hacia Lupi, que no he dejado a nadie más expulsar su mierda y combatir sus demonios.

Aunque quizás no tengan, que también puede ser.

'Din' —*'32.023, pase por favor'*

La verdad es que si en lugar de él, hubiese sido algún jugador del Barça, seguramente yo hubiese aplaudido a rabiar y le hubiese seguido hasta el infinito y más allá, aunque la noche anterior hubiese querido matarlos, por mantas.

Será eso, que mi reacción a todo esto ha sido así porque era un antiguo jugador del Madrid.

Será eso…

'Din' —*'32.333, pase por favor'*

¡Ostias! La toca…

—Pues ya está, me toca… —dice con cara sonriente, pero con ojos de pena— adiós…, os veo al otro lado… —dice mientras nos saluda levemente con la mano y una lágrima pequeñita recorre su cara.

No se mueve por sí misma. Como si flotase, se va alejando de nosotros por encima de las nubes. No mola nada separarnos así. Es curioso cómo tras unas pocas horas de conversación y en un ambiente tan deprimente como este puedes llegar a empastar de esta manera con alguien. Además, me estoy empezando a sentir algo avergonzado porque según se aleja me doy cuenta de que estoy totalmente hipnotizado mirándola el culo. Qué chica, lo tiene todo.

Tras unos pocos metros recorridos, su voz inunda todo el cielo y mi mirada cambia de sitio a la velocidad del rayo mientras un dolor indescriptible se apodera de mi pecho.

—¡Mamáááááá! ¡No te vayaaaas! —dice Daniela entre sollozos intentando salir detrás de ella corriendo sin poder hacerlo, porque, en verdad, no se está moviendo del sitio.

—¡Tranquilo hijo, dentro nos vemos! ¡Te quiero mi chiquitín! —dice entre lágrimas mientras le tira un beso con la mano y desaparece entre las puertas nube.

—¡Mamáááááá!

¿Mamá? ¿Hijo? ¿Qué cojones…?

17

Nadie me avisó de nada. Es más, se me quiso transmitir que como habíamos muerto todos, aquí, nada de esto pasaba y algo así jamás ocurriría. Pero aquí estoy, tirado en el suelo, con medio cuerpo sobre el regazo de un tipo que parece ser un guardián, con gente que no conozco de nada, muerta, en pijama, rodeándonos, cotilleando, husmeando la desgracia ajena, y con la pobre Daniela llorando por el momento de estrés que le está tocando vivir.

Veo borroso y no termino de distinguir bien nada de lo que tengo alrededor, pero sé que ella, está delante de mí, preocupada, mientras me da toquecitos en las piernas queriendo decirme *'venga, espabila, ¡vamos!'*

—Papá…, ¿estás bien? —me pregunta.

Papá, dice…

¿PAPÁ?

18

Abro los ojos y nada de lo que veo me resulta familiar. Bueno, hay algo que sí, las nubes, que parece que van a perseguirme de por vida. A mi favor debo reconocer que, al menos, las filas interminables de muertos a la espera de su destino final no están. Eso que me quito. Parece que me han trasladado a una zona apartada. Dos veces me he "caído redondo", qué manera de dar el cante hasta el final…

—¿Se encuentra bien, señor? —me dice una voz profunda y penetrante.

—Ehhh… sí… bueno…

—Túmbese otra vez si lo necesita, no es necesario que se incorpore si su cuerpo no se lo pide… —me dice la misma voz.

—¿Dónde… dónde está? —pregunto intentando centrar la vista en algo.

Me han traído a una especie de reservado para que me recupere de mis dos mareos consecutivos. Se suponía, que en el cielo no se podía uno desvanecer de esta manera, porque algo que está muerto no puede desmayarse.

A mí me ha pasado. Es raro de cojones.

—Señor, tiene que mantener la calma —empieza a hablarme otra vez la voz profunda—. Ha sufrido dos desvanecimientos seguidos, seguramente, provocados por el cambio que se ha producido en su alma desde su llegada aquí, hasta el momento exacto en el que, por fin, se ha dado cuenta de lo que ocurre, y de cuál es su destino…

—Ya sabía que estaba muerto y que… —intento replicar.

—No, papá, no se refieren a eso…

Otra vez, ¿papá?

—Pero… —digo vagamente.

—Papá, no me jorobes, ¿vas a volver a desmayarte? —me dice levantando la voz.

—Déjalo tranquilo Dani, tiene que asimilar. Si nos lo permites, nosotros le explicaremos qué le pasa con nitidez —interrumpe otro guardián distinto que permanecía ausente observando la escena.

—Que me expliquen qué… ¿Qué pasa?…

—Señor, usted está tan muerto como todos los demás que ha visto por aquí desde que llegó, tan muerto, como nosotros mismos. Sus desvanecimientos se producen porque en determinados casos, como es el suyo, no hay una seguridad real, al cien por cien, de estar plenamente tranquilo, conforme y en paz con uno mismo, y muchas veces, el tiempo que transcurre desde que cogen número hasta que

pasan a la sala del juicio, no es suficiente para estar en paz y asumir totalmente la importancia de lo que ocurre —me dice.

—Pero… entonces… —insisto.

—Usted llegó aquí totalmente taponado con un sentimiento, tan potente y enérgico, que le ha impedido vivir la realidad tal y como es, haciendo que todo el proceso intermedio, hasta su juicio, haya tenido que ser así, mediante el descubrimiento de la verdad, de la única verdad —explica—. Y su verdad, es que usted tiene una mujer y un hijo a los que quiere y adora con locura, y que juntos, forman una familia adorable. Al llegar aquí, con sus vías de sanación interior tan atrofiadas por el odio tan profundo que le tiene al ser al que usted culpa de su muerte, su alma, ha sido incapaz de llegar serena y sosegada al juicio, teniendo que descubrir, a toda prisa, los pilares básicos que componían su vida y su felicidad…

—Y… ¿Dani?… —le digo mirándolo fijamente.

—¡Mamarracho…! qué susto me has dado… —me dice tirándose contra mí para abrazarme—. Estás como un cencerro, ¿eh?

—Como podemos observar, parece haber asumido ya cuál era el motivo por el cual usted adoraba su vida: su familia —dice el guardián—. Otro problema, que le impidió sanar su alma con la claridad suficiente, es su profundo anti madridismo —comenta el guardián, otra vez, de la voz profunda—. Usted comenzó el día cabreado con los jugadores de su equipo favorito, a los que debería amar y apoyar, pero lejos de eso, amaneció cabreado y estresado con ellos, que unido a su pequeño incidente con Lupi en IDEA, le ha impedido, digamos, fluir junto a sus sentimientos y emociones con la normalidad debida…

—Sí, vale, de acuerdo… Ahí os doy la razón… Pero… mi hijo era una niña… —contesto.

—No, siempre ha sido su hijo, un niño fantástico que se ha portado de maravilla esperando y aceptando su destino. Verlo como una niña, solo formaba parte de la idea inventada que su cerebro muerto ha construido para proyectarlo a su realidad aquí, y digamos, “sobrevivir” —me dice mientras hace el símbolo de las comillas con ambas manos.

Flipo.

—¿Y ella? Se fue… y yo… —insisto en preguntar.

—No se preocupe, es fuerte y lista, la encontrará en el cielo junto a su hijo tras su juicio…

—Papá, has estado llamándome Daniela mucho tiempo… —me dice de repente—. Eres tonto eh… Como vuelvas a…

—Perdona hijo…

—Y a mamá Clara… ¡Alba, se llama Alba! —me dice entre risas.

'Din' —*'33.789, pase por favor'*

—Te va a tocar en breve enano… —le digo sonriéndole.

—Nos alegramos de que se encuentre mejor, señor —dice uno de los guardianes—. Si usted lo ve preciso, podemos devolverle a su sitio en las filas para poder esperar tranquilo a que le llamen. Si no, y prefiere seguir aquí un rato más, hasta que le llamen, puede hacerlo, por nosotros no hay problema.

'Din' —*'33.910, pase por favor'*

—Pues… la verdad… —titubeo—. Tengo una pregunta que no deja de rondarme la cabeza, ¿por qué ellos dicen que no estaban en IDEA? Tú, Dani, me dijiste que estabas en el suelo jugando con tus muñecos, y mamá…

—Eso es cosa de sus proyecciones, no de la suya —comienzan a explicar—.

—¿Proyecciones? —digo con tono de *'pero que me estás contando'*.

—Sí, señor, proyecciones. Cuando una persona muere y viene aquí, el tiempo que pasa hasta el juicio, lo hace desde una proyección de la versión de uno mismo que más le gusta a cada uno, y eso incluye elegir un último momento vivido antes de fallecer, para llegar al final del camino feliz y en paz, en una situación imaginaria que te haga estar pleno completamente. Puede ser el momento real que estaban viviendo cuando murieron —si este era feliz, claro— o, elegir otro anterior donde se sientan cómodos. Muy parecido a lo que hemos explicado antes —dice con un pelín de pedantería.

—Entonces…

—A ver, es fácil, señor —interrumpe otro de los guardianes—. Si usted muere en un accidente de coche, por ponerle un ejemplo, no creo que usted quiera proyectar ese último recuerdo durante el tiempo de espera. Lo normal, y a casi todo el mundo le pasa, es proyectar una situación anterior al momento de la muerte, donde nos encontrábamos a gusto, felices y relajados. El pequeño Daniel escogió un momento donde estaba jugando tranquilo en el suelo de su habitación con sus muñecos, y su mujer, Alba, uno donde estaba durmiendo plácidamente una reponedora siesta. Usted, sin embargo, ha llegado aquí con una proyección que no dejaba fluir ningún sentimiento bueno porque tenía que ver con el motivo de su fallecimiento: el fin del mundo, sí, pero dándole un sentido de odio hacia otra persona.

—Ok… ok…

Estoy alucinando en colores, pero me encuentro muchísimo mejor. No comparándome con el momento antes de darme el desmayo, sino en general, desde que llegue aquí. Me siento tan bien, que tengo la sensación de ser superligero y liviano. Estoy feliz, estoy en paz, estoy con él, y además, ella me está esperando. Ahora

entiendo tantas cosas…

'Din' —*'34.809, pase por favor'*

—Papá, en breve me toca… —me dice con carilla triste.

—No te preocupes campeón —le tranquilizo—. En un ratito me toca a mí también, y pasamos los tres juntos a la eternidad. Sin separarnos, sin locuras ni paridas raras. Muertos, pero juntos y en paz —le digo haciéndole una tierna caricia en la cara.

—Por favor, no la líes… —me dice poniendo las manitas juntas a modo de súplica—. En este rato, hasta que te toque, pórtate bien, quieto y callado, sin liarla. Por favor…

—Vale, te lo prometo… —le digo.

—No, te lo prometo, no, júramelo… —contesta.

—Es lo mismo… —contesto.

—No…

—Si…

—Que no.

—Que sí.

—Que no.

—Que sí.

—Que…

—Vale, vale, ¡ja, ja, ja! —le digo entre risas mientras nos abrazamos—. Tranquilo que me voy a quedar quieto, como si estuviese muerto —le digo mientras le suelto y le guiño un ojo.

—¡Ja, ja, ja! —se ríe.

'Din' —*'34.960, pase por favor'*

Le toca.

—Haya voy papá… Hasta ahora… —me dice con la voz temblorosa mientras se aleja flotando por encima de las nubes.

—Hasta ahora chiquitín —le digo sonriente—. Y tranquilo, que no pasa nada… —le insisto tirándole un beso imaginario volador, el cual, hace el gesto de coger y pegárselo en la cara.

19

¡Me cago en la leche, me he quedado solo! Sabía que este momento llegaría porque para eso estábamos esperando, ¿no?, para que los números pasasen y nos tocara entrar a cada uno de nosotros. Pero claro, una cosa es que esperes llegar algo y te habitúes a ello mientras piensas en cómo será, y otra muy diferente es, cuando llega ese algo y el miedo escénico te hace explotar la cabeza porque descubres que, en realidad, no has aprovechado el tiempo para prepararte, y lo has perdido, digamos, ¿moneando?

'Din' —*'35.000, pase por favor'*

No dejo de oír su voz, pero después de hablar con esos guardianes tan amables y comprensivos, que me han abierto los ojos tantísimo, y tras la revelación de que todo lo que he vivido desde que he llegado ha tenido algo de imaginación por mi parte, su voz, entiendo que puede ser cosa totalmente mía.

Además, los guardianes me han dejado totalmente solo y abandonado, tirado como una colilla, aprovechando que no tengo a Alba y Dani a mi lado y al no haber vuelto a perder el conocimiento. En verdad, ya soy plenamente consciente de lo que sucedió para que hayamos llegado hasta aquí y de lo que hemos vivido en la sala de espera gigante donde hacíamos fila. En unos instantes, sabré que es lo que pasará después, y que, desgraciadamente, será para toda la eternidad.

Sorprendentemente, no estoy nervioso.

Esa monada de niña que proyectaba mi cabeza, era mi hijo. Esa monada de mujer que tuve delante de mí, durante tanto rato, escuchando mis paridas, y de la que creía enamorarme a bastante velocidad, era mi esposa. Lo tenía todo hecho de serie, ¿qué más necesito?

'Din' —*'35.020, pase por favor'*

En realidad, tengo ganas de que me toque ya para poder estar con ellos, y también, para hacer unas cuantas preguntas que tengo pendientes, porque tengo la sensación de que los guardianes no lo saben todo, y joder, al fin y al cabo, es mi juicio final, ¿no? Tendré todo el derecho del mundo a decir lo que quiera y a obtener las respuestas que considere necesarias.

'Din' —*'35.072, pase por favor'*

Sobre todo, me interesa saber si ha quedado alguien vivo, si hay vida inteligente en otros planetas, por qué siempre que algo puede salir mal, sale mal, y por qué el fútbol es un deporte donde juegan

once contra once y siempre gana el mismo, el Madrid. Qué horror ser anti madridista. Eso sí que es un castigo para toda la eternidad. Un honor, un sentimiento, una forma de vida, sí, lo que tú quieras, pero un castigo excesivo si amas el deporte de la pelotita de los cojones.

'Din' —*'35.149, pase por favor'*

Su voz, su voz, su voz, su voz, su voz, su voz… no me la quito de la cabeza…

Le oigo cerca…

Sé que está por aquí…

Sé que le voy a tener delante de mí en breve…

Sé que…

'Din' —*'35.236, pase por favor'*

No quiero montar ningún puñetero espectáculo que me pueda perjudicar ahí dentro. No quiero cagarla y, sobre todo, se lo he prometido a él. No me lo perdonaría nunca, y aquí, además, no hay vuelta atrás que valga. Sé que he sido un tío normal y corriente, anodino, aburrido incluso. Nunca me he metido con nadie, y, pocas veces, alguien se ha metido conmigo. He pasado bastante desapercibido por la vida, salvo por el hecho de que he podido formar mi propia familia. He sido, o eso creo, un gran padre y un mejor esposo, amigo y amante. He tenido un trabajo más o menos estable y unos gustos e inquietudes normales y corrientes, sin estridencias. Nunca me he peleado con nadie, no he robado, he bebido con moderación, no me he drogado, nunca he ido por encima de la velocidad permitida en una carretera o he intentado colarme en la cola de la pollería del supermercado…

'Din' —*'35.352, pase por favor'*

Pero él…

Su putísima voz…

Le tengo superatravesado…

Ahora que por fin proyecto la totalidad de mi vida en cuerpo y alma con la realidad, para saber quién fui, quién soy y quién seré, no soy capaz de quitarme de la cabeza que, por su culpa, quizás, podríamos estar los tres vivos.

'Din' —*'35.491, pase por favor'*

Porque, si la voz que oigo —que sé perfectamente que es la suya— no está en mi cabeza, y es verdad que está resonando en los alrededores de la puerta, solo puede significar una sola cosa: que está por aquí. Pero, ¿dentro o fuera? Si es por fuera, entiendo que entrará detrás de mí, pero si es por dentro, no me jodas, ¡se queda en el puto cielo!

'Din' —*'35.501, pase por favor'*

El cielo es algo enorme. Hasta donde alcanza mi vista, prácticamente infinito. Espero que así sea una vez dentro, y al menos,

no volver a verlo nunca más…

'Din' —*'35.522, pase por favor'*

Me toca.

Vamos…

20

—Número 35.522, señor Damián García del Espino. Natural de Madrid, España, 43 años, tiene una familia completa formada por mujer e hijo, ambos, disfrutando ya del descanso eterno.

Joder, les falta que lean mis cargos.

—Fumador durante mucho tiempo, en el momento del incidente que le ha traído hasta aquí, llevaba varios años sin tocarlo. Bebedor ocasional y consumidor de drogas blandas en su juventud. No tiene antecedentes penales ni deudas.

Vale, sí, bueno, algo se consumió…

Mientras van presentándome a quienquiera que sea que me están presentando, noto que no estoy quieto, y que sobre nubes más blancas que las anteriores, estoy recorriendo una especie de pasillo en forma de cilindro mientras jirones de nube sueltos por el aire, me impiden la visión de lo que pueda estar ocurriendo al final de este túnel de las alturas. Me siento como el concursante de un *'reality'* cuando le presentan en su primer día, llegando al concurso, y tras una breve descripción, atraviesa una puerta, el humo desaparece, y la audiencia por fin le pone cara a una sombra, la cual solo tenía nombre de pila y edad orientativa.

—Bienvenido al cielo, Señor del Espino …

—Emmm… Hola… ¿Qué tal?…

—Bien, gracias, ¿y usted? —me dice un señor con túnica blanca, barba blanca y una pequeña vara como la de un mago de una película de dragones y princesas, al que veo a duras penas.

—Yo, bien… bueno… muerto, ya sabe…

—Lo sé, como todos, no se preocupe ahora por eso…, me temo, que ya es tarde, ¿verdad?

Al fin, se me termina aclarando la vista por la huida de las nubes que me la impedían, y ante mí, tengo una enorme escalinata —también de nubes, como no— que conduce a una especie de trono de oro, brillantísimo, casi cegador, desde donde este señor me habla. A sus lados hay dos guardianes y…

En serio, flipo…

—Vale, lo admito, sé que esto no es lo que esperaba encontrar aquí, según me han comentado, y más, viendo el estado en el que usted llega aquí —comienza a decirme— pero debo reconocer que todo ha sido bastante precipitado, y él, pasaba por aquí. Su experiencia, su saber estar y su modélico comportamiento en la espera, ayudando a todo aquel que lo necesitaba, lo convirtió en el

candidato perfecto —me cuenta—. Fue una rápida decisión la de tenerle a mi lado como guardián, sí, pero creo haber acertado…

—Pero no puede ser… —intento replicar— a ver… que sí, claro que puede ser, quién soy yo para… sin embargo… ¿Él?, ¿un guardián?…

—Sí, bueno, insisto en reconocer que ha sido algo precipitado. No obstante, uno de mis guardianes de confianza ha pedido esta misma mañana el traslado a otra zona de la eternidad más tranquila, donde no hay que estar presente en la decisión más importante de la vida de la gente, Lupi pasaba por aquí, y yo, necesitaba un guardián nuevo… Además, ¿sabe usted que jugó en el Real Madrid? —me dice con la cara iluminada de alegría.

—¿Usted no debería ser totalmente imparcial en esas cosas? —digo intentando comenzar una discusión que tengo perdida desde el minuto uno.

—Muy bien señor, sigamos, que tengo mucha gente más ahí fuera esperando y no tenemos todo el día… —me corta sin replicar.

Ha pasado totalmente de mí y encima, el otro capullo, está ahí, tieso, disfrutando, una vez más, de su momento de fama rancia arrastrada. Tengo que calmarme y no decir alguna bordería ni entrar al trapo, porque me la estoy jugando y se lo he prometido al niño.

—Veamos, usted, ¿dónde quiere pasar el resto de su eternidad? —me pregunta mirándome fijamente.

—Aquí, aquí… —respondo—. En el cielo, ¿no?…

—¿Me lo pregunta acaso? —me dice con cierto tono de cabreo — ¿Tiene dudas?

—No, no… Me refiero, a que si esto es el cielo… pues… aquí… —explico.

—Parece que su vida ha sido bastante normal, feliz y ordenada. En general, y con un alto porcentaje a su favor, se ha dedicado a hacer más bien que mal, así que por mi parte no veo motivo alguno para no concederle el acceso al descanso eterno en el cielo y poder pasar el resto de su vida junto con su familia, que seguro que están ansiosos de volver a verle con ellos.

—Eso espero, sí…

—¿En algún momento tuvo la tentación de escoger el ticket de la máquina de la izquierda? —me pregunta por sorpresa.

—No, a ver… no… Para nada… —respondo—. Es verdad que da cierto morbillo pensar que habrá ahí abajo, pero poco más… Lo que sí —añado sin venir a cuento— es que, si llego a saber que él iba a estar aquí, y encima, con “carguito”… A lo mejor… —digo sonriente intentando hacer una broma, causar gracia y salir airoso.

—¿Carguito? —me contesta sorprendido—. No considero que sea darle un “carguito” a alguien, querer tener cerca a personas que

ayudan a otras de manera desinteresada…

—No, claro… Pero…

—Ni pero, ni nada, llegar hasta aquí y tener un problema de compatibilidad, de envidia, o de lo que sea que tiene usted con Lupi, es difícil de gestionar si tenemos en cuenta el tiempo que vamos a pasar todos aquí juntos —me dice cambiando totalmente su gesto a uno más serio todavía— más, cuando esa falta de conexión es con un guardián…

—Por mí no hay problema alguno, señor… —dice Lupi—. No conozco a esta persona de nad…

Un leve gesto con la mano que sujeta la vara es suficiente para que Lupi deje de hablar.

—Es su final, su juicio, no el tuyo, por favor mantente al margen…

Ahora sí que se ha cabreado de verdad.

Lupi agacha la cabeza, se recompone y vuelve a poner cara de portero de discoteca flipado que está concentradísimo con su trabajo.

—Quizás debería usted, si tanto problema le supone compartir la eternidad con mi guardián personal, bajar un tiempecito al infierno para que se le quite la idea en la cabeza de que aquí, se puede estar teniendo odio acumulado hacia alguien… —me dice—. Aquí se viene con la mente limpia, el corazón sanado, y dispuesto a perdonar, ser perdonado y descansar eternamente con el alma totalmente limpia, y está claro que usted no la tiene.

—Pues quizás… —respondo con cierto aire de chulería mientras arqueo las cejas desafiante.

Mi vida ha sido más o menos limpia, bueno no, ¡qué cojones, limpísima! No puede quedar empequeñecida porque un puñetero exjugador del Madrid quiera ir por la vida siendo el protagonista número uno de todo, en todas partes. No he hecho nada malo, tengo todo el derecho del mundo a tener este sentimiento en su contra, porque si eso es suficiente para que te estén invitando a irte al infierno es que no merece tanto la pena estar aquí. No puede ser que tan poca cosa valga para echarte, si es así, no debe haber tanta gente aquí y el infierno, lo mismo, está de bote en bote, porque todo el mundo, por h o por b, tiene algo por lo que ser rechazado e invitado a visitar el infierno.

—Señor del Espino…

—¡Damián! —respondo desafiante— mi nombre es Damián, que no estamos en un colegio de curas…

Me temo que acabo de rematar la jugada.

—Damián —me dice con tono burlesco— en vista de que quedan asuntos que pulir que le afectan emocionalmente, hasta el punto de dudar sobre el beneficio y la necesidad de acceder al cielo

libremente, me veo obligado a invitarle a salir de aquí, volver a la zona de extracción de tickets, sacar uno de la máquina que lleva al infierno, y entrar, visitarlo y tener este mismo juicio allí abajo si es necesario. Quizás, vea con sus propios ojos la importancia de lo que estamos tratando aquí y vuelva usted con la capacidad de limpiar ciertas cosas de su ser, de aceptarlas y de saber abrir su mente y su alma, a que las cosas, no siempre son como queremos o creemos, y no solo debemos admitir lo que nos viene, sino saber perdonar y terminar disfrutando del descanso eterno…

Me están echando del cielo…

¡Dani!…

¡Alba!…

Las lágrimas asoman mis ojos y no deberían, estamos todos muertos…

—Ahí lo tiene… O no puede o no quiere asumir que está muerto, no lo sé —me dice— pero hasta que no lo entienda por completo y olvide la parte mala de su vida —rencor, envidia, etc.— para poder tener el descanso eterno de su alma al cien por cien, no podrá entrar aquí. Sus lágrimas son la confirmación de que tiene todavía muchas cosas dentro de las que redimirse. Aquí, nadie llora, porque no tiene la necesidad, y por qué aparte, no puede. Usted sí, su alma está mal. De momento, no es un alma libre, y eso, es un problema.

—Pero…

—No es un tema de haber llevado una vida mejor o peor, de haber hecho el bien o el mal. Es una cuestión de que para entrar en el cielo debe entrar tan limpio que no tenga el más mínimo espacio en su cuerpo y en su alma para malos sentimientos, y usted, no lo está… En cuanto vea la realidad de estos dos mundos nuevos para usted, y sea capaz de vaciar su corazón de sentimientos negativos, vuelva, por favor, y le atenderemos directamente sin volver a coger número. Hasta entonces… ¡Guardianes, acompáñenlo a la salida! —concluye retirando su mirada de mí.

‘Din’ - *‘35.523, pase por favor’*

—¡¡Noooooooooooooo, Daniiiiiiiiiiiiiii, Albaaaaaaaaaaaaa!

21

Las colas siguen siendo kilométricas para poder sacar ticket. Está claro, que el impacto del fin del mundo, parece haber afectado a toda la humanidad. Dudo mucho que haya supervivientes con la cantidad de gente que hay aquí. O a lo mejor, es que éramos demasiados en el planeta y a mí todo se me hace mucho.

No sé por qué, pero no tengo que hacer cola, y sin saber cómo, estoy delante, otra vez, de las máquinas para sacar ticket. Me tienta volver a sacar el de la derecha y esperar una vez más, paciente, a que toque mi número en el cielo e intentar hacer acopio de fuerzas para llegar más tranquilo y prudente. Quizás con eso valga, pero a lo mejor se lo toman como un troleo y me mandan de por vida al infierno.

Dejemos las gracietas, esto es serio. Además, menudo carácter tiene el señor de la túnica.

Cambia poca cosa. El ticket sale por donde salió anteriormente en la máquina de la flecha azul, pero esta vez no tendré que esperar tanto para ser atendido.

Mi número es el uno. Menudo mal rollo.

Una flecha roja a la que parece faltarle potencia, anuncia con parpadeos muy molestos a los ojos el camino a seguir, y por más que me quede quieto esperando, me temo, que para entrar al infierno hay que ir andando, porque aquí ni flotas ni crees ir aerotransportado.

En la zona baja del ticket hay un mensaje que parece que leí hace un minuto, pero en dirección contraria: “SOLICITUD DE ACCESO AL INFIERNO”.

A ver, cuidado con eso, que yo no he solicitado nada, me mandan aquí obligado.

Me entretengo mientras voy hacia la entrada del infierno pensando que es curioso el tema del paso del tiempo por estos lares. No sabría decir con exactitud cuanto ha pasado desde que saqué mi número para entrar al cielo. Quizás haga días, pero a mí me han parecido como mucho treinta o cuarenta minutos. Desconcertante hasta decir basta.

Tras varios metros andados entre nubes, echo la vista atrás, y las filas de muertos esperando para obtener número ya no se ven. He debido andar bastante o el destino, por darle algún nombre, me ha llevado por un camino, el cual, me hace perder de vista a la gente.

Parece que a lo lejos se ve movimiento, y, menos mal, porque quiero llegar ya a donde sea, ya que hace un calor insoportable y el sudor está empezando a invadir mi cara y a atravesar mis pestañas,

con la molestia que supone para poder ver con claridad.

No parece que quede muy lejos una especie de abertura en forma de entrada enorme, a lo que parece ser una cueva. Mientras me acerco, puedo divisar que, en lo alto de la entrada, hay un cartel de madera medio roto y astillado con la palabra *'Hinfierno'.*

Madre mía, menudos tarugos.

Al llegar a la puerta tan solo hay un púlpito, también de madera y tan astillado y podrido como el cartel. Levanto la vista para ver cuantas posibilidades hay de que me caiga encima, pero rápidamente recuerdo que estoy muerto e incluso me permito la osadía de emitir leves soplidos a ver si con la fuerza de mi pírrico aire lo tiro. No es así, obvio.

—¿Qué haces? —me dice de repente una voz.

—¡Ostias que susto! ¡Joder! —digo exaltado.

El corazón me late a mil y el pecho se me va a salir del cuerpo del sobresalto.

—Todos sois iguales, ¿eh?… Llegáis aquí, y en vez de esperar pacientemente os ponéis a hacer el mongólico, por tocar los cojones solamente, ¿verdad?, claro *'como esto es el infierno'*… —dice como si estuviese hablando consigo mismo.

Un ser que no sabía definir con exactitud ha aparecido como por arte de magia, y aparte de casi matarme del susto, no tiene ojos. Es aterrador. Da miedo simplemente tenerle delante. Su boca es normal, y aunque está llena de suciedad en los dientes, entra dentro de la normalidad. Sus orejas también son normales. Quizás algo bajito, pero tampoco es enano. Pero donde debería tener los ojos, no los tiene. Simplemente, hay…, ¿piel?

—No, bueno, perdón… No era mi intención… —intento disculparme.

—Si joder, si lo era… —contesta— pero no te preocupes, porque… ¡NO PASA NADA! ¡JA, JA, JA!

—¿Entonces…? —intento reaccionar.

—¡Sí, ostias, sí! ¡Era una broma de bienvenida hombre! —dice cambiando de tono radicalmente— para eso estamos en el infierno, ¿no? Para hacer lo que nos dé la puta gana… —dice titubeante distrayéndose con una especie de mosca que acaba de pasar entre nosotros.

—Verás, yo estoy aquí, porque me manda el…

—Sí, ya, ¡el viejo gruñón! Menudo tipo, ¿eh?… ¡No pasa una! —me dice exaltado.

—Sí, bueno…

—Tranquilo hombre, ya sé que tú no te quedarás aquí, tienes cara de buena gente —dice cambiando otra vez de tono, siendo esta vez, muy amable— tan solo darás una vueltecita y verás lo que se

cuece aquí abajo. Si te parece bien, te quedas, y si no…, te vuelves con el viejo…— me dice tendiéndome la mano para sellar una especie de acuerdo entre muertos.

— Vale… —le digo mientras estiro mi mano.

Sin poder reaccionar, me la coge al vuelo y tira tan fuerte hacia él, que pone su boca en mi oreja y me dice: '*voy a estar pendiente de ti… y como cometas un solo puto error, lamentarás haber venido hasta aquí y mataré la vida de cada pequeña porcioncita de tu alma… Y recuerda, ¡tengo toda la eternidad para hacerlo!*'

Cuando creo haber conseguido soltarme compruebo que mi mano está encogida, no me la sujeta nadie y estoy totalmente solo. Es de locos. Únicamente el púlpito desvencijado está ante mí y un frío horrible, acompañado de un aire que corta la piel, se ha levantado por sorpresa. Me asomo por detrás del púlpito y no hay absolutamente nada, absolutamente nadie.

¿Será el infierno un juego psicológico para hacerte perder la cabeza, o ese tío que me ha leído la cartilla aparece y desaparece?

Decido no perder el tiempo quedándome parado, preguntándome cosas que en el fondo me dan igual, y decido cruzar el muro de nubes que hay detrás del púlpito. Tiene que haber algo detrás. El infierno tiene que estar ahí.

En el fondo, tengo miedo. Mucho miedo…

—Si no me empujas, no podré guiarte —me dice una voz infantil.

Bajo la mirada y pegada a mí tengo a una adolescente, de unos trece años, en una silla de ruedas, mirándome fijamente.

—¡Vamos, no te quedes quieto! ¿Estás dormido o qué? Agarra el manillar y empújame, que yo sola no puedo —insiste—. Según vayamos avanzando irás sintiendo más en profundidad la inmensidad de lo que aquí se trata, y cuando tengas suficiente, lo dices, y salimos, ¿hace o no hace?

Normas básicas y rápidas, sin rodeos.

—… Ehhh… sí… sí… hace… —contesto completamente alucinado.

Comienzo a empujar a la chica dejándome llevar. Esto parece un videojuego sórdido para mayores de edad, donde ir siguiendo instrucciones hasta que le quieras dar al escape, y volver al menú principal. Parece que empujo la silla, pero en verdad, se mueve sola. Simplemente, voy apoyado y ella me guía a mí, más que yo a ella.

Sin controlar nada de lo que ocurre, atravesamos el muro mientras cierro los ojos, y al estar al otro lado, los abro y compruebo que el paisaje se ha vuelto oscuro, deprimente, gris. Todo está plagado de nubes desordenadas, como si se moviesen sin sentido, pero al estar todo teñido de esta negritud tan demente, la luminosidad es poca, y

hay que abrir mucho los ojos para poder apreciar todo lo que hay aquí: las peores personas del mundo.

—Mira —me dice por sorpresa— puedes ir paseando sin problema alguno viendo cómo se vive por aquí, que hace la gente y demás… pero eso sí, no hagas caso de nada ni de nadie, ¿ok?

—¿De ti tampoco? —la digo retándola.

—De nada, de nadie —me dice asesinándome con la mirada.

Trago saliva del mal rollo que da esta chica.

Comienzo a pasear entre las nubes y lo que más hay, es gente tirada en el suelo, medio dormitando, medio maldiciendo con la mirada perdida. Hay personas que parecen estar más cuerdas, y charlan amistosas entre ellas, aunque a nuestro paso se callan y parecen recelar ampliamente de mi presencia, como si yo fuese la Guardia Civil del cielo y estuviese buscando la forma de dar al traste con sus malvados planes post mortem.

—Esos que ves allí son unos hijos de puta de cuidado —me dice señalándoles con la mirada y un breve movimiento con las cejas.

—¿Por…?

—Son los culpables de que todo eso de ahí fuera este lleno de frikis con pijamas blancos —me cuenta—. Hablando de pijamas, como verás, aquí ahorramos en uniformes, cada uno va como quiere… —me explica.

—Bueno, yo lo llevo… —respondo.

—Sí, pero también llevas un mensaje en la espalda que dice *‘visitante’*… No cuentas, de momento…

—Ah… Bueno… —contesto de mala gana—. ¿Qué han hecho esos entonces? —pregunto.

—Acabar con el mundo, ¿te parece poco, joder? —dice indignada.

Al pasar pegados a ellos los vemos discutir tan acaloradamente que parece que van a llegar a las manos. Son tres señores mayores muy bien vestidos, con elegantes trajes de marca cara, que discuten en idiomas que no conozco. Uno parece ser asiático y hablar en chino o algo parecido, otro quizás sea ruso o de esa zona del mundo, y el otro es el típico americano de las películas de los ochenta. Solo le falta el gorro de vaquero y el paquete de Marlboro asomando de la solapa.

—Vale… entiendo… —la digo con un gesto de confirmación a lo que ella plantea.

—No son capaces de ponerse de acuerdo y así estarán toda su puta eternidad. Ellos verán… —dice con rabia—. Se les ha preguntado decenas de veces quién apretó el botón rojo y todos dicen que ninguno lo hizo…

Un botón rojo… Malditos hijos de puta…

—A lo mejor fueron los tres, ¿no? —digo intentando quitar

hierro al asunto, ya que estoy más asustado que con ganas de cháchara—. Si todos tenían acceso al botón, en el fondo son todos algo culpables, aunque lógicamente, el que lo pulsó, más, claro…

—Tú eres tonto… —me dice con desprecio.

Menudo carácter tiene…, que espanto.

—¡CUIDADO GILIPOLLAS! ¡COMO OS PILLE OS VAIS A ENTERAR! —grita de repente la chica incorporándose desde su silla a unos chicos que han pasado cerca de nosotros montados en patinetes eléctricos.

—¿Qué… pasa…? —la digo con voz nerviosa—. Por cierto, ¿cómo te has levantado tan fácilmente? Pensé que no podías…

—¡Que va a pasar! ¡Los gilipollas de los patinetes, que van como locos! —dice con una cara de ira que da miedo—. Me ponen negra…

—Bueno, a ver… Tampoco es para tan… —no me deja ni terminar la frase.

—Son, como esos otros atontados, los de las bicis… —dice al aire— van por donde quieren, se meten por donde no pueden y encima se pasan el día llorando pidiendo respeto… —insiste en su ataque.

—Pero…

—Claro, aquí están, ¿dónde si no? —medita furibunda en voz alta.

Debe tener algo muy personal con los amantes de las dos ruedas, porque se ha puesto como una loca sin venir mucho a cuento.

—¡Carapadre! ¡Pepito! ¡Soja Boy! —me gritan a lo lejos, mientras me invitan con gestos amenazantes a ir donde están ellos.

Al mirar hacia la zona donde “descansan”, me desafían buscando algo más que mi mirada. La chica de la silla de ruedas me explica que es la zona donde conviven las diferentes bandas y pandillas de delincuentes de todo pelaje que hay aquí, y que por lo que sea, se llevan maravillosamente bien.

—Madre mía esos, ¿no? Cuanta violencia… —la digo.

—Bueno qué, ¿te gusta lo que ves? —me corta pasando de mí totalmente.

—A ver, no… Pero me dijo el señor del cielo que el problema era que no podía volver con problemas personales contra alguien de allí, que debo entrar totalmente limpio y que no lo estaba… Vamos, que viendo lo que hay aquí, Lupi debería parecerme la madre Teresa…

—Calla, calla… —me dice llevándose el dedo a la boca para silenciarme de inmediato— voy a enseñarte algo que hará que olvides a Lupi inmediatamente.

‘Ya veremos’, pienso para mí. Este sitio es horrible y cuanto más

tiempo pasa, peor es, porque más me estoy alejando de la salida y no quiero tener que volver a pasar por donde he venido. El camino es largo, sobre todo hasta donde quiere llevarme esta tullida, pero al menos, estamos pasando entre gente que en apariencia es bastante normal. Es una auténtica pena que exista este sitio.

—Ya estamos llegando…

A mi derecha hay un grupito de personas que parecen estar en el sitio equivocado o que, al menos, por sus pintas, parece que no deberían estar aquí. Es el problema de la apariencia. Si me los cruzase por la calle estaría convencido de que son gente de bien, sin embargo, están aquí. Quizás, tan buenos no serán…

—Ese, el del bigote, era director de banco y engañó a centenares de personas para firmar hipotecas que no iban a poder pagar nunca, solamente para beneficiarse con las comisiones que aplicaba a su favor y llenarse los bolsillos —me empieza a contar—. Acabó divorciado y solo. La morena con cara de pedo tenía un puestecito de cierta responsabilidad en una gran multinacional. Nunca habló mal a nadie o hizo daño físico a alguien, incluso todo lo que hizo lo ejecutó de manera muy sutil y sibilina, pero como desde aquí se ve todo, en su juicio, la prohibieron pasar por manipuladora, y por maltratadora psicológica de los empleados que tenía a su cargo.

—Joder… —digo con los ojos abiertos como platos.

—Los que van disfrazados de deportistas de elite son…

—¿Deportistas de élite? ¡Ja, ja, ja! —exploto entre risas— ¡Pero si son cuarentones, tripones y medio calvos, la gran mayoría!

—Claro, son gente que jugaba al pádel y que llegaron aquí castigados por abandonar a sus familias de manera sistemática, por irse a jugar con los amigos —me explica—. Además, muchos de ellos, maltrataban a sus mujeres y otros a sus hijos, pero todos, absolutamente todos, mostraban un desprecio absoluto hacia todos los miembros de su propia familia, elegida por ellos mismos en un supuesto perfecto estado de sus facultades mentales, y claro, eso, se paga…

No sé ni que pensar, me quiero ir ya de aquí, esto es horrible.

—Detrás de todos ellos, el más bajito, ¿lo ves?, mató a una familia completa con dos niños pequeños incluidos, porque iba hasta las cejas de alcohol y drogas y se saltó un ceda el paso circulando a toda leche. Esa pobre familia, se cruzó en su camino y…, ¿sigo? —me dice con cara de querer salir de esta zona.

—No, gracias, no hace falta… —digo con voz de súplica.

Continuamos avanzando y a lo lejos hay una puerta como la de entrada a este infierno de locura, pero sin púlpito destrozado ni letrero torcido. A su derecha parece haber otra puerta más pequeña y cuando tenemos las dos delante, pregunto señalando la más pequeña,

‘esa puerta, ¿a dónde lleva?’, y me responde, *‘al almacén de objetos’*.

Ardo de curiosidad repentina por saber qué habrá detrás, ya que esta puertecita me atrae muchísimo. No sé por qué, la verdad, pero decido insistir.

—¿Objetos? —pregunto.

—Si coño, objetos —contesta de mala gana— el viejo no quiere objetos materiales ahí arriba, y cada uno que encuentra lo mete en un contenedor y cuando este está lleno, los tira aquí. Como si fuésemos su puto vertedero, ¿sabes?, ¡su puto vertedero! —me dice gritando.

Quizás es aquí donde guardan todo lo que vi arriba que transportaban los guardianes en aquellos contenedores, mientras pasaban entre la gente. Quizás sea mi oportunidad de recuperarlo. Quizás me esté metiendo en algún problema, pero, por él, lo haré. Quizás…

—Quizás, quizás, quizás, quizás… ¡Qué coñazo de tío! —me grita de repente demostrándome que puede leer mis pensamientos con la más absoluta tranquilidad— ¿vas a entrar a robar algo o no tienes cojones?

—¿A robar? No, por Dios, pensaba en un peluche de mi hijo, una especie de monito chiquitín, lo debió perder, o se lo quitaron y…

—¿Por Dios? ¿Has dicho por Dios? ¿A ti te parece que es lugar para decir algo así? —me vuelve a gritar.

—Pues no sé… no, ¿no?… —contesto angustiado, no sé qué decir para no enfadar a esta chica.

—¿Era este el peluche? —me dice extendiendo la mano y mostrándome el peluche del niño.

—¿Cómo has hecho aparecer de repente el…?

—¿Es este, verdad?, cógelo y métetelo por dentro del pijama, nunca revisan ahí, por respeto… —me dice con voz de delincuente barriobajera.

—Pero…, gracias…, supongo… —digo mientras me meto el monito dentro del pantalón del pijama.

—¿Preparado? —me dice.

—Preparado para que… —contesto.

—¡Joder, qué tío más sosaina!… Qué ganas tengo de perderte de vista, ¡eh!

Automáticamente, se levanta un aire horrible y una lluvia superfinita, pero helada, que comienza a caer con la violencia de centenares de miles de alfileres. No tenemos dónde ir para guarecernos, aunque también es verdad que, estando ya muertos, un poco de agua no hará daño.

Mientras todo se empieza a encharcar y compruebo que aquí las nubes no absorben como deberían, la puerta más grande ha desaparecido y de repente estoy rodeado de personajes que parecen

ser importantes. Es como la zona VIP del infierno. Los que en algún momento de su vida fueron gente relevante y todo el mundo creyó, que simplemente por ello, ya eran buenas personas, y nada más lejos, eran mierdas humanas. Alguno hasta me suena. Algunos, más bien. Hay actores, políticos, etc. Muchos políticos ahora que me fijo bien. Incluso está aquí el puto José Trigo, aquel traidor que dejó el Barça para irse al Madrid.

—¿Ese es quien pienso que es? —digo a gritos para que mi voz suene por encima de la lluvia.

—¡Enhorabuena! —me dice una voz que me resulta familiar— aquí es donde Lupi sale de ti. No podemos hacer más, cuídate y gestiona bien, emocionalmente, todo lo que ha ocurrido aquí abajo, o en un rato volveremos a vernos.

Me vuelvo y la chica de la silla de ruedas ha desaparecido. Se ha esfumado.

El hombre sin ojos de la entrada ha vuelto por sorpresa y de repente, está a mi lado, haciendo expresiones con la mano como si estuviese despidiéndose de mí, mientras alterna el adiós con el gesto de estar tomando nota de mi reacción, con un bolígrafo invisible, en una libreta que está totalmente vacía.

—¿En serio? —vuelvo a preguntar a gritos.

—Me temo que sí… —me contesta mientras finge seguir escribiendo.

—¿Pretendéis mandarme aquí toda la eternidad, separarme de mi mujer y mi hijo, y castigarme a este sufrimiento eterno al lado de este personaje?

—Me temo que sí…

Sin más tiempo para seguir discutiendo, noto que me está saludando. Nos conocemos, de hace poco, pero nos conocemos. El puto empleado de IDEA con el peto del revés cree que somos amigos y que vengo a quedarme para estar a su lado.

No puedo más, creo que voy a gritar.

Su mano se mueve entre gestos de *'ven aquí con nosotros, novato del infierno'* mientras lo alterna con el clásico saludo agitando ambas palmas.

En serio, estoy al límite, creo que voy a gritar como un puto loco.

Toda la eternidad rodeado de lluvias, olas de calor, nubes podridas, gente con malformaciones contándome penas, delincuentes de todo pelaje y para colmo, él aquí.

Voy a explotar en mil pedazos, creo que voy a salir corriendo de un momento a otro.

—Pero…, ¿qué hace él aquí? —pregunto— vale que fue un idiota por confiar en Lupi, pero de ahí al infierno…

Nadie me contesta. Me han dejado solo. Recuerdo que me dijeron que, si pedía irme, me iría en el acto. Voy a hacerlo. Voy a pedir…

La lluvia de alfileres helados es cada vez más fuerte. Lejos de amainar, parece descargar con más violencia cada segundo que pasa.

—Vete, sí, pero has de saber que “tu amigo” de IDEA era un acosador de mujeres, al que nunca castigaron como es debido, porque era hijo de un famosete de medio pelo que tenía buenos contactos — me cuenta una voz desde alguna parte, la cual no consigo saber dónde — además es muy del Real Madrid, y desde que llego aquí, amigo íntimo de José Trigo, ¡ja, ja, ja! Qué grande, ¿eh? —concluye la voz.

No puedo más, voy a gritar. Tengo que salir de aquí ya o me va a dar algo y voy a perder la opción de irme. Lo siento, ha sido suficiente. Lupi es un tonto del culo, pero esto es un horror y nadie quiere algo así. Ahí os quedáis, todo vuestro.

—¡ME QUIERO IR YA! ¡QUIERO VOLVER AL CIELO CON ALBA Y DANI!

EPÍLOGO

Cuando salgo a pasear por las mañanas siempre me gusta irme bastante lejos, para respirar, para sentirme un poco más libre, para escapar. Sé que no tengo muchas opciones donde ir —ni la necesidad de mayor libertad de la que ya disfruto—, pero dentro de las que tengo, hoy voy a elegir la más lejana.

Mi perro ya no está conmigo, así que ya no tengo que estar parando cada poco, esperando el veredicto sobre el olor de la última caca o pis de hace días que él, mágicamente, sabría destripar para analizar los mejores aromas restantes. Ahora, paseo solo, sin distracciones ni ataduras.

El cielo es infinito, y como tengo todo el tiempo del mundo y poco que hacer hoy, quiero llegar hasta el borde donde puedes asomarte a ver el infierno desde arriba. Quizás me tumbe, amase una gran bola de nube para después soplarla, y repetir la jugada tantas veces sea necesario para entretenerme hasta la vuelta. Soy un cotilla de cuidado, y me gusta ir de vez en cuando a ver lo que se cuece ahí abajo, o más bien, a recordarme de la que me he librado.

Hoy hace un día maravilloso, y como Alba y Dani estaban entretenidos limpiando y jugando con nuestros vecinos de nube, he pensado que sería mejor hacer vida separada, aunque sea por unas horas.

La zona a la que me dirijo está poco poblada. Poca gente viene hasta tan lejos porque no hay una necesidad real de habitar esta parte tan remota. El cielo es lo suficientemente grande para todos sin tener que desplazarte tanto para encontrar un sitio donde instalarte. Además, estar tan cerca del precipicio y poder ver el infierno desde arriba, no es, digamos, la zona más demandada de este lugar.

Estoy llegando, lo noto, porque aunque aquí el día es fantástico y una suave brisa te recuerda lo bonita que está siendo y será la eternidad, por esta zona, parece que hace un pelín más de frío. A lo lejos, veo que hay alguien en el borde mirando hacia abajo. Hubiese preferido estar solo. Quizás se vaya pronto. No me gusta juntarme con otra persona en estas latitudes y tener que darle conversación y, que, aunque no las pide, necesita explicaciones de por qué has llegado hasta aquí, aunque sean vagas.

Según voy llegando, me empiezo a extrañar de que, si mi vista no me falla, esta persona es un guardián del cielo. Me tranquiliza en cierto modo, porque así, si me estoy alejando demasiado, o me pierdo un poco, y no sé volver, me podrá ayudar.

Cuando estoy a pocos metros de él, oigo gritos que parecen venir de abajo, del infierno, algo pasa.

'¡Hijo de puta! ¡Cabrón! ¡Baja aquí si tienes lo que hay que tener!'

Me coloco por detrás del guardián, a una distancia prudencial, y veo que está asomado, con la polla entre las manos, meando directamente hacia el infierno y que está mojando de asquerosos fluidos a los habitantes del mal. Que vale que son lo peor, pero mearles, tampoco es necesario, ¿no?

No quiero hacer ruido y que me descubra, y cuando voy a darme media vuelta e irme por otro sitio, veo que se gira lo suficiente como para poder ver sus tatuajes y comprobar, alucinado totalmente, que es Lupi.

¡Será hijo de puta!

He cumplido con todo lo que me dijo el viejo, llevo casi un año aquí sin ver a este impresentable y todo me va muy bien, pero, ¿y si…?

Me giro totalmente buscando hacer un barrido completo de la situación y cuando verifico que estamos completamente solos, respiro profundamente, me armo de valor, y tras una corta carrera empujo con mis dos brazos y toda mi fuerza a Lupi al infierno.

—¡Ahora sí! ¡A tomar por culo!

Acerca del autor

Martín Gusano

Qué difícil es contar algo sobre uno mismo sin caer en el aburrimiento, ¿verdad?

Quizás, con contar que la mitad del camino al cielo lo tengo hecho porque soy de Madrid, y que durante el trayecto llovería seguro porque tengo sangre asturiana, bastaría, pero para los más morbosos, seguro que es más interesante saber que supero la cuarentena y que, en plena crisis existencial, me ha dado por querer conquistar las estanterías de medio mundo.

¿Y el otro medio?, te preguntarás. A su debido momento, amigo, a su debido momento…

El caso es que he cometido el error de prometerle a mi mujer un gran premio literario adornando alguna parte de nuestro pequeño salón, y claro, debo luchar por conseguirlo, porque si no… bueno, que os voy a contar que no sepáis ya todos, ¿eh?

Mis armas son justitas pero potentes, y se podrían resumir en una frase: novelas tan originales que no se han escrito nunca.

Bueno, qué, ¿ya te arde la curiosidad?

Si has llegado hasta aquí es porque tan aburrido no te ha resultado, así que para no cagarla justo al final, diciéndote que soy un friki de internet, amante de las series, los libros y el tiempo libre en el sofá acariciando gatos, voy a despedirme con un mensaje.

¿Preparado? ¿En serio? ¿Seguro?… Muy bien, tú lo has querido…

¡Adiós!